

DANIEL DOMMEL

ACTEURS DE CHANGEMENT
EN AMÉRIQUE LATINE

Un demi-siècle d'expériences

Graveurs de mémoire

L'Harmattan

Prólogo

En 1974, la Sociedad Brasileña de Filósofos Católicos estaba celebrando una conferencia. A la sesión final en presencia de Don Paulo Evaristo Arns, Arzobispo de São Paulo, un general, un ingeniero y un trabajador portuario analfabeto de Río de Janeiro fueron especialmente invitados a hablar. El trabajador portuario, Francisco Araújo de Souza, contó la historia de su vida.

Francisco nació en 1912 en el estado de Amazonas. Su padre era de ascendencia francesa y su madre pertenecía a una tribu indígena. La pareja nunca se casó porque los abuelos paternos siempre se opusieron a la relación. Después del nacimiento de Francisco, su padre encontró trabajo como vigilante de seguridad en un gran rancho ganadero, en una parte aislada del estado de Bahía, en el noreste de Brasil. El dueño del rancho estaba en constante conflicto con su vecino más cercano, quien una mañana apareció con una banda de matones. Ataron al padre de Francisco a un árbol antes de desnudarse y violar a su madre. Ambos padres fueron asesinados a tiros frente al niño.

Los hombres tomaron a Francisco, se lo llevaron y encerraron. Una noche, logró escapar. Tenía nueve años de edad. Durante un tiempo vivió solo en la naturaleza, al margen de la jungla, comiendo bayas y aventurándose en granjas para robar lo que pudo, un par de gallinas u otros productos. Su cabello creció y su ropa se desgastaba.

Un día sintió el olor a carne asada. Siguiendo su nariz, llegó a un gran claro donde, a cierta distancia, pudo ver a un grupo de hombres alrededor de una hoguera. Se arrastró y esperó. Cuando los hombres fueron a buscar agua del río cercano salió corriendo, tomando un gran pedazo de carne del carbón encendido y huyó de regreso al bosque. Pero un perro lo delató, los hombres vinieron y lo atraparon. Durante tres días estuvo atado, incapaz de hacerse entender por no haber hablado con otro humano por varios años. Había olvidado la mayoría de las palabras que él sabía cuando era niño. Finalmente logró explicar sobre el terrible ataque a sus padres. Sus captores fueron comprensivos, le dieron comida y lo cuidaron. Ellos eran forajidos, robaban ganado para vender en las ciudades y disfrutaban la vida antes de repetir el mismo proceso. Estaban en una amarga revuelta contra la policía, la ley y el orden.

Francisco, consumido por la amargura y el anhelo de vengar la muerte de sus padres, se integró rápidamente a la pandilla y compartió su forma de vida. Aprendió a usar una pistola, convirtiéndose en un buen tirador, y participó en el saqueos y actos violentos. Sin embargo, tenía un gran corazón. A veces, cuando la pandilla mataba a un ciervo y habían terminado de comer, Francisco iba en su caballo con los restos y los compartía con los pobres del barrio. Y se hizo amigo de ellos.

Conoció una chica en el pequeño distrito de Logoainha, le gustaba y la visitaba frecuentemente. Él sólo tenía 15 años. Pero esto no era del agrado de un

sargento de la policía local casado, quien también visitaba a la chica. El sargento tenía el doble de la edad de Francisco pero no se atrevía a enfrentarlo. Él sabía que Francisco andaba siempre armado con dos pistolas y era un muy buen tirador.

Un día la chica invitó a Francisco a una fiesta nocturna, y le pidió que fuera sin sus pistolas. Al llegar se encontró con el sargento de policía acompañado de hombres armados. Fue sorprendido y lo golpearon con palos. Un transeúnte, al escuchar su llanto, preguntó qué estaba pasando; “no lo estamos matando”, respondió el hombre que tenía el garrote. “Sólo le estamos dando una lección”. Pero el transeúnte reconoció a Francisco. Había conocido la generosidad de Francisco y dejó en claro que pagarían las consecuencias si la paliza continuaba. El Sargento, con un interés también en la hermana del transeúnte, llamó a sus hombres. Francisco fue llevado y cuidado por este hombre, y luego se fue a recuperar, por varios meses, con viejos amigos de su madre. El hijo de la familia le dio más instrucción en habilidades con armas.

Con la fuerza de sus nuevas habilidades, Francisco siguió adelante, como un forajido alimentando su insaciable sed de venganza, un bandido que por su cuenta ataca granjas y pueblos, algunas veces con otros, otras veces solo. En 1930 se juntó a una banda de rebeldes cuyo jefe era un seguidor del futuro presidente radical brasileño, Getulio Vargas. Ellos atacaron bancos y negocios comerciales en pueblos bajo el poder del ejército nacional, quemando todo aquello que no podían llevarse. Luego participaron en la revuelta del estado de San Pablo contra el gobierno federal.

Francisco cambió de bando al ser tomado como prisionero por las tropas del gobierno. Peleó junto al ejército hasta que los rebeldes fueron vencidos y se convirtió en guardaespaldas, no oficial, del General. De vez en cuando los amigos políticos de este hombre lo usaban para eliminar oponentes que se atravesaban en su camino y él obedecería sus órdenes como cualquier empleado al que se le daba su tarea diaria.

En una ceremonia de bautizo conoció a Vicelana, quien se convirtió en su esposa. Le dijo al General que quería dejar el ejército, iniciar una familia y buscar un trabajo civil. El general le escribió una buena carta de referencia para el gerente del Puerto de Rio de Janeiro; lo que terminó bien. Con un estilo de vida más convencional, lo único con lo que Francisco contaba a su favor era ¡un inusual par de fuertes bíceps! Contratado para trabajar en el puerto el 1º de mayo de 1940, fue enviado al muelle de carga de mineral de hierro con la tarea de palear mineral en tolvas. Estas eran luego cargadas y volteadas en barcos cargueros. El nacimiento de un hijo lo hizo decidir empezar una nueva vida. Desmanteló sus armas, las engrasó y las guardó. Su hijo se volvió el centro de su vida.

Inesperadamente, con sólo dos años y medio, el niño murió.

Francisco estaba devastado. Enterró al niño, sacó sus armas y las empezó a usar nuevamente, convirtiéndose en asesino a sueldo para el trabajo sucio de

políticos cínicos. Ellos se aseguraron de que siempre tuviera una buena coartada.

En el puerto, el sindicato oficial de trabajadores estaba siendo usurpado por creciente rival radical. Francisco se volvió el “reparador” del nuevo sindicato ilegal. La gente sabía que él era efectivo con los puños, cuchillos o revólver. Gastaba su dinero con cachaza, un alcohol mas fuerte que el vodka, hecho de caña de azúcar. Mientras tanto, había poco para comer y prácticamente no había muebles en la choza, con suelo de tierra aplastada, donde vivía con su esposa. En los días de pago aterrorizaba a sus compañeros y jefes. Una vez más, la venganza se había convertido en su razón de vivir. Odiaba a los ricos, los jefes, la policía, las autoridades y a toda la sociedad. Los líderes sindicalistas sabían de estos sentimientos y los utilizaron al máximo.

Un día, un oficial de puerto, Nelson Marcellino de Carvalho, se le acercó sugiriéndole que había gente que debía conocer. Nelson le contó que estos hombres estaban tratando de cambiar cosas alrededor de ellos cambiando primero sus propias vidas. Francisco no se interesó. Nelson insistió. “Conocerás personas diferentes, de todas partes”. “¿Habrás mujeres?” preguntó Francisco. “Sí”. “¿Y bebidas?”. “Sí”, respondió Nelson, sin especificar de qué tipo.

Francisco fue a la reunión pero se puso furioso cuando vio de qué se trataba. Le dieron libros, que tomó sin mirarlos. ¿Era esta otra manera de humillarlo, pues nunca había aprendido a leer? Luego salió a tomar una copa y volvió a casa, mucho peor de lo que estaba, pero todavía cargando los libros. Su esposa los miró. Pensó que eran interesantes. “Te los podría leer” le dijo un día en el que él estaba sobrio. Lo que despertó su curiosidad. Luego buscó a quienes había conocido en la reunión para obtener más información. Ellos estaban actuando valientemente para librar el puerto de la corrupción y desafiando la violencia que dividía las dos facciones de sindicato rivales. La audacia de ellos lo impresionó. Nelson, especialmente, se convirtió en un amigo estable y fiel. Mientras otros lo trataron como un caso perdido, un tipo difícil, él sintió que Nelson era un compañero que había creído en él y que le daba confianza.

Su comportamiento cambió poco a poco. Decidió que habían errores que tenía que recompensar. Se disculpó con los hombres que había tratado mal. Devolvió cosas robadas al gerente del puerto. Una noche, bajo la influencia de la bebida, volvió a recaer en todo lo anterior, ondeando su pistola en busca de una víctima mientras sus amigos hacían todo lo que podían para controlarlo. Al día siguiente, llorando, les pidió perdón, decidiendo que nunca más tocaría la maldita bebida. A pesar de caídas ocasionales, mantuvo su palabra. En el puerto, su energía, que había causado grandes conflictos, se volvió una fuerza constructiva al quedarse junto a aquellos que le habían ayudado a cambiar su vida.

Un día un amigo le preguntó: “¿De qué te sirve el revolver que llevas?”. “Este es un lugar peligroso”, respondió. Días después el arma desapareció. “Realmente no la necesitaba”, explicó. “Era sólo para impresionar”.

La vida en su hogar también se había transformado. Vicelana, cuyo amor y paciencia habían sido dolorosamente probados, comenzaron a florecer. Y sucedió aquello que habían estado esperando durante mucho tiempo. Vicelana dio a luz a una bebé. Los felices padres querían bautizarla, pero Francisco no había sido bautizado y ellos no se habían casado. Fueron a charlar con el obispo, quien estaba tan impresionado por este renegado que había cambiado su vida, que decidió organizar los tres sacramentos para ser celebrados en la misma ceremonia.

* * * * *

Francisco de Souza nunca aprendió a leer, pero tenía una memoria impresionante. Su historia sorprendió a todos los que la escucharon, incluidos a los miembros de la Sociedad de Filósofos Católicos en 1974. Después de hablar, le pidieron que se quedara un día más. Tenía que tomar el bus nocturno de regreso a Río para trabajar en la mañana siguiente. En ese momento llamaron a su gerente y se unieron para pagar su viaje de regreso en avión para poder tenerlo unas horas más. Don Paulo Evaristo terminó la reunión diciendo: “caballeros, han discutido filosofía durante estos últimos días, pero lo que acaban de escuchar viene de la vida real. Este es el alimento que se llevarán de aquí para los desafíos que les esperan afuera”.

¿Es este un caso extremo, un hombre sin educación, violento, sin escrúpulos, esclavo de la bebida, que encontró una razón para vivir y se convirtió en un faro de esperanza para quienes lo rodean? Sí, sin duda alguna, pero no es único. La historia de Francisco de Souza es típica de aquellos que contaremos en las páginas siguientes, que sucedieron en América Latina en la segunda mitad del Siglo XX. Personas que encontraron una visión diferente para sus vidas y para el mundo que les rodea. Porque ellos aceptaron los cambios que impactaban en su propio comportamiento, enseñaron a otros, grupos y comunidades enteras, a asumir responsabilidad y redireccionar su futuro. Tal como un bosque en llamas se expande, ellos transmitieron su visión, de uno a otro, cerca y lejos, en su propio país y a lo largo y ancho de todo el continente.

CAPÍTULO 01

TRES LLAMAS ENCENDIDAS – BRASIL, CENTROAMÉRICA y URUGUAY.

Brasil

San Vicente, 1948 – dos mujeres se encuentran y se hacen amigas.

Una, Leonor Villares, de ascendencia alemana, vivía en San Pablo, con otra casa cerca de la playa en la ciudad de San Vicente, cerca de Santos, el gran puerto de exportación de café. Su abuelo había sido uno de los más exitosos plantadores de café, su papá un textil industrial. Su esposo, Luiz, comenzó importando y reparando elevadores, en pequeña escala, se convirtió en jefe de una de las industrias privadas más importantes del país.

La otra, Helena Londhal, era noruega y comandante del Ejército de Salvación, una organización cristiana de beneficencia. Las autoridades brasileñas valoraban mucho su trabajo social que, cuando la oficina central del Ejército de Salvación en Londres quería transferirla a África del Sur, el gobernador del estado de San Pablo intervino oficialmente para prolongar su estadía en Brasil.

Helena y Leonor tenían mucho de qué hablar. Los Villares daban apoyo financiero al trabajo del Ejército de Salvación, y Leonor estaba preocupada por el crecimiento de la prostitución en San Vicente, un flagelo que Helena entendió porque había tratado de combatirlo durante mucho tiempo.

Mientras conversaban, Leonor habló de un sueño que siempre había tenido – el de ver personas de diferentes religiones trabajando juntas en lugar de lastimarse las unas a otras y separarse. “Ese no es sólo un sueño”, respondió Helena, y le dijo cómo hace dos años, durante un viaje a Europa, había visitado un centro de conferencias en Caux, Suiza, sobre Montreux y el Lago de Ginebra. Este centro, explicó, acaba de ser abierto por un movimiento de “rearmamento moral y espiritual”, que empezó en 1938 en un momento donde todo el mundo hablaba de rearmamento militar. Ella había conocido al fundador, Frank Buchman, en Noruega antes de la Segunda Guerra Mundial, justo antes de irse a América del Sur. En Caux ella vio cristianos de diferentes confesiones, personas de otros orígenes religiosos y agnósticos, todos dispuestos a vivir, sin compromiso alguno, de acuerdo con su fe o su conciencia, trabajando juntos para un objetivo común.

Leonor estaba fascinada e impaciente por escuchar más.

En 1949 Luiz tenía que ir a Europa por negocios y ella preguntó si podrían aprovechar esta oportunidad para visitar Caux. Fueron con los dos mayores de sus cuatro hijos.

La visita fue tanto una sorpresa como una revelación. Ella se dio cuenta que la imagen que tenía de ella misma tenía que ser puesta en duda. Se había creído que era la madre perfecta. Ahora sabía que eso no era cierto, que se había colocado a sí misma en un pedestal con sus hijos, que eso debía cambiar. Estaba completamente desconectada. Caminando por una calle suiza le vino

una nueva sensación de fuerza al ver dos frases en alemán, su lengua materna, en un escaparate:

*“Immer wenn du meinst es geht nicht mehr,
Kommt von irgendwo ein Lichtlein her”.*

“Cada vez que crees que no puedes seguir,
aparece, de algún lugar, un rayo de luz”.

En Caux, Leonor y Luiz estaban sorprendidos porque personas de todos los orígenes sociales, razas y continentes podrían unirse en una búsqueda común basada en un compromiso social combinado con una perspectiva mundial. Vieron que un clima de escucha, transparencia, simplicidad y sincera humildad conllevaba a caída de barreras que uno nunca podría haber imaginado que caerían tan pronto, como aquellas que dividían a franceses y alemanes después de la guerra. Helena estaba cierta: ella ahora podía ver que pasaba aquello que Leonor había buscado tan confusamente desde su juventud. Quería llevarlo en su regreso a Brasil. Ella y su esposo volvieron a su casa convencidos.

En casa, dedicando un tiempo en silencio cada mañana, una práctica que ella había aprendido en Cau, Leonor quedó sorprendida por un claro y insistente pensamiento para comprar una casa nueva. Ella se preguntaba para qué, ya que estaba muy feliz en su confortable casa en la Calle de los Franceses, la cual Luiz había recientemente reestructurado con gran cariño. Pero ella siguió su intuición y, sin una idea muy clara, comenzó la búsqueda. Un día, visitando una casa que a primera vista no la había atraído, quedó perpleja cuando, al abrir una puerta, vio una réplica exacta de un patio con tres ventanas que había visto muy claramente en un sueño. Sintió una voz diciendo “Aquí está la casa que quiero que compres para Mi servicio”. Se dispuso a comprarla, agradecida por el consentimiento de su esposo.

El día en que Luiz firmó la escritura de compra-venta, otro pensamiento llegó a Leonor. La casa de la Calle de Los Franceses no debía ser vendida sino ser el centro para que el trabajo que ellos habían experimentado en Suiza, se pudiera expandir a todo San Pablo, Brasil y todo el continente. Luiz, una vez más, concordó con la idea de su esposa e inmediatamente enviaron un telegrama a Frank Buchman, haciéndole saber que la casa estaba disponible como base en San Pablo para su movimiento en América Latina. Eso permaneció así por muchos años.

En 1950, Caux recibió al hermano y cuñada de Leonor, Ernesto y María Antonieta Diederichsen, quienes, al retornar a su casa, decidieron repensar la forma en que vivían. El año siguiente, una gran delegación de gerentes y trabajadores de la empresa de textiles Argos, de la cual Ernesto era director, viajaron a Caux (ver Capítulo 2).

* * * * *

En diciembre de 1951, Frank Buchman envió tres personas de visita a América del Sur. Se estaba promocionando una asamblea en Miami para el mes siguiente

para reunir representantes tanto de Norte como Sur América. La gira era para informar e invitar a líderes políticos, industriales, religiosos, universitarios y sindicales. Las tres personas visitaron Perú, Chile, Argentina, Brasil, Venezuela, Costa Rica y Guatemala.

Frank Buchman había visitado América del Sur unos 20 años atrás durante la Gran Depresión. La visita lo dejó con impresiones duraderas. Como muchos otros, él había quedado consternado al enterarse que se vertían enormes cantidades de café en el mar en vez de ser vendido con el objetivo de impedir el colapso del precio, mientras muchas personas pasaban hambre. El materialismo de los privilegiados, su cristianismo tibio y aparente rechazo a todas las solicitudes morales le mostraban los conflictos que se avecinaban. El fermento para la subversión era obvio, especialmente entre los estudiantes. Un comentario en sus notas fue: “Estas tierras están espiritualmente en bancarrota” (Frank Buchman a life p. 147 edición de tapa dura).

Cuando el trío llegó a Brasil encontraron un pequeño equipo para darles la bienvenida y llevarlos. Había un completo programa de visitas. Los Villares dieron una gran recepción a la cual invitaron a un gran y diverso número de personas del mundo político, industrial e intelectual. Luiz Villares programó un viaje a Santos, la región del puerto, la cual ante sus ojos era estratégicamente importante. Si San Pablo es el corazón de Brasil, dijo, Santos es el pulmón. Los comunistas, bien atrincherados y liderados por hombres capaces, estaban librando una feroz lucha contra los empleadores, muchas veces rígidos, quienes estaban cerrados a cualquier idea de cambio. El trío estableció contacto con los estribadores y sus líderes, así como con los encargados de la gestión portuaria.

* * * * *

En la conferencia en Miami, el mes siguiente, participó el joven francés Louis Laure, de 26 años de edad. Él había comenzado a viajar, recientemente, con el equipo de Buchman. Su juvenil energía era completada con un temperamento que podría estallar y rebelarse rápidamente. Durante la guerra, había sido torturado por la ocupación alemana y sus aliados franceses en su país. Sobrevivió, aunque en mal estado. También había hecho algunos tratos en el mercado negro. A pesar de la nueva dirección que había encontrado en su vida, algunos que trabajaban con él se quejaban. Algunos lo miraban como un obstáculo en lo que refiere a la organización de una conferencia como la de Miami. Ellos querían que lo echaran.

La reacción de Buchman, al observar su talento, fue confiar en él y desafiarlo con una gran visión para la acción. Lo envió a Brasil para empezar un trabajo en América Latina. Otro francés, un suizo y un estadounidense lo acompañaron. Este último, Vince Verkuski, el mayor de los cuatro, había sido uno del pequeño grupo que había ido antes con las invitaciones para Miami. Había sido el único que ya había estado en América del Sur.

Algo emocionados por la misión que se les había confiado, los cuatro le preguntaron a Frank Buchman qué era lo que esperaba que hicieran al llegar al sur. “Cuando lleguen allí, entierren un poste en el suelo del aeropuerto y luego

otro más a cierta distancia de él. Después, aten una cuerda entre los dos postes y cuélguese de la cuerda”. Vayan a dondequiera que el Espíritu Santo les lleve”. ¡No les dio ninguna otra instrucción! (Frank Buckman a life. p.471, edición de tapa dura).

Para ellos fue muy valioso punto de partida el quedarse con los Villares y Diedereichsens en San Pablo y Santos. Pronto tuvieron otra ayuda. Gracias a los regalos de muebles y cortinas la casa de Calle de los Franceses se volvió habitable. Helena Londahl, justo antes de salir del país por la última vez, les hizo un regalo muy apreciado por ella, su pequeño auto Ford.

¿Qué bien podría hacer este pequeño grupo inexperto, dispar y sin hablar el idioma? ¿Cómo iba a trabajar un francés como Louis, de gran corazón, de mal genio, líder nato, con su compatriota, un distinguido y culto aristócrata, o con el joven suizo, de apenas veinte años, o con el corpulento y sencillo estadounidense de 40 años que parecía haber salido de una historieta cómica? Era un equipo extrañamente conformado.

La selección resultó sorprendentemente buena. Cinco meses luego de su llegada, partieron en un vuelo acompañado de 50 hombres sindicalistas, industriales y militares que habían decidido asistir la asamblea en Mackinac Island, Michigan, fue después de la conferencia de Miami. Ellos habían incluso recaudado todos los fondos para financiar el viaje.

Capítulo Uno – Centroamérica

En 1948, el mismo año en que Leonor Villares y Helena Londahl se conocieron en Brasil, un joven sindicalista costarricense, Luis Alberto Monge Álvarez, asistió a una conferencia de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en San Francisco. Su país, destinado a convertirse en un oasis de paz en una región problemática, acababa de salir del período más turbulento de su historia. La elección presidencial, ganada por el candidato de la oposición, había sido anulada por el gobierno en ejercicio. Siguió una insurrección liderada por un joven ingeniero, José Miguel Figueres Ferrer, conocido por su incisiva oposición a la política y corrupción del partido en el poder.

Luego de dos meses, Figueres estableció una junta provisional con él a la cabeza. Estaba decidido a devolverle el poder al presidente verdaderamente elegido. Dentro de pocos meses, la junta tomó algunas medidas sorprendentes, para disolver el ejercicio, nacionalizar los bancos, proscribiendo al partido comunista.

En la conferencia en San Francisco, Monge había hecho contactos que se renovaron cuando fue enviado a la Oficina Central de la OIT en Ginebra. Mientras estuvo allí visitó Caux varias veces. En 1950, después de haber estado en Ginebra algunos meses, José Figueres y dos compatriotas viajaron para verlo y discutir la situación política y las necesidades de su país. Monge llevó los tres a Caux en septiembre. Más tarde dijo: “Pensamos sobre nuestras

responsabilidades y fuimos llevados a formar un nuevo movimiento político. Esto se hizo realidad en octubre de 1951, con la creación de un nuevo partido político democrático”. Los cuatro hombres también hablaron en Caux sobre lo que se necesitaba para liberar América Latina de los azotes que castigaban a muchos de sus países: dictadura; explotación de los pueblos indígenas; divisiones entre la población activa...

Todos esos cuatro hombres, sucesivamente, fueron presidentes de Costa Rica; Figueres no menos de tres veces.

En diciembre de 1951, Figueres dio la bienvenida en San José, capital de Costa Rica, a tres hombres enviados por Frank Buchman para divulgar y preparar la asamblea de enero de 1952 en Miami. Figueres participó de este evento, que según él, le dio “un estímulo agudizado no por el miedo colectivo a la guerra sino por una esperanza en común por la paz”.

* * * * *

Una característica destacada de la reunión en Miami fue un reporte de eventos recientes hecho por miembros de tres compañías aéreas norteamericanas. Las compañías – National Airlines, Eastern Airlines y Pan American World Airlines- habían estado envueltas en un larga y mediática disputa. Esto se resolvió con sorprendente rapidez mediante un grupo de hombres, tratando de uno en uno para traer un espíritu y enfoque diferente al problema. Los miembros del personal de Pan American estaban tan agradecidos por lo que había pasado que decidieron difundir esta positiva experiencia a todas las ciudades sudamericanas atendidas por su red.

Entre los países visitados por los miembros de PanAm estaba Guatemala. El gerente local de PanAm estaba impresionado por lo que le contaron sobre la resolución del conflicto que afectaba a la empresa en los Estados Unidos. Invitó a un grupo de empleados sindicales y al jefe de personal local de la compañía para asistir a la próxima conferencia en Mackinac. Ninguno se interesó. De cualquier manera, la oposición grosera a la invitación, particularmente de miembros comunistas, parecía rara. Uno que quedó intrigado fue Luis Puig, especialista en radio, militante y Secretario de Conflictos del Partido de Acción Revolucionaria. En nombre de algunos de sus compañeros propuso enviar una delegación. Con su conocida postura radical, estaba curioso por descubrir qué fue lo que causó la hostilidad. Su iniciativa se encontró con una tormenta de protestas y fue etiquetado como traidor y vendido. Un objeto duro fue presionado contra su costado; nunca supo si realmente fue un revólver. Luego le pusieron al frente una hoja en blanco y le dijeron “¡firma!” “¿Qué debo firmar?” “¡Tu renuncia!” Él firmó.

A pesar de todo, Luis fue a Mackinac con otros, cuya curiosidad, como la suya, había sido despertada. Allí conoció a una multitud de personas de todas partes del mundo y muy variadas procedencias, aparentemente unidos por un deseo de trabajar juntos por un futuro mejor para el mundo.

¿Podría esto realmente conducir a un auténtico y perdurable cambio? Poco después de su llegada, Puig fue invitado a conocer a Frank Buchman. Él pensó que esto sería una oportunidad para aclarar las cosas, preguntar “al gran jefe” algunas buenas preguntas dialécticas y ver cómo ellas fueron manejadas.

“¿Les puedo presentar a Luis Puig de Guatemala?” dijo su acompañante. “¿Te han dado té?” preguntó Buchman. “No” “Francis, dale una taza de té”, respondió Buchman, “y llévalo a la preparación para la reunión de esta tarde”.

Un poco desconcertado por no haber podido hacer sus preguntas, se dijo a sí mismo que tal vez fue justo. De un solo golpe se iba a encontrar con todo el liderazgo del movimiento y observar tortuosos comportamientos.

En la reunión de preparación, Frank Buchman se sentó en medio de un grupo preguntando a diferentes personas, sobre su salud y dando la impresión de simplemente conversar con amigo en lugar de elaborar planes para la batalla. Dirigiéndose a uno de los presentes, Buchman preguntó: “¿Has lidiado con la debilidad de la que hablamos el otro día?” “Sí, he cambiado al respecto” “Entonces vas a liderar la reunión de esta tarde”. Risas. “¿Cuál debería ser el tema?” preguntó el hombre. “Las aerolíneas mostrarán el camino”, respondió Frank Buchman, agregando, “Llevarás a Luis Puig contigo al escenario y haz que hable”.

En la reunión, varios pilotos estadounidenses contaron cómo sus empresas habían resuelto largas disputas que los habían estado destrozando. Luis Puig no pudo recordar lo que él mismo dijo.

Al día siguiente, Puig conoció a un militante comunista italiano, Angelo Pasetto. Aquí, por fin, Puig pensó, estaba alguien que lo entendería. Pero Pasetto empezó a hablar de Dios. Puig reaccionó: “¿Cómo puedes hablarme de Dios,? Has sido entrenado en materialismo dialéctico como yo”.

“Trabajas en electrónica, ¿no?. Cuando entras en una habitación, enciendes la luz no funciona, ¿qué te dice eso?”. “Quizás la bombilla está quemada o se fundió un fusible”. “Entonces, enciendes el interruptor dentro de ti. No ves ninguna luz y concluyes que Dios no existe en vez de buscar por el corto-circuito en tu vida”.

Pasetto rió a carcajadas. Puis se fue fueroso.

Un poco más tarde, un inglés sugirió que Puig y él tomaran un tiempo juntos en silencio y que cada uno escriba el pensamiento más profundo que venga en su corazón. Puig intentó evadir la idea. El hombre insistió y consiguió un acuerdo un tanto forzado para una cita para más tarde, a las 6 en punto de la noche. Se separaron y Puig encontró a sus compañeros guatemaltecos, sugiriéndoles que salgan a cenar y regresen más tarde en la noche, justo a tiempo para la obra de teatro en el centro de conferencias.

Al regresar, a las 8 en punto, arregló con sus amigos para pasar por la habitación donde él debía haber encontrado al inglés. Podría decir, entonces, que había ido

a la habitación según lo acordado, sin decir a que hora exacta, y que no había encontrado a nadie allí. Al abrir la puerta, el inglés estaba aun allí, esperándolo. “¡ah!”, dijo con una gran sonrisa y sin una palabra de reproche. “Trajiste los miembros de tu delegación. Vamos a sentarnos juntos y tener un momento en silencio”. Así, desarmados, se sentaron. En la mente de cada uno, incluso del director de personal de la oficina guatemalteca de PanAm, vinieron pensamientos que tocaron puntos sensibles de en sus vidas.

* * * *

Luis Puig pensó en tres cosas que él necesitaba hacer: devolver los bienes que ilegalmente había tomado para sí; corregir la relación con una chica; pedir perdón a su mamá por el resentimiento hacia ella. Sus padres se habían divorciado cuando tenía 6 años. El juez decidió que su hermana se iría con su mamá y él con su papá. Nadie le había explicado nada y por mucho tiempo creyó que su madre lo había abandonado. Cuando sus compañeros de escuela le preguntaban por su mamá, no sabía qué responder. Terminaba diciendo que no tenía madre. El rencor contra su mamá, eventualmente se convirtió en un odio hacia toda la sociedad.

En junio de 1994, cuando Luis tenía diecisiete años, el presidente de Guatemala, en el poder desde 1931, se vio obligado a renunciar debido a disturbios sociales, dando paso a una junta (gobierno por comité). El joven Luis participó de un levantamiento popular que derrocó a la junta en octubre del mismo año. Dos meses después, las elecciones presidenciales llevaron a triunfar a un académico exiliado, Juan José Arévalo. Esto trajo un período de gobierno democrático reformista.

Puig había venido a Mackinac con preocupaciones sociales y políticas. Se fue a casa con decisiones personales que tendrían amplias repercusiones. Buscó a su mamá, se reconcilió con ella y renovó el contacto con su hermana y sus medios hermanos y hermanas. Se comprometió, donde quiera que hubiera lastimado, mentido o robado a alguna persona, arreglar las cosas a través de disculpas honestas y restitución. Al mismo tiempo, su visión por los problemas de América Latina evolucionaba. ¿Debia ser, la primera condición para acciones verdaderas, que él actuara de acorde con las nuevas ideas que había encontrado? Las reformas que sus amigos marxistas querían parecían absolutamente correctas, pero sus métodos eran cuestionables. Por otro lado, los cristianos católicos, mientras proclamaban la doctrina social de la iglesia, siempre hacían acuerdos con los grandes terratenientes y jefes. Luis sintió que tenía que dar el mensaje que él había encontrado a ambas partes. Con el tiempo se involucró directamente en muchas de las historias que siguen.

Capítulo Uno – Uruguay

Criado en San Sebastián, España, José Alonso fue, durante muchos años, campeón de tenis español, hasta que su hermano Manuel lo derrotó. A principios de la década de 1920, los dos hermanos habían representado su país en la Copa Davis, en los Estados Unidos, donde fueron derrotados por los australianos. José se quedó en los Estados Unidos, conociendo y casándose con Irene, una chica

de Ohio. Ellos tuvieron una hija y un hijo. El ser ingeniero civil implicó que José y su familia se mudaran frecuentemente – en 1948 a Buenos Aires y dos años más tarde a Montevideo.

Irene era una persona de fuerte carácter, con ideas definidas sobre cómo su hija, Jeanette, debía comportarse, qué debía hacer y qué no. Esto no coincidía con las ideas adolescentes de Jeanette. Hubo fuertes discusiones, puertas golpeadas y días de silencio glacial. La situación empeoró cuando los hombres jóvenes empezaron a aparecer. Uno de ellos, Carlos, había ganado el corazón de Jeanette. Él era guapo, bailaba tango brillantemente y contaba con una personalidad brillante. Caminar por las calles de su brazo, llenaba de orgullo el corazón de Jeanette. El hecho que sus padres se oponían totalmente a la relación, simplemente aumentaba la emoción. En ese tiempo Jeanette estaba trabajando en un diario donde, entre otras cosas, ella cubría la vida social. Esto le daba una excusa para salir la mayoría de las noches con muchas oportunidades para ver a Carlos. Era una doble vida de engaño y mentiras.

Luego, de repente, una bomba: los padres de Jeanette decidieron que había llegado el momento para que ella vaya a los Estados Unidos a completar sus estudios. La fecha fue fijada y el boleto comprado. Ella debía tomar un curso de periodismo en la Universidad de Missouri. La noche antes de su partida, Jeanette y Carlos, con la debida ceremonia romántica, anunciaron su compromiso. Siguieron dos años de estudios con un intercambio, casi diario, de cartas y la foto de Carlos en un lugar de honor en la mesa de Jeanette. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba, semillas de duda comenzaron a crecer en su corazón.

Un mes antes de que se entregaran los diplomas, Jeanette se enteró de la repentina muerte de su abuela en Ohio. Su madre viajó para el funeral. Hubo otra vigorosa confrontación entre madre e hija. Jeanette expuso exactamente lo que quería hacer con su vida. Se casaría con Carlos, pase lo que pase. Carlos había comprado su pasaje de regreso a Uruguay, estaba preparando su casamiento y buscando su futuro hogar. En relación a sus padres, ellos debían dejar de dominar su vida. Irene se vio perdiendo su hija al mismo tiempo que a su madre. Jeanette, por su parte, permaneció inflexible, con orgullo y dignidad, a pesar de momentos en los que no estaba tan segura de sí misma.

Una amiga, con quien Irene habló de su angustia, sugirió que madre e hija deberían ir a la Isla de Mackinac, en el estado de Michigan, donde había un centro de conferencias similar al de Caux, donde se estaba desarrollando una asamblea. La idea llamó la atención de Jeanette aunque la invitación vino a través de su irritante madre. Quizás habría caballos, que eran su pasión. De cualquier manera, unos días de descanso y relax, en el norte, escapando del calor del verano, no harían mal.

Ciertamente hacía más frío, pero en relación al descanso y relax, ¡Jeanette se encontró, desde el segundo día, siendo parte de un equipo cocinando para doscientas personas! Lo que más la impresionó fue la atmósfera entre personas de todas las edades y religiones quienes parecían unidas por un propósito en

común. Hablaban de ellas mismas con apertura y simplicidad, que ella nunca antes había experimentado. Irradiaban la alegría de quienes han encontrado dirección para sus vidas. Sus ideas no eran tan originales – volver a valores fundamentales y comenzar aplicándolos a ellos mismos, y tomar tiempo, individualmente, para buscar la voluntad del Todopoderoso.

Poner en práctica tales ideas, era otro tema.

Jeanette estaba desgarrada por las dudas sobre su futuro con Carlos, sus eminentes planes de casamiento y orgullo, lo que la hizo retroceder ante la idea que podría estar equivocada. Estaba completamente perdida. Sabía que necesitaba resolver las cosas antes de salir de la isla.

Sola, se sentó y esperó, con la esperanza que alguna iluminación vendría. Y vino, pero nada que ver con lo que ella había querido. Su primer pensamiento fue pedirle perdón a su mamá por los años de rebeldía, su orgullo obstinado y las veces que la había odiado. El segundo pensamiento fue admitir a su madre las cosas que había ocultado. Esos pensamientos eran incómodos y decididamente los dejó de lado. Pero seguían volviendo. Después de algunos días de agotadora confusión interior, madre e hija se encontraron, repentinamente, juntas y solas. Algo en Jeanette la hizo decir: “Este es el momento”, y encontró el coraje para hablar.

Para su gran sorpresa, Irene comenzó a llorar, y en medio de sus lágrimas pidió el perdón de Jeanette. “Siempre quise controlarte. Tenía miedo que cometieras los mismos errores que yo hice cuando tenía tu edad. Pero ahora, si dejas que Dios dirija tu vida, no necesitás que nadie te controle. Y si realmente crees que Carlos es el hombre con el que debes casarte, tienes mi bendición”. Jeanette no podía creerlo. Se abrazaron la una a la otra. El muro de hielo se había derretido.

Jeanette descubrió que su rebeldía, que nublaba su espíritu, no tenía sentido. Entendió, con vergüenza, que había estado usando a Carlos, inconcientemente, durante todos estos años como instrumento de venganza contra sus padres, que debía disculparse profundamente con él. Y que, con total honestidad, debería romper su compromiso y darle su libertad. Lo que ella había sentido por él, ahora se daba cuenta, no era amor verdadero sino una fascinación, y que ella se había aprovechado de sus sentimientos por ella. Cuando ella le escribió todo esto a él, fue como quitarse una tonelada de ladridos de sus hombros.

Tan pronto como la noticia de lo que había sucedido a su esposa e hija llegó a José, él y su hijo se unieron a ellas en Mackinac. Fue la reunión familiar más alegre que hayan tenido. Diez años después, la exestudiante de periodismo se casó con un abogado uruguayo, Omar Ibargoyen, un hombre que se dedicó totalmente al espíritu que había tocado y transformado a su esposa.

CAPÍTULO 02

CERCA DE SAN PABLO SANTOS, EL PUERTO DEL CAFÉ DE BRASIL

Cuando Louis Laure y sus tres compañeros llegaron a San Pablo, en 1952, el problema más serio que encontraron se refería al puerto de Santos, a una hora y media de distancia. Su primera visita allí fue dura, incluída una verdadera sensación de miedo mientras estaban parados afuera de los portones de muelle al final de la jornada laboral. Una ola de trabajadores pasó corriendo, algunos mirando en forma ciniestra. Más tarde, los hombres que habían estado en la conferencia de Miami los llevaron al puerto. Por las tardes visitaban a los líderes de los trabajadores en sus hogares. Los domingos recibían a quienes quisieran aparecer, a veces familias completas, y discutían qué se podría hacer para mejorar la vida del puerto.

Lo que les dijeron reveló el enorme abismo entre trabajadores y la gerencia. “No es un tema de sueldo. Cualquier cosa que pedimos, la respuesta es -No-. Desconfianza, miedo y odio son las bases de nuestra relación. Somos tratados peor que a las máquinas”. Pero el espíritu revolucionario de esos hombres rápidamente comprendió la importancia de lo que estaban vislucrando a través de las ideas desconocidas de sus visitantes.

El 20 de abril, cuatrocientas personas asistieron a una reunión organizada por Laure y sus colegas en el corazón del puerto. El ex presidente del sindicato de trabajadores portuarios invitó a su enemigo declarado, un concejal municipal que era unos 30 centímetros más alto que él, para unirse a él en el escenario. El sindicalista se disculpó públicamente por los errores que había cometido y entonces hubo una reconciliación espectacular, con gran emoción, como normalmente pasa en Brasil. Esta reunión condujo a muchos más gestos de este tipo, reemplazando la enemistad con buena voluntad.

Los cuatro jóvenes extranjeros también estaban creando vínculos con la gerencia. Uno de ellos fue invitado a hablar en el Rotary Club, lo que les llevó a reunirse con miembros de la organización de empleadores del puerto. Un mejor ambiente comenzó a crecer entre el presidente del sindicato de trabajadores portuarios y el director de personal. Aunque no hubo un gran cambio en general, se resolvieron muchos problemas menores y se evitaron algunas disputas importantes.

En Santos, los depósitos de café eran tan importantes como el puerto. El equipo de Buchman fue insertado en este mundo por un amigo de los Villares, que los llevó a la Asociación Comercial, un cruce entre la federación de empleadores y la cámara de comercio y un baluarte del capitalismo duro y puro.

Entre quienes habían participado en la asamblea de Miami había un empresario de ascendencia suiza llamado Wysling. Era odiado por los sindicatos. Algunos de los sindicalistas de los almacenes de café también habían estado en Miami, incluído Carlos Anselmo, un ex presidente de sindicato y secretario local del Partido Socialista (En Brasil de aquel momento, este era un pequeño partido –

la mayoría de los trabajadores pertenecían al partido de trabajadores brasileño fundado por Getulio Vargas, un presidente brasileño radical).

Wysling y Anselmo apenas se habían conocido, aparte de intercambiar insultos. Habían estado trabajando juntos en Miami cuando los organizadores de la conferencia les pidieron preparar café para todos los delegados. El orgullo patriota ayudó a que su antagonismo fuera superado por el interés de servir el mejor café brasileño. Al regresar a Santos se encontraron nuevamente. La nueva confianza entre ellos comenzó a extenderse a través de sus organizaciones.

Los líderes sindicalistas todavía tenían que vencer una feroz oposición interna. A principios del verano de 1952, mientras algunos estaban en la conferencia del RAM en Mackinac, un grupo extremista, determinado a romper todo, reunió una serie de demandas exorbitantes pensadas para evitar cualquier acuerdo con la gerencia. A su regreso, aquellos que habían estado ausentes tuvieron que luchar para anular las resoluciones aprobadas en su ausencia y convencer a sus seguidores de limitar las demandas sólo a aquello que ellos sentían que tenían razón. Luego entraron en negociaciones que resultaron en notables pasos de avance para las condiciones de los trabajadores, incluyendo un primer contrato colectivo de trabajo – el gerente nunca antes había querido oír hablar de eso – y un aumento sustancial en el pago de los trabajadores.

Dos meses después, el presidente de la Unión de Clérigos lanzó una bomba, exigiendo un aumento salarial del 50%. Su contraparte, el presidente del Sindicato de Trabajadores, fue a verlo y le contó de sobre las nuevas relaciones con la gerencia y los nuevos contratos, que estaban justo por firmarse, y que eran los que brindaban las mejores condiciones para los trabajadores. Como resultado, una carta completamente diferente se envió desde la Unión de Clérigos a los trabajadores. Louis Laure ayudó a unir las partes en disputa. No sólo se evitó una huelga, sino que la creación de un nuevo clima, completamente nuevo, generó un acuerdo rápidamente alcanzado.

* * * * *

Como en otros lugares, el cambio social se produjo a partir del cambio en individuos. Para Carlos Anselmo, una de las primeras decisiones que se se sintió impulsado a tomar no tuvo nada que ver con las relaciones entre jefes y trabajadores. Estaba relacionada con devolver un violín “prestado” que no había tenido intención de devolver a su dueño. Este duro y militante trabajador portuario también era amante de la música clásica. Su esposa, mientras tanto, fue a ver al gerente de una gran tienda para confesar el robo de una serie de artículos, lo cuales quería pagar. El gerente no pudo ver de qué manera podía ingresar el dinero en los libros de cuentas:

“Dé el dinero a una buena causa”, dijo el gerente.

“Délo usted”, respondió la esposa, dejando el dinero en sus manos.

Los familia Alselmo eran negros. El prejuicio racial no existe en Brasil. Sin embargo, nadie se sorprendió durante una reunión en la hermosa casa de campo de los Diedereichsens, “el Sítio das Figueiras”, al ver a la señora Anselmo deshacerse en lágrimas mientras compartía sentimientos de inferioridad de una mujer de color, con poca educación, y su miedo al conocer gente fina, sofisticada,

de la alta sociedad. Sus hijos, 19 y 17, no habían querido que ella aceptara la invitación, temiendo que la humillaran. Por el contrario, la pareja regresó a Santos encantada de haber pasado dos días en el corazón de una “sociedad sin clases y sin razas”.

Al año siguiente, mientras estaba en una conferencia en Caux, Suiza, las personas que querían causar problemas fueron a acosar al hijo de Carlos, para ver si podían descubrir delitos menores del pasado. Esto hizo que Carlos, a su regreso, fuera más honesto que antes con su familia. La unidad familiar y el matrimonio se fortalecieron. Decidió dar el salario de un día, todo mes, para apoyar al pequeño equipo del Rearmamento Moral que había venido a trabajar sin salario en Santos.

Carlos tuvo la convicción de hacer una reparación más costosa. Decidió pagar, sin intereses, una suma de dinero que había desviado de los fondos sindicales algunos años atrás, y pedir una disculpa pública, a su costa, en un importante periódico de Santos (A Tribuna, 12 e Junio de 1955). Se declaró listo para enfrentar cualquier consecuencia que esta acción pudiera tener. Agregó que no estaba motivado por el miedo o el remordimiento, y que había entendido el daño que su acción podría causar a su reputación. Lo que le preocupaba eran las consecuencias más amplias de su forma de pensar y vivir. No quería ser parte de la enfermedad en el mundo sino parte de su cura, y por esa razón había decidido corregir todo lo que podía de su pasado.

La carta de Carlos despertó muchos comentarios. Algunos lo vieron como una maniobra. Lo acusaron de inventar la historia, de que al pagar su error podría asumir una imagen de honestidad y así aumentar sus posibilidades de ser elegido para el consejo municipal. En una reunión dominical del sindicato, el caso fue discutido por una hora. Se propuso que lo entregaran a la policía: “Así es como se debe tratar a un ladrón, no importa cuán eminente sea”. Carlos decidió simplemente reconocer lo que había hecho y no tratar de defenderse. Para sorpresa de todos, su defensa fue tomada por un ex oponente. “Ustedes no entienden todo lo que ha pasado”. Carlos tuvo el coraje de hacer lo que yo nunca podría haber hecho. Carlos ha nacido con un nuevo espíritu”. Concluyó: “Aquel que esté libre de pecado, que lance la primera piedra”. Una gran votación a favor de Carlos cerró el asunto.

* * * * *

Carlos y sus camaradas tenían en sus corazones el querer compartir lo que estaban aprendiendo tanto como pudieran y transmitir a otros la nueva visión que los impulsaba. Un día de marzo de 1953, algunos de ellos fueron invitados a asistir una reunión de la Asociación Comercial. Se disculparon por el sesgo frecuentemente agresivo de sus actividades y hablaron sobre el camino al que estaban comprometidos, yendo más allá de los problemas del capitalismo y la guerra de clases. Su audiencia pudo sentir su actitud tensa y seria, como atletas antes de la competencia, y prestaron mucha atención cuando estos hombres, todos conocidos agitadores, expresaron sus convicciones.

Más tarde, el nuevo presidente electo de la Federación Nacional de Trabajadores del Transporte y secretario del Partido Socialista, en lugar de culpar a los

capitalistas por todo lo que estaba mal, dijo a 18 representantes de sindicatos: “Brasil se está hundiendo en la deshonestidad, no sólo entre los tiburones de las alturas, pero más en el tipo de deshonestidad que, multiplicada por millones, produce el estado de caos en el que nos encontramos. El camino a seguir es claro: nosotros mismos debemos aceptar personalmente la disciplina de los principios morales antes de que podamos exigir lo mismo de los demás”.

Durante una ola de huelgas en la industria de la región en ese momento, se hicieron intentos a través de panfletos y discursos para organizar una huelga de simpatía de los trabajadores portuarios de Santos, la “vanguardia del proletariado brasileño”. En ausencia del presidente, que estaba en el extranjero, el secretario del sindicato de trabajadores portuarios, un hombre que había estado en Mackinac, tuvo que lidiar con la situación. La huelga nunca ocurrió. “No nos unimos”, explicó uno de sus lugartenientes, “porque hemos encontrado lo que nos parece una mejor solución y queremos probarla”.

En medio de esta agitación, los presidentes de 29 de los 37 sindicatos de trabajadores en Santos redactaron y firmaron una Declaración de Principios, que fue enviada al Gobernador del estado de San Pablo: “estamos convencidos”, decía, “que el objetivo de los sindicatos no es sólo ser un instrumento para la protección del bienestar económico de los trabajadores y un arma para luchar contra el capitalismo. A través de los sindicatos queremos trabajar para crear una fuerza moral y espiritual, organizada y capaz de , a través de sus acciones, ejercer una influencia en el país, y lograr la paz dentro y más allá de nuestra nación”. Este profundo cambio de actitud no pudo dejar de impresionar a muchos en los negocios y pronto llamó la atención de los principales diarios de San Pablo. El propio gobernador del estado visitó más tarde la casa en Calle de Los Franceses.

CAPÍTULO 03

CON LOS PORTUARIOS DE RÍO DE JANEIRO

Mucho de este material ha sido tomado del reporte de Damásio Cardoso en el libro *Fresh hope for the World/Una esperanza fresca para el mundo* (Un Changement d'Espérance) editado por Gabriel Marcel.

De la lucha fraticida...

Lo que comenzó alrededor de San Pablo no tardó en llegar a Río de Janeiro. Unos de los impactados fue Nelson Marcellino de Carvalho, quien hizo posible la redención de Francisco de Souza.

Nelson era de una familia pobre de Río. Su padre era un carguero de barcos que trabajaba para la Marina Mercante brasileña, y quien murió, joven, de tuberculosis. Nelson empezó a trabajar en el puerto cuando tenía catorce años, vistiendo pantalones largos por primera vez en su vida. Su almuerzo consistía en bananas demasiado maduras que los vendedores ambulantes iban a tirar. Nelson, en gran medida un autodidacta, se abrió paso gradualmente en el puerto, confiándosele responsabilidades en aumento, hasta llegar a convertirse en jefe del depósito de equipaje, con la responsabilidad de ocuparse del equipaje personal de los pasajeros. Era un trabajo muy deseado. El predecesor de Nelson se había retirado con una fortuna gracias a los numerosos sobornos para garantizar que los artículos evadieran el control de aduanas.

Nelson quería escaparle a la pobreza de su infancia, a toda costa. Amaba los carros último modelo, apostaba a las carreras y en la cartas, y un conocedor de whisky, el cual podía reconocer una docena de marcas por su aroma y sabor. Estaba casado y tenía una hija pequeña, pero como muchos otros tenía varias amantes.

En esos tiempos, los asuntos sociales como hospitales, asilos, seguro médico y la inspección de condiciones laborales se manejaban por separado, a través de organizaciones comerciales o profesionales. Para trabajos marítimos, marineros, estibadores, etc., la organización relevante era el Instituto de los Marineros (Instituto dos Marítimos). Nelson era miembro de su comité nacional y, por lo tanto, realizó visitas de inspección en diferentes lugares. En una de esas visitas, una visita oficial en Santos, se encontró con estibadores y trabajadores del almacén quienes le contaron lo que había estado sucediendo. Lo invitaron, junto a uno de sus colegas, a unirse a ellos durante un fin de semana en el Sitio das Figueiras, la residencia de campo de Diederichsen. Allí se les unieron algunos de los trabajadores de Diederichsen de Santo André. Durante el fin de semana, diferentes personas contaron sobre la resolución de conflictos al ir más allá de los intereses egoístas y dejar de lado la ambición personal.

Nelson contuvo su aliento. A lo largo del fin de semana conoció a Vincent Vercuski, uno del grupo de cuatro que había llegado a San Pablo luego de la conferencia de Miami en enero de 1951. Nelson lo invitó a pasar un tiempo en Río. Sin embargo, nadie ofreció dinero para pagar una prolongada estadía en un

hotel, ya que en Río no había un apartamento disponible, como en San Pablo. Al final, el presidente del Sindicato de Marineros, que había pasado unas horas en Caux durante una conferencia de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, ofreció como “búnker” una gran oficina junto a la suya. Cuando Vincent fue a Río, se instaló una cama diván y se despejó un espacio en un armario repleto de literatura sindical y folletos antiamericanos. El lugar era ideal para reuniones, la comodidad era básica. Nelson se quedó estupefacto al ver que este “yanqui” aceptaba “acampar” en un lugar tan simple. Se dio cuenta que este hombre realmente debía creer en lo que estaba haciendo. Para Nelson, todos los hombres que había conocido durante ese fin de semana parecían traer verdaderos cambios, un tipo de cambio muy necesario en el puerto de Río.

El puerto de Río estaba envuelto en constantes peleas y desorden endémico. La mayoría de los trabajadores portuarios cargaban una pistola o un cuchillo consigo. Los robos y las huelgas causaban grandes pérdidas de mercancías por lo que las compañías de seguro aplicaron un recargo a todas las cargas que pasaban por Río.

* * * * *

El año anterior, una huelga había cerrado el puerto durante cincuenta y cinco días. Damásio Cardoso era uno de los líderes de la huelga, un duro y orgulloso conductor de grúas, nacido en Amazonas, cuyo padre era indígena. La huelga fue provocada porque la administración del puerto lo había suspendido por treinta días. Sus colegas exigieron y obtuvieron su reincorporación y, alentado por este éxito, Damásio hizo que su regreso al trabajo estuviera condicionado a la destitución del Director del Puerto. Se estancaron las negociaciones. Hasta donde se podía ver, habían filas de botes alineados en la enorme Bahía de Guanabara. Frutas y vegetales podridas en los barcos y en los muelles. Desesperados, las autoridades finalmente aceptaron la derrota y el Director del Puerto tuvo que irse (ver *Fresh Hope for the World*/Esperanza fresca para el Mundo, de Gabriel Marcel, traducido del francés).

El sindicato al que pertenecía Damásio y del que era Vice-presidente, el União dos Servidores do Porto do Rio, había sido fundado en 1952 por un vehemente y carismático hombre con un pasado que era todo menos reputable. Era de Pernambuco, en el noreste de Brasil, y era conocido como el Duque de Assis. Su ascenso había sido facilitado por la ley brasileña. Los funcionarios públicos y los agentes de las empresas estatales, y por tanto del puerto de Río, tenían prohibido formar sindicatos independientes. La organización que representaba oficialmente los intereses de los trabajadores portuarios era la União dos Portuarios do Brasil / Sindicato de los Portuarios de Brasil. Esta era una rama de la administración federal, por lo tanto, no era un verdadero sindicato. Fue acusado de estar de la mano de burócratas vinculados a la administración del puerto.

Al crear su sindicato no oficial, el “Duque” buscó establecerse como el verdadero portavoz de los trabajadores. Rápidamente ganó estatus y pronto asumió el papel de mediador con poder efectivo para intervenir en asuntos como si fuera el jefe del director del puerto. Fue apoyado por unos cuarenta hombres de confianza que realizaban huelgas por coerción y violencia, utilizando métodos

que podrían haber sido adquiridos de películas de gánsters. Damásio era uno de esos hombres.

* * * * *

En esta oportunidad, el sindicato no oficial había convocado a una nueva huelga. El objetivo no era sólo el Director del Puerto. La huelga también era contra el jefe de depósito de equipajes, Nelson Marcelino. Él era uno de los líderes del sindicato oficial de los Portuarios de Brasil, y su sindicato estaba en contra de la huelga.

Ignorando la orden de parar el trabajo, Nelson anunció que tenía la intención de abrir el depósito. “Ese día estaban llegando dos barcos con diplomáticos extranjeros a bordo” explicó Damásio, “y era aparentemente esencial para la reputación de Brasil que se les permitiera desembarcar con todo su equipaje”. Continuó: “Le advertí a Nelson que si intentaba trabajar, podría costarle su propia vida”. Resolver las situaciones de esa manera era común en el puerto. “Vine preparado para los problemas. Agregué un segundo revólver al que cargo permanentemente, además de un cuchillo. Conduje a un grupo de camaradas, bien armados, al depósito. Cuando llegamos allí me acerqué a Nelson; cualquier movimiento suyo, dispararía”.

“Esperaba una reacción violenta. Para mi gran sorpresa, él habló con calma. Me dijo cuánto lamentaba que fuéramos enemigos cuando, de hecho, ambos estábamos del lado de nuestros compañeros de trabajo. Pero estábamos luchando de la forma equivocada. Me habló de una nueva tarea que esperaba por todos los trabajadores portuarios, que necesitaba de su unión. Para mi asombro, fue tan lejos como para admitir que él mismo había cometido errores y que el Sindicato de los Portuarios de Brasil no estaba libre de reproches”.

Damásio no podía creer lo que oía, preguntándose todo el tiempo ¿qué había detrás de esa “cobardía”? ¿Era algún truco? Vio que no podía llevar a cabo el ataque que había planificado. Dejó que Nelson diera su opinión y aceptó encontrarse con él al día siguiente. “Sin esto”, continuó Damásio, “la esposa de uno de nosotros dos sería hoy una viuda y el otro estaría en prisión”.

Al día siguiente, Nelson explicó su actitud del día anterior. Cuando estaba en camino al puerto había decidido luchar al máximo, pero cuando vio a Damásio y sus acólitos viniendo hacia él, recordó lo que había escuchado en casa de los Diedrichsens. En ese momento sintió que todo su miedo, odio y arrogancia lo abandonaban, para ser reemplazados por el deseo de ganarse la confianza de su enemigo. Le sugirió a Damásio que algunos de los militantes de sus sindicatos deberían ir juntos a un evento organizado por los líderes sindicales en el puerto de Santos, cerca de San Pablo. Contra toda expectativa, Damásio aceptó.

El siguiente sábado, un entrenador llevó cuarenta viajeros de Río a San Pablo. Esto en sí ya era un logro. Los miembros de los dos sindicatos rivales, después de las protestas y excusas iniciales, acordaron viajar juntos. Durante el viaje, cada uno miraba al otro sospechosamente. La bienvenida en la opulenta segunda casa de los Diedrichsen fue muy cálida. Además de lo que sus colegas de Santos tenían que decir, otra cosa causó gran impacto en Damásio. Su

anfitrión, como patrón, había decidido dejar de pagar sobornos a los funcionarios públicos de quienes dependían sus contratos. Damásio también se sorprendió al enterarse del manifiesto dirigido al Gobernador del Estado (ver capítulo anterior), firmado por veintinueve presidentes sindicales de Santos, garantizando su apoyo para crear un espíritu que pudiera poner fin a las divisiones sin recurrir a la violencia. Después de pasar dos días en esta atmósfera de camaradería, las barreras entre los dos grupos de Río comenzaron a caer. A su regreso, ambas partes se habían vuelto amigas con un objetivo en común.

Un poco más tarde, en agosto de 1954, Nelson y Damásio volaron a Caux, junto con ochenta y cuatro más de Río, Santos y San Pablo, en un avión especialmente alquilado por los Villares y otros industriales. Fueron con el apoyo de varios ministerios del gobierno, y cada uno asumió la responsabilidad de los costos de vuelo de los delegados de sus respectivos departamentos (El Ministerio de Transporte, por ejemplo, en relación con los trabajadores portuarios). Este viaje ayudó a crear nuevas actitudes, sobre las cuales Damásio informó al Ministro de Transporte. También habló al respecto con el jefe de Estado, Getúlio Vargas, durante una reunión concedida a una delegación de trabajadores portuarios. Muy directamente, le contó al Presidente Nacional cómo, aunque en el pasado lo había seguido a ciegas, ahora había decidido, sin dudar, llevar su vida libre de compromisos, buscando lo que era justo de acuerdo a estándares morales en los que él creía. ¡y dijo que tenía la intención de luchar por los hombres del estado para basar su política en los mismos fundamentos!

Pero el regreso de Damásio y Nelson fue difícil. Todos en el puerto sabían del viaje que habían hecho juntos y de sus pronunciamientos públicos, comprometiéndose a luchar codo a codo para promover esas nuevas ideas. Esto causó discordia. Aún más, el costo de vida aumentó bruscamente en ese año en particular, 1953, lo que causó que los trabajadores portuarios no lograran ningún aumento en los salarios. Ellos habían presentado un aumento del 50%, que la compañía había aceptado, siempre que se les permitiera tener un aumento de sus propios ingresos. Los trabajadores acordaron esperar la decisión del gobierno. Pero el gobierno retrasó deliberadamente su respuesta, mientras que el Ministro de Trabajo, João Goulart, instó al Duque de Assis y su equipo, con quienes tenía conexiones, a lanzar una huelga para protestar por la actitud de la compañía. Esto le pareció, a Damásio, quien todavía era vicepresidente de ese sindicato, que se trataba de una propuesta con fines puramente políticos y que no podía dejarla pasar.

“Decidí”, dijo, “recorrer el puerto con un motor de maniobra en el que colocamos una bandera brasileña con la inscripción: - boicot a la huelga -. Al ir de un almacén a otro, explicamos los hechos de la situación. Cuando llegamos al cobertizo 7, la máquina estaba rodeada por un grupo de hombres que habían estado esperando, y empezó una pelea. Me agarraron y me sujetaron mientras uno de ellos me golpeaba con una botella. Me desperté en el hospital con once puntos de sutura en la cabeza, afortunado de estar vivo. Al verme caer, uno de mis amigos corrió hacia adelante, sacó su revólver y gritó: “voy a dispararle al que vuelva a tocar a Damásio”. Lamentablemente, alguien corrió a nuestra casa y le dijo a mi esposa, Nair, que me habían matado. Nair, quien en ese momento

estaba embarazada, colapsó por la conmoción y dio a luz, con 7 meses de embarazo, a nuestro sexto hijo. Nuestra pequeña, Angelina, nació con las piernas deformadas”.

Superado por la ira, Damásio, sin embargo, se contuvo. Si Dios quiso que él siguiera vivo, debe ser por una razón. Él tendría que elegir obediencia, no rebelión. No debería tratar de vengarse de su atacante, pero, tan pronto cuando se recuperara, volverse amigo de él. Esto demandó tiempo. Cada vez que su atacante veía a Damásio, buscaba escapar. Llegó el momento que se encontraron y se reconciliaron.

Sin embargo, Damásio fue expulsado de su sindicato por el “Duque”. Este hombre había tomado, más o menos, el control del puerto. Pandillas de hombres armados impusieron su propia ley. La corrupción y el robo estaban tan extendidos en Río que gran parte del comercio se mudaron a Santos.

Aún así, los ojos comenzaron a abrirse. Nelson, Damásio y sus amigos se reunían más frecuentemente y reflexionaban más profundamente. Vieron que ellos mismos no estaban exentos de las cosas de las cuales acusaban a los políticos turbios. Por ejemplo, existía la costumbre generalizada, entre los empleados del puerto, de llevar mercancías, particularmente productos alimenticios, supuestamente para las necesidades de sus familias, pero a veces solicitando camiones. Uno del grupo quiso “racionalizar” esta práctica reduciéndola a un nivel más “razonable”. Se dio cuenta que nada cambiaría a menos que él abandonara la práctica por completo, y no pasó mucho tiempo antes que se siguiera su ejemplo. Nelson, por su parte, vio que, aunque había estado luchando para mejorar las condiciones de los trabajadores, su mayor objetivo era comprarse un departamento en la zona de moda de Copacabana. Decidió cortar con su pasión por las carreras de caballo, que absorbieron gran parte de su salario. Un día rechazó un “sobre marrón” que le ofrecieron para inducirlo a hacer la vista gorda a una caja de contrabando, esto a pesar de que necesitaba dinero desesperadamente para pagar una gran deuda. También puso fin a sus asuntos extramatrimoniales. Fue esta decisión, sobre todo, lo que consolidó su posición con los que trabajaban en el puerto.

Los hábitos no cambian de la noche a la mañana. Una costumbre era nunca salir desarmado. Desde el momento que descubrió que las diferencias podían resolverse sin recurrir a la violencia, estar constantemente armado ya no era una necesidad. Sin embargo, renunciar a las armas necesitaba coraje. “Me llevó algo de tiempo”, recordó Damásio. “Me dije a mí mismo, vende tus dos revólveres. Un cuchillo será suficiente. Un incidente que podría haber terminado trágicamente, me llevó a renunciar a mi cuchillo también. Un día, unos amigos me acosaron haciendo todo tipo de hirientes comentarios personales. Al principio pude controlarme, pero luego uno de ellos se volvió tan ofensivo que olvidé todas mis buenos propósitos, saqué mi cuchillo y se lo clavé en el hombro”.

* * * * *

Hasta entonces, las mujeres se habían mantenido alejadas de las actividades y reuniones de sus esposos. Ahora se involucrarían más. Damásio había estado viviendo treinta años con Nair y tenían siete hijos. Pero su sentido de compromiso nunca había ido tan lejos como para hacerla su esposa. Una

mañana tuvo el pensamiento de arreglar su situación familiar ante Dios y el mundo. La boda tuvo lugar el 29 de diciembre de 1956. Antes de la ceremonia, él y Nair fueron a confesarse, ella por la primera vez en mucho tiempo, él por la primera vez en su vida. Él estaba un poco ansioso. El sacerdote sólo había permitido un tiempo limitado. ¿Será que, con el pasado que él tenía, iba a confesar todo? Los niños estuvieron presentes en la boda de sus padres, vestidos de blanco, todos en fila, desde dos hasta quince años de edad, luciendo adorables. Angelina estaba allí, sus piernas se habían fortalecido lo suficiente como para permitirle caminar con los demás.

En la ceremonia civil, Luiz y Leonor Villares habían sido invitados a ser testigos. Siguió la comida y fue la primera vez que los Villares comían en la casa de un trabajador portuario, el pequeño apartamento era tan estrecho que los invitados tuvieron que dividirse en tres turnos. Damásio y Nair querían aprovechar la ocasión para mostrar a las familias en la “Villa Portuaria”, el complejo de apartamentos donde vivían los trabajadores portuarios. Esa noche, en la celebración en el salón local a la que asistieron varios cientos de trabajadores y sus familias, Damásio habló brevemente sobre el significado que el evento tenía para él. Luego habló Nelson, su antiguo enemigo; luego el Secretario General de la União dos Portuários do Brasil, quien describió cómo, hasta hacía poco, odiaba a Damásio sin haberlo conocido, simplemente porque pertenecía a una organización rival. Entonces, un joven industrial habló, un hombre cuyo espíritu revolucionario desafiaba constantemente a Damásio. Unos días más tarde, el representante de bienestar social de puerto le dijo a la pareja: “Me están haciendo trabajar. ¡ahora que ustedes están casados, otros les quieren imitar!”.

Un nuevo espíritu se exparcía gradualmente entre los trabajadores del puerto. El sindicato no oficial perdió su influencia y, a finales de 1954, el gobierno anunció su disolución. Damásio se unió al sindicato oficialmente reconocido y los principales líderes de su antiguo sindicato se unieron a él, uno tras otro. En 1953 habían llegado a tener 150 miembros; tres años más tarde el sindicato oficial contaba con 4,000 miembros de los 7,000 trabajadores portuarios.

* * * * *

Todavía era necesario que la unidad recientemente alcanzada se tradujera en cambios prácticos. El sindicato oficial adoptó nuevos estatutos y, en 1957, se organizaron, por primera vez, elecciones genuinamente libres. “La forma de las elecciones es tan importante como el resultado”, declaró su presidente. Esto contrastaba con el antiguo Sindicato de los Portuarios de Brasil, cuyas elecciones habían sido decididas por unas pocas decenas de hombres que acordaron entre sí cómo recolectar las sesenta firmas necesarias para que haya *quórum*. También contrastaba con el antiguo sindicato de Damásio, donde la votación se hacía a mano alzada y era aconsejable seguir las órdenes del líder. Esta vez se hizo una votación secreta, bajo el escrutinio del presidente del Tribunal Electoral Estatal. Catorce mesas de votación se extendieron por los muelles para que todos pudieran votar en su propio lugar de trabajo.

Algunos días antes de las elecciones, el jefe de la policía portuaria convocó a los líderes del sindicato legal. Les informó de los arreglos que los comunistas estaban haciendo para ganar las elecciones. Insistió en que hicieran las mismas

promesas que los comunistas: tres comidas gratis al día en el puerto, una pensión después de veinticinco años de servicio, etc. Nelson respondió: "Queremos demostrarle al gobierno que es posible ser honestos en la política. No haremos ninguna promesa que no podamos cumplir".

Se presentaron tres listas para elección: la del comité directivo saliente; la segunda apoyada por el partido socialista y también liderada por hombres que habían respaldado los cambios recientes en el puerto; y una tercera liderada por un empleado de oficina y respaldado, por extraño que parezca, tanto por la administración portuaria como por los comunistas. Los comunistas no querían absolutamente nada con los líderes de las dos primeras listas que, sentían, no harían ningún compromiso ideológico. La votación tuvo lugar el 29 de marzo de 1957, sin complicaciones. La primera lista fue elegida por 997 votos, contra 675 para la segunda lista, y 587 para la tercera. El líder de la lista de subcampeones demostró ser un buen perdedor al felicitar al vencedor. Al día siguiente, la prensa se maravilló del evento y el gran diario 'Correio da Manhã' dedicó tres columnas a la elección, diciendo: "Por primera vez en Brasil, un grupo de funcionarios ha celebrado elecciones que respetaron la regla de la ley."

Así fue que, entre 1954 y 1957, ocurrió una profunda transformación en el puerto de Río. No hubo una sola huelga. Se restableció la unidad entre los sindicatos. Esto había sucedido dentro de una estructura legal, respetando reglas democráticas. La corrupción estaba disminuyendo y el comité directivo de la União dos Portuários do Brasil decidió que ya no defendería automáticamente a los trabajadores acusados de deshonestidad.

No satisfechos con lo que habían logrado en casa, los estibadores de Río sintieron la necesidad de contarles a otros sobre ello, y no se limitaron a pensar dentro de las fronteras de Brasil. A partir de 1956, seis de ellos, incluido Damásio, fueron a Buenos Aires por invitación del Ministro de Trabajo argentino. La Administración Portuaria asumió la responsabilidad de parte del costo de su viaje, que consistía en llegar hasta la oficina del presidente argentino Aramburú.

Poco tiempo después, Damásio, Nelson y otros volaron a los Estados Unidos. Nunca podrían haber imaginado que en Washington tendrían reuniones con senadores y altos funcionarios del Departamento de Estado. También conocieron a personas de otros niveles de la sociedad, como Anastasio, de quien se informó que era un pez gordo en la mafia y que, con su grupo, controlaba a los trabajadores portuarios de Brooklyn. Estos brasileños llamaron su atención, respetándolos hasta el punto de no poner obstáculos en su camino para que establecieran vínculos con otros trabajadores portuarios que, a su vez, los pusieron en contacto con los estibadores en Nueva York y Baltimore. Y así su influencia se extendió.

* * * * *

En 1959 lanzaron otro emprendimiento. Hicieron la película "Hombres de Brasil". Esto les permitió compartir sus experiencias mucho más ampliamente. No sucedió sin sacrificio. Varias veces cien hombres renunciaron al salario de un día para participar en la filmación. Y no fue sin oposición. Los miembros de los

clanes, que hasta hace poco controlaban el puerto y nunca habían aceptado el cambio en sus amigos, no estaban contentos de ver las cámaras rodando en los muelles. Varias secuencias tuvieron que filmarse varias veces, tal fue la evolución de los eventos que tuvieron que ser tomados en cuenta.

Una vez completado, el largometraje se proyectó en todo el país - en los puertos, por supuesto, pero también en las fábricas, en las zonas rurales problemáticas del noreste, en los barrios marginales / favelas de las grandes ciudades y en el servicio postal donde el robo era común. Durante los años siguientes, la película fue doblada en más de veinte idiomas y presentada, a menudo por los trabajadores portuarios que habían hecho la película, en puertos de todo el mundo y en centros de conflicto en todos los continentes.

La versión francesa se mostró por primera vez en Francia el 23 de marzo de 1961 en Blanc-Mesnil, un suburbio industrial del norte de París, en presencia de Bernard Hardion, que acaba de regresar después de un mandato de siete años como embajador en Brasil. En sus comentarios introductorios, el diplomático recordó las desastrosas condiciones en que operaba el puerto de Río cuando llegó al país. Entonces oyó hablar del cambio creado por los trabajadores portuarios. "Un día", dijo, "conocí a los protagonistas de la película que están a punto de ver. Puedo dar fe de un punto en particular que es tan extraordinario como la historia misma. Es una historia real; sin actores, sin ficción; un drama humano vivido por hombres que son nuestros hermanos. Estos brasileños, a quienes he conocido y amado, encontraron un camino hacia la sabiduría y la hermandad. Pensaron que sus experiencias llevaban un mensaje que interesaría a otras naciones ".

* * * * *

Nada dura para siempre. A principios de la década de 1960, la situación en el puerto se había deteriorado nuevamente. En 1962, la repentina renuncia del presidente Jânio Quadros llevó al vicepresidente, João Goulart, a la presidencia. Los hombres que habían sido los arquitectos de los cambios que habían tenido lugar en el puerto se vieron frustrados o excluidos de la gestión del Sindicato de los Portuarios de Brasil. Los viejos hábitos de corrupción y violencia volvieron con vigor. ¿Tenía algo que ver el vínculo entre el nuevo presidente y el Duque de Assis? Este deterioro se reflejó en un cambio más general mediante el cual se creó una atmósfera prerrevolucionaria. Los empresarios cedieron a las demandas que se les imponían, o cerraron sus negocios, liquidaron sus propiedades y abandonaron el país.

La toma del poder por parte de los militares en abril de 1964, y la adhesión del general Humberto Castelo Branco a la Presidencia marcaron un punto de inflexión, al menos por un tiempo, en el país y en el puerto. Uno de los protagonistas del espectacular cambio en el puerto fue Otton Barbosa, parte del equipo de Nelson Marcellino. El Director del Puerto había notado sus cualidades y lo ascendió al puesto de Inspector Jefe en una parte clave del puerto que se ocupaba de la mayoría del tráfico de café. Aquí, Barbosa movilizó a sus hombres, eliminó el contrabando y reorganizó el trabajo de tal manera que veintisiete grúas pudieran trabajar simultáneamente. Anteriormente, si más de quince necesitaban funcionar, se tenía que tomar temporalmente mano de obra

adicional. Otras partes del puerto se vieron afectadas por esta actitud. Barbosa fue promovido para convertirse en gerente de todo el tráfico portuario. En los viejos tiempos, cuando un barco ingresaba al puerto, la compañía naviera tenía que pagar sobornos a los administradores del puerto y a los trabajadores clave. Esta costumbre se eliminó por completo, así como la de pagar sobornos para acelerar la carga o descarga. "Lo más difícil fue decir no a mis amigos", dijo este ex trabajador convertido en gerente. Pronto, el Ministro de Transporte pudo anunciar que los ingresos del puerto se habían más que duplicado en un año, con los costos administrativos reducidos, sin un aumento notable en los costos de inversión, todo esto a pesar de la inflación.

Sítio São Luiz / "Casa de Campo San Luis"

Casi al mismo tiempo, los estibadores de Río mostraron nuevamente su dinamismo y sentido de responsabilidad por su país. La diferencia de clase no era un problema. Apoyaron un nuevo emprendimiento de Leonor Villares quien, en 1965, tuvo la idea de buscar una propiedad vacía cerca de Río, lista para ser utilizada como centro de reuniones y capacitación. Un agente inmobiliario los llevó a ver una hermosa propiedad cerca de Petrópolis, Sítio São Luiz. La ubicación era ideal, localizada en la ladera de una montaña a sesenta kilómetros de Río. Petrópolis, construida a lo largo de montañas y valles, había sido fundada en 1843 por el emperador Pedro II. En el mismo momento en que se construyó Brasilia. El gobierno se trasladaba desde Río durante la temporada de calor.

La propiedad en oferta era encantadora, con dos casas y tres pequeñas casas de huéspedes, rodeadas por una considerable cantidad de montañas y bosques, pero Leonor la consideraba demasiado grande y demasiado cara. Regresó cinco veces a Río para buscar otra cosa con amigos. Al final, llegaron a la conclusión conjunta de que el primer lugar visitado podría ser el correcto. Unos pocos miembros de los 'equipos' que se habían formado en Río y San Pablo se reunieron y se convencieron de que no sólo deberían intentar adquirir el "Sítio", sino que además deberían ofrecer a los propietarios, dos hermanos, la mitad del precio solicitado, a ser pagado en cinco cuotas.

Mientras tanto, el mayor de los dos hermanos, un industrial, se había ido para comenzar una nueva vida en Australia. Había pasado los años de la guerra en Alemania. La situación en Brasil ahora parecía más inestable y no quería sufrir nuevos trastornos si las fuerzas subversivas ganaban poder otra vez. Inmediatamente cablegrafió que, en vista del objetivo que Leonor y los demás tenían en mente para la propiedad, acordó el precio y aceptaría el pago en tres cuotas en el transcurso de un año. El hermano menor que se había quedado en Brasil, y vivía en el lugar, consintió.

Así que, la venta del Sitio São Luiz se firmó, pero el dinero aún quedaba por ser recaudado.

Los estibadores lanzaron la campaña financiera. Decidieron organizar una gran barbacoa para quinientas personas en el nuevo lugar. Tres de sus esposas visitaron al alcalde de Petrópolis, quien también era gerente de los mataderos de la ciudad. Explicaron la situación y le pidieron que les diera un buey para asar.

El alcalde les dio lo que pidieron, y ellas y sus esposos pasaron la noche cortando la res muerta. Mientras tanto, otros estibadores pidieron al ejército que les prestaran largas mesas, bancos y tiendas de campaña. Uno de ellos trajo naranjas de su pequeña granja. Lo recaudado en la noche de la fiesta no había alcanzado el objetivo establecido por los estibadores. Algunos de los invitados sugirieron pasar alrededor un sombrero. La esposa de un alto oficial del ejército se quitó dos magníficos hilos de perlas que llevaba y los puso en el sombrero. Habían sido un regalo de su esposo el día de su compromiso. Al final de la noche, el objetivo había sido alcanzado.

Con otras dos señoras, Leonor fue a ver al presidente del Banco Bradesco (*Banco Brasileiro de Descontos*), uno de los bancos privados más grandes, para contarle sobre su iniciativa y pedirle su apoyo y si el banco haría un regalo de dinero, equivalente a una cuarta parte del precio de la propiedad ya comprada. El presidente del banco era un hombre de fe, además de ser un estricto gerente al que le gustaba hablar directamente. Pidió tres días para dar su respuesta. La respuesta fue "Sí". Otras instituciones financieras siguieron su ejemplo, en un nivel menor. Un año después, gracias a múltiples contribuciones, a menudo extremadamente modestas, se recaudó todo el dinero. Cuarenta años después, el Sitío todavía se está utilizando y ha acogido a una gran variedad de visitantes, de Brasil y el extranjero, desde senadores y generales hasta trabajadores y habitantes de barrios marginales.

* * * * *

Estos últimos no eran solo de las grandes ciudades. Unas tres mil personas vivían justo al lado de la propiedad en la colina "*Morro do Neylor*". A menudo habían veinte en una choza y estaban bajo amenaza de expulsión constante. De vez en cuando, algunos visitaban al equipo en el Sitío. Estaban ansiosos por mejorar las condiciones miserablemente precarias de su comunidad. En el transcurso de una visita, una de ellos mencionó una carga particular que pesaba mucho sobre las mujeres. Tenían que bajar la colina, después de que sus maridos se iban a trabajar, para buscar agua del arroyo que estaba abajo. "Sin embargo, es Dios quien da el agua", agregó, y continuó diciendo: "No nos faltan brazos fuertes en nuestra comunidad. El consejo municipal podría darnos los materiales necesarios para el suministro de agua. Podríamos encontrar una solución ". Poco después, el alcalde fue invitado a visitar la comunidad. Unas semanas después, los habitantes del "*Morro do Neylor*" construyeron una pequeña presa en tierras del Sitío y organizaron una compleja cadena de tuberías de plástico. Luego el agua llegó a cuatrocientos hogares y un espíritu comunitario nació. Después vino el alumbrado público, un campo de juegos y una guardería.

Pero los habitantes de los barrios pobres no solo están interesados en las mejoras materiales. También vienen al Sitio a ver a sus vecinos para descubrir cómo protegerse del egoísmo y la violencia que constantemente amenazan a su comunidad. Tan importante como las alcantarillas y el suministro de agua es la tranquilidad de una madre que sabe que su hijo puede bajar la colina con seguridad y el espíritu comunitario que puede acabar con el poder de las bandas criminales.

CAPÍTULO 04

DISTURBIOS ENTRE CORONELES EN GUATEMALA

Después de participar en el movimiento popular en 1944 (ver Capítulo 2 - Centroamérica p ..), el joven Luis Puig trabajó en la radiodifusión. Conoció a José Monteros, propietario de Radio Internacional Monteros, hombre de fuertes puntos de vista de derecha y que disfrutaba discutir con un marxista, como lo era entonces Puig. Un día le dijo a Puig: "No lograrás convencerme a mí, ni yo a tí. ¿Podría haber una tercera vía, algo en lo que ambos pudiéramos estar de acuerdo, vos y yo, por el bien del país?" "No sé nada de eso", respondió Puig.

Algunos años después, después de su viaje a Mackinac, Puig visitó a Monteros y le recordó su conversación. "Ahora he encontrado lo que estabas buscando", dijo. "Me pone los pelos de punta", respondió Monteros, después de escuchar a Puig contar lo que acababa de descubrir. "Voy a darte tiempo de emisión en mi estación de radio para hablar sobre ello". Inmediatamente comenzaron a preparar un folleto para los oyentes que harían preguntas al final de las transmisiones planificadas. Los programas tuvieron lugar dos veces por semana durante quince minutos. Entre 1952 y 1954 hubo en total unas 120 transmisiones. Un pequeño equipo se reunió rápidamente para preparar y ensayar los guiones. Historias de experiencias en otras partes del mundo fueron dramatizadas y leídas por un elenco de diferentes personas, todas extraídas de libros y revistas traídos de Mackinac.

Las transmisiones de Puig enfurecieron a partidarios del gobierno. El presidente Arévalo había sido reemplazado al final de su mandato, en 1951, por el joven coronel Jacobo Arbenz Guzmán, uno de los líderes del movimiento que había derrocado la dictadura anterior en dos etapas, junio y octubre de 1944. Arbenz se comprometió a continuar y ampliar el proceso de reforma introduciendo nuevas leyes sociales, fortaleciendo el movimiento sindical e instituyendo reformas agrícolas, todo destinado para atacar las raíces de la estructura arcaica del país. Los objetivos propuestos no pueden ser calificados como extremos. En su discurso inaugural (15 de marzo de 1951), el nuevo presidente declaró su objetivo "transformar a Guatemala, de un país atrasado con una economía esencialmente feudal, en un país capitalista moderno".

La política de reforma agraria no fue radical, su objetivo se limitó a la tierra no utilizada en grandes propiedades. Sin embargo, afectaría seriamente a la empresa *North American United Fruit Company*. Esta compañía tenía a su disposición enormes áreas de tierra sin cultivar que habían subvaluado en las declaraciones para calcular la obligación tributaria. Las autoridades estadounidenses creían que tenían que defender a la compañía y acusaron al gobierno de Arbenz de llevar el país hacia el comunismo. No había motivos para esta acusación. Hubo, por ejemplo, completa libertad de prensa. El partido comunista era el más pequeño de los miembros de la coalición gubernamental, aunque de hecho era el partido mejor organizado y el único con una ideología

sería. También era cierto que varios líderes de otras agrupaciones que apoyaban al gobierno habían realizado visitas secretas a la Cortina de Acero en 1953.

La desconfianza de Washington fue alimentada principalmente por el lenguaje de alto vuelo permitido por aquellos del lado del gobierno, líricamente celebraba su "revolución de octubre" y desfilando por las calles para denunciar la "guerra imperialista en Corea" y la "guerra sucia en Indochina". Estos arrebatos verbales, combinados con la presión estadounidense, aumentaron el descontento de quienes se creían perjudicados por las reformas.

Las tensiones se ilustraron dramáticamente en el estudio de Radio International. Uno de los hombres que trabajaban allí mostró grandes signos de ansiedad y le pidió a uno de sus colegas que lo sustituyera temporalmente. Necesitaba un poco de aire fresco. Cuando regresó en un estado más tranquilo, le explicó a su colega que había recibido una señal de un grupo de extrema derecha que le indicaba que transmitiera una pieza musical específica en un momento determinado. Esta era una señal acordada para que un grupo de cómplices asesinara simultáneamente a veintitrés comunistas. "Odio a los comunistas", dijo, "pero no pude hacer eso".

Sintiéndose amenazado por los Estados Unidos, el presidente Arbenz buscó comprar armas, algunas de las cuales logró obtener de Europa del Este. La llegada de un barco cargado de suministros militares aceleró los eventos. Armados por los estadounidenses, algunos exiliados guatemaltecos se habían reagrupado en Honduras alrededor del coronel Castillo Armas. El 17 de junio de 1954 cruzaron la frontera. Diez días después, el presidente fue derrocado. Sin embargo, sus partidarios habían tenido tiempo de actuar contra Radio Internacional. Encarcelaron a Puig durante dos días, incautaron los guiones de todas sus transmisiones y lo amenazaron diciendo: "Están pervirtiendo el espíritu revolucionario de nuestro pueblo. Nunca te perdonaremos".

Puig estaba especialmente conmocionado por la actitud de los nuevos líderes hacia los sindicatos, buscando silenciar su libertad de operación. Acusaron a los sindicatos de ser infiltrados por comunistas. También se rebeló por el referéndum organizado por Castillo Armas. Los votantes tuvieron que escribir su nombre y dirección en la papeleta. Los funcionarios que votaron "No" sabían que perderían sus empleos.

Después de haber aprendido a basar sus decisiones en la escucha de su voz interior, Puig sintió que debía votar de acuerdo con su conciencia, así que votó en contra del nuevo gobierno. Más tarde descubrió que, en todo el país, solo un pequeño número había votado "No". Los comunistas se habían abstenido. Sin embargo, creía que debía declarar su posición y en la columna titulada "Comentarios" escribió: "Mi conciencia no me permitirá votar por este gobierno".

Puig se mantuvo activo con su sindicato. Otros líderes sindicales, algunos de los cuales recientemente se habían opuesto a él, vinieron y le pidieron que se uniera a ellos para reorganizar el movimiento obrero. Esto iría a entrar en conflicto con los deseos del gobierno. También provocó la oposición de la policía. Puig sugirió a sus colegas que cada uno de ellos, individualmente, se tome el tiempo para

pensar de la manera que les parezca mejor, luego de lo cual intercambiarían sus ideas. El pensamiento común que surgió fue que deberían pedir una reunión con el Jefe de Estado y hablar con franqueza con él. No sería fácil, porque hay muchas cosas que él no querría escuchar.

El Presidente los recibió en su oficina con guardaespaldas armados presentes. Sus visitantes expresaron lo que habían planeado decir, en resumen: "Está abriendo el camino a la peor opresión que los trabajadores en este país habrán conocido. Creemos que es sincero. Haga algo para cambiar ese resultado".

"¿Alguno de ustedes colaboró con los comunistas?" preguntó el presidente.

"Ese soy yo", respondió Puig, "pero también aprendí a amar a mi país tal como es y a trabajar para que se convierta en lo que debería ser, no para buscar quién tiene la razón, sino lo que está bien".

El coronel Armas les pidió que se sentaran y les dijo a sus guardias que abandonaran la habitación. "Me haces confiar en ti porque eres honesto. Muchos de los que dicen que son mis amigos solo me halagan. Creo que podemos hacer negocios. Las leyes para los trabajadores no son mi especialidad. Soy un militar. Mi objetivo era sacar a los comunistas del poder".

Para la sorpresa de todos, el presidente confirmó las leyes sociales anteriores, solo introdujo medidas apropiadas para evitar que claros extremistas asumieran el liderazgo de los sindicatos.

Poco después volvió a llamar a Puig. Le preguntó "Dime qué te cambió". Puig le respondió y sugirió que podría conocer a algunos de sus amigos. El presidente los recibió en el Palacio Presidencial. Hizo que Puig viniera otra vez. Estaba claramente buscando una filosofía sólida para guiar su política. "Una nueva conferencia en Mackinac está siendo realizada", le dijo Puig. "¿Por qué no envía a alguien en quien confía?" "Enviaré un representante de la oposición", respondió Armas, y así lo hizo.

En 1954, Luis Puig fue uno de los fundadores del Congreso de Sindicatos de Guatemala y, en 1956, fue enviado como delegado a la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Puig estaba buscando qué sentido podría darle a esta relación con un dictador, un hombre que, al mismo tiempo, estaba realmente buscando el camino a seguir y que había comenzado a tomar medidas para erradicar la corrupción dentro del gobierno.

El 23 de julio de 1957, Castillo Armas fue asesinado por uno de sus guardaespaldas que luego se suicidó. Nunca se descubrió ningún motivo para el crimen. Guatemala fue arrojada a un largo período de disturbios. Puig sintió que, en ese momento, no podía hacer más en su propio país para seguir el rumbo que se había fijado, y al que a partir de ahora deseaba dar toda su energía. Emigró a Brasil.

CAPÍTULO 05

EN LOS BANCOS DEL RIO DE LA PLATA DE UNA FAMILIA A LA INDUSTRIA

Cuando los Alonso regresaron a Uruguay, agradecidos por la transformación de su hija rebelde, a través de la visita a Mackinac, anhelaban difundir el espíritu que habían encontrado. Ellos enviaron a varios de sus amigos a Mackinac, incluido Oscar Braúlio Alaniz, director administrativo de Ferrosnalt, una fábrica de ingeniería pesada. Alaniz también fue el representante del Sindicato de Trabajadores de Oficina. Era un hombre orgulloso, con un temperamento violento, y era odiado tanto por los directores como por los trabajadores y en una guerra abierta con el secretario del sindicato de trabajadores obreros, Armando Perdomo, la cual había ido tan lejos como para tirar botes de pintura contra la pared de su casa. La atmósfera de conflicto dio lugar a muchos disturbios. El negocio iba cada vez peor, amenazado con el cierre, y el precio de la acción había caído de 100 pesos a 37 pesos.

Las reacciones iniciales de Alaniz en Mackinac fueron en su mayoría negativas. "Esto nunca funcionará", declaró bruscamente durante una comida. Su compañero de mesa le recordó el pasaje en la Primera Carta de San Pablo a los Corintios que enumera todos los pecados que le impiden a uno entrar en el reino de Dios. Alaniz golpeó la mesa. "¡No me dejaré insultar!" dijo, y fue a su habitación con la intención de hacer las maletas. Pero entonces, sin razón aparente, se miró en el espejo y notó su bigote. "¿Por qué tengo bigote?", se preguntó. "¡Sí, eso es! Es parte de mi vanidad. Quiero ser guapo y atraer mujeres". Al día siguiente, su bigote se había ido y Alaniz comenzó a verse a sí mismo con otros ojos. "Todo lo dicho ayer en la mesa se aplica a mí", reflexionó. Había planeado estar en Mackinac solo unos días. Se quedó por un mes.

Regresó a Montevideo completamente diferente. Fue "una transformación sorprendente", dijo a un amigo. Su esposa Sara tenía problemas cardíacos y los síntomas desaparecieron. Un flujo constante de empleados de la fábrica llegó a su casa. Se restableció la paz entre Alaniz y Perdomo y entre los trabajadores de "cuello azul" y "cuello blanco". Con la aprobación de la mayoría de la fuerza laboral, Perdomo creó un nuevo sindicato con reglas democráticas. No hubo más huelgas. El gerente de la fábrica se sorprendió un día en el que Alaniz y Perdomo llegaron juntos a su oficina. Un segundo paso vio renacer la confianza entre empleados y directores. El precio de la acción subió a 135 pesos.

Al año siguiente, 1957, Oscar Alaniz fue invitado a regresar a Mackinac con Sara y Perdomo. El Gerente General no quería que fuera, sosteniendo que su presencia era indispensable. Alaniz insistió. "Oh, bueno, entonces vete", replicó el gerente enojado. Alaniz luego agravó más las cosas al quedarse más tiempo que las dos semanas que había solicitado originalmente. Cuando regresó, encontró que se le había sacado de su lugar de trabajo y se le ofreció una posición muy subordinada. Cuando, contra toda expectativa, aceptó lo que se le ofrecía, fue despedido. De la misma manera, el gerente también fue despedido días después. Alaniz tuvo que atravesar un período difícil y finalmente encontró

un trabajo de medio tiempo que le dio lo suficiente para ganarse la vida. Después, fue contratado por la Organización de Estados Americanos, cuyo director en Montevideo era Juan Bautista Schroeder Otero. Schroeder conocía a Alaniz y le pidió que trabajara en su oficina. La colaboración entre los dos tendría resultados importantes más adelante. (ver Capítulo 16).

Al final de su primera visita a Mackinac, Alaniz había visitado Detroit, donde lo llevaron a conocer a Bomarito, un líder sindical en la industria del caucho. Mientras contaba todo lo que le había sucedido, Bomarito escuchaba incrédulo. "Me gustaría ver qué queda de todo esto después de un año", dijo. "Muy bien, vendré a verte en un año con mi esposa y mi peor enemigo", respondió Alaniz.

Bomarito se lo tomó en serio. Hizo una llamada telefónica de larga distancia para recordarle a Alaniz su promesa. Se organizó una reunión. Los viajeros partieron de Mackinac en tres autos separados. El que traía a Alaniz llegó primero. "¿Y tu mujer?", reclamó Bomarito. La puerta se abrió y entró Sara, quien luego le contó de su asombro cuando su esposo había regresado el año pasado. Algo asombrado, pero no desanimado, Bomarito miró a Alaniz. "También me hablaste de tu peor enemigo". El azar a veces hace cosas extrañas, o tal vez es la Providencia. Llegó el tercer auto y, en el preciso momento en que Bomarito hablaba, Perdomo llamó a la puerta. "¡No puedo creerlo!" dijo el estadounidense.

* * * * *

Alaniz y Perdomo adquirieron una influencia significativa en el movimiento sindical del Uruguay, mucho más allá de la ingeniería pesada. Al enterarse de lo sucedido en Ferrosalt, Victorino González, un empleado del puerto de Montevideo, fue a buscar a Alaniz. González pronto comenzó a trabajar con algunos de sus camaradas en el puerto. En 1965, los estibadores de Río de Janeiro fueron invitados a compartir sus experiencias. Su ejemplo no creó un cambio tan grande como había sucedido en Río, sin embargo, hubo un nuevo clima de honestidad. Por ejemplo, Atilio de Bon, un conductor de grúas, quien cuando descargaba automóviles lo hacía con cuidado siempre y cuando le hubieran dado el soborno esperado. De lo contrario, el vehículo sería arrojado bruscamente al muelle y luego tendría que ser reparado. Atilio siempre tuvo una explicación lista. "Las grúas son muy viejas". Él cambió.

Victorino González sintió que debería unir a sus camaradas en torno a un objetivo común. Tuvo la idea de crear una cooperativa de edificios para proporcionar mejores viviendas a los trabajadores del puerto. Comenzó hablando con algunos de ellos durante las tardes, después del trabajo. Aunque no tenían educación, logró encender en ellos la ambición de hacer algo por sus familias y el país. Una trabajadora social en el puerto se entusiasmó con el proyecto y ayudó. En 1991, después de cuatro años de trabajo elaborando planes y recaudando fondos, la cooperativa se creó y se compró la tierra. Era un terreno baldío, cubierto de árboles que tenían que ser arrancados de raíz atando cuerdas alrededor de sus troncos, cinco o seis hombres sacándolos desde la raíz. Para economizar, en lugar de contratar profesionales, los miembros de la cooperativa hicieron el trabajo ellos mismos.

A pesar de tener cincuenta y ocho años, González se levantaba todas las mañanas a las cuatro en punto y trabajaba en el puerto hasta la una. Luego iría directamente a la obra y volvería a casa a las seis u ocho de la noche. "Mi fuerza", dijo al recordar este período, "vino de tomar una hora de silencio cada mañana ante Dios. Solía llegar al puerto a las seis en punto y comenzar a trabajar a las siete. Durante esa hora me sentaba en la cabina de la grúa y allí, en lo alto, anotaba las ideas que se me ocurrían. Fue una época en que muchas cosas se aclararon".

Además de los problemas en el puerto y la cooperativa, tenía problemas familiares. Su hijo estudiante se rebeló contra las injusticias que vio a su alrededor. Como muchos de los jóvenes, escuchó más a uno de sus profesores, que tenía vínculos con el violento movimiento de Tupamaros, que a su padre que solo había tenido tres años de escolaridad. Pero la disciplina y la constancia de Victorino conquistaron a su hijo, también a su esposa, Carlucha. Ella había acogido con satisfacción las nuevas ideas de su esposo, como también el trabajo agotador que había emprendido. "Ella seguía poniendo un palo en mi rueda", dijo Victorino, "porque no creía en eso". Ella seguía diciendo: "Casas para los pobres. Ellos no existen". Luego agregó, con lágrimas en los ojos: "Una vez, ya en nuestro nuevo hogar, ella me dijo: Después de verte pedalear, noche tras noche, en tu bicicleta, para construir nuestra casa, sé que me amaste". En el día oficial de terminación de las nuevas casas, todo mundo estaba profundamente conmovido, con Carlucha llorando más que todos los demás.

* * * * *

Cuando José Alonso fue enviado a los Estados Unidos por un año, él y su esposa decidieron, durante su ausencia, poner su departamento en Montevideo a disposición de una pareja escocesa, Angus y Ruth Lamond. Los Lamonds se sentían apasionados por América Latina y querían usar su energía y modestos medios para servir a esa parte del mundo. Su nuevo hogar se convirtió en el centro alrededor del cual se formó un pequeño equipo uruguayo. Entre aquellos a quienes los Alonso habían tenido tiempo de presentarles a los Lamond antes de irse, se encontraba un estudiante de derecho, Omar Ibargoyen. Algunos años más tarde Omar se convertiría en el esposo de Jeanette. Aunque era hijo de una familia de bienes, nunca tuvo dinero. Su familia lo consideraba un idealista sin sentido de la realidad. Lo mantuvieron alejado de la gestión de la herencia familiar.

Omar tenía una mente constantemente inquisitiva y un temperamento militante. Participó con pasión en los debates ideológicos que a veces duraban toda la noche en el campus universitario. Estaba tratando de ser periodista y se abrió una posibilidad con el periódico El País para escribir una columna titulada "La voz libre de la juventud". Lo hizo con un grupo de estudiantes que había reunido a su alrededor.

La discusión con los visitantes se prolongó tanto que finalmente tuvieron que pedirle a Omar que se fuera. Él respondió que volvería a la mañana siguiente

con un grupo de amigos, y así hizo. Después de varias reuniones más, llegó el momento en que los viajeros tenían que abandonar Montevideo. Le dijeron a Omar que sería bienvenido, si así lo deseaba, para asistir a la próxima conferencia en Caux. ¡Pero no se comprometieron demasiado con este estudiante bastante joven e imprudente!

Omar fue tenaz y un buen día en 1954 apareció en Caux -el mismo verano en que Jeanette Alonso se reconcilió con su madre en Mackinac-. Había utilizado un boleto de ida y vuelta que le habían dado para representar a una institución cultural uruguaya en un Simposio internacional contra el totalitarismo. Lo que vio en Caux le abrió horizontes completamente nuevos. Un hombre (o mujer) podría cambiar, y este cambio podría tener grandes repercusiones. Omar había dejado su simposio bastante desilusionado. Estaba sopesando la posibilidad de luchar contra las ideas y sus protagonistas y buscando cómo ayudar a las personas a encontrar su verdadero papel. Durante su estancia en Caux, realizó una revisión completa de su vida. Esto le mostró un camino fundamental para el futuro. Escribió cartas de disculpa al segundo esposo de su madre y a otros miembros de su familia. Esto comenzó una transformación completa en las relaciones familiares y le permitió, cuando regresó a casa, resolver rápidamente un amargo conflicto familiar sobre una herencia que había durado quince años.

También conoció a la familia Alonso y, a través de ellos, a los Lamond, con los que comenzó a trabajar. Para ellos fue un valioso compañero de equipo. No había literatura sobre el Rearmamento Moral en español, así que comenzó ayudando a Angus a traducir un pequeño folleto ilustrado llamado "¿A dónde vamos desde aquí?" Tenía un amplio círculo de amigos y les presentó a los Lamonds a muchos de ellos. Después de terminar sus estudios, Omar continuó con este trabajo en muchos países. Jeanette también estuvo involucrada. Se casaron en 1964. Más tarde, junto con dos amigos franceses, crearon un movimiento para la formación moral llamado Viva la Gente. Esto involucró a jóvenes latinoamericanos durante uno o dos años, viajando por toda América Latina usando drama, música y danza para ayudarlos a encontrar un propósito en sus vidas. Esto ha continuado hasta el siglo XXI con el nombre de Gente que Avanza. Durante cuarenta años, alrededor de mil jóvenes han participado, muchos de los cuales se mantienen en contacto con su sede en Montevideo.

De Montevideo a Buenos Aires

El apartamento puesto a disposición de los Lamond por los Alonso era excelente. Con vista al Río de la Plata, estaba atendido por dos sirvientes, lujosamente amueblado, y habían dos autos en el garaje del sótano. Pero los Lamond enfrentaron un gran problema. ¿Cómo podrían ellos, sin ingresos regulares, sobrevivir financieramente? Al verlos en ese entorno, nadie aparte de los Alonso imaginaba que les faltaba dinero. De hecho, fue Jeanette, aún no casada, quien vendió sus pendientes de diamantes en los Estados Unidos y envió el dinero a los invitados de sus padres. Pronto llegaron otros regalos, pero tuvieron que ser usados cuidadosamente. ¡Angus no recibió felicitaciones un día cuando salió con la mayor parte del dinero disponible de la casa y regresó con un pavo comprado a un precio inmejorable! Como buen escocés, ¿cómo podría resistirse a semejante oferta?

Sin embargo, los eventos no tardaron en justificar la compra, y el pavo se aprovechó bien. Angus recibió una llamada de Raúl Migone, un amigo de los Alonso, a quien se lo habían presentado antes de irse. Raúl era un diplomático argentino, se opuso al presidente Perón, entonces en el poder, y se había exiliado voluntariamente en Uruguay. Un grupo de cadetes navales que habían sido implicados en un intento de golpe de estado contra Perón acababan de llegar a Montevideo como refugiados. Migone les preguntó a los Lamonds si podían invitarlos a cenar y mostrarles el cortometraje "Una idea toma alas/An idea takes wings", que retrató la resolución del conflicto entre las compañías aéreas estadounidenses en 1951.

Raúl Migone había sido entrenado como abogado. Durante la década de 1930 había trabajado en la sede de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Más tarde ocupó varios puestos diplomáticos. Durante su estancia en Ginebra, conoció a Frank Buchman y, por invitación, participó en varias reuniones, una de las cuales, en Saint-Cergues, lo había impactado profundamente. Estaba muy feliz de haber encontrado el mismo espíritu durante las visitas al apartamento prestado por los Alonso.

Un día, mientras almorzaba allí, consciente de que no era posible de inmediato, invitó a sus anfitriones a venir a Argentina tan pronto como la situación lo permitiera. Mientras se sentaban juntos después de la comida, tuvo la sensación de que algún día debería estar preparado para desempeñar un papel en la reorganización de su país, especialmente en relación con el mundo laboral. Al compartir este pensamiento con sus amigos, no tenía idea de que una misión inminente y peligrosa estaba por delante. En septiembre de 1955, Perón fue derrocado. Algún tiempo después, Migone fue llamado a Argentina para ser nombrado Ministro de la embajada en Londres. Esto aparentemente no tenía relación con los problemas laborales. Mientras se despedía de Montevideo a principios de noviembre, llegó un mensaje del nuevo presidente, el general Aramburu, que había reemplazado al general Leonardi. Lo necesitaban en Buenos Aires de inmediato y un avión militar estaba en camino a buscarlo.

Durante el vuelo de veinte minutos, Migoni sintió que le pedirían que fuera Ministro de Trabajo. Rezó por la fuerza y la inspiración que necesitaría. A su llegada a La Casa Rosada, la sede de la presidencia, Aramburu le dijo que el régimen democrático recién establecido estaba amenazado por una huelga general convocada por los sindicatos peronistas. Se enfrentó a la opción de llamar al ejército y arriesgarse a una guerra civil. Como Migone había anticipado, el presidente había decidido darle la cartera de trabajo.

El Presidente había dispuesto que Migone fuera con una escolta armada para hacerse cargo del Ministerio de Trabajo. Migone respondió que iría a pie y acompañado sólo por dos guardaespaldas. "Tienes carta blanca siempre y cuando se evite la huelga", respondió el presidente. Al llegar al ministerio, Migone encontró a los representantes sindicales reunidos. Les dijo que podía lograr que el ejército se opusiera a la huelga, pero que preferiría invocar su amor por el país, y les pidió que renunciaran a la huelga. Los sindicalistas estaban

sorprendidos y un poco apagados al ver llegar al Ministro así. Una discusión ordenada tuvo lugar y la huelga nunca tuvo lugar.

Un mensaje llegó a los Lamond: "Argentina los necesita. Vengan de inmediato."

Transmitido a ellos por un representante del nuevo Ministro, esto confirmó la invitación anterior de Raúl Migone. Los Lamond concluyeron que deberían actuar y, con tres compañeros, tomaron el ferry nocturno hacia Buenos Aires. Su llegada fue desconcertante. Sus compañeros de viaje, extrañamente, se apresuraron a bajar del bote. Las formalidades posteriores fueron interminables. Después de pasar por la policía de inmigración y las aduanas, el pequeño grupo se quedó solo con sus maletas afuera, sin señales de un taxi para llevarlos a la ciudad. Ahora entendieron un poco antes la inapropiada prisa de la multitud. Finalmente una pequeña camioneta apareció. "¿Están atascados?" preguntó el conductor, y los cargó a todos bajo la cubierta de lona.

Una vez en el hotel, fue imposible ponerse en contacto con Migone. El Ministro estaba ocupado y no pudieron contactarlo durante seis días. ¿Qué hacer mientras tanto? Todo lo que los Lamond tenían con ellos eran las direcciones de unos pocos suscriptores de una pequeño boletín que su movimiento editaba en Londres. Pero las llamadas telefónicas se disiparon en el aire una tras otra. Con uno no hubo respuesta; otro, la persona había muerto, con el tercero, la persona se había mudado al interior. Por fin recibieron una respuesta de Ellinor Salmon, una mujer originaria de Noruega que había conocido a una de las amigas de los Lamond en un avión en la India. "¿Están aquí? ¡Eso es fantástico! Los encontraré en quince minutos ". A través de ella, se hicieron contactos rápidamente. Poco a poco, un pequeño núcleo se reunió en Buenos Aires, así como había sucedido en Montevideo.

Cuando el nuevo Ministro de Trabajo finalmente vio a Angus, tomó dos decisiones. El primero fue distribuir a todos los sindicalistas responsables el pequeño folleto, "¿A dónde vamos desde aquí?", ahora en español. El segundo fue invitar a una delegación de trabajadores portuarios de Río para que se reunieran con sindicalistas argentinos.

Fue una oportunidad para que los trabajadores del puerto de Río ampliaran sus contactos. Tuvieron una visita memorable a Mons. de Andrea, obispo de Palermo, parte de Buenos Aires. Damásio Cardoso contó su plan para casarse con su pareja, la madre de sus hijos. "Algo largamente esperado es doblemente bendecido", le dijo el obispo, y su aliento confirmó las intenciones de Damásio. Bajo el régimen de Perón, el obispo, en contraste con la mayor parte de la jerarquía católica, se había mantenido fiel a sus convicciones. Por esto fue perseguido por los peronistas que habían prendido fuego a su iglesia, como lo habían hecho con varias otras. Él y su secretario, que luego se convertiría en sacerdote de la catedral, mantendrían un contacto constante con Lamond y sus colegas. "Sus dificultades son nuestras", dijeron. "Las iglesias están llenas, pero no queda nadie cuando se trata de asumir la responsabilidad. Continúa sembrando la buena semilla. Rezaremos por ti. Por favor, reza por nosotros ".

Al enterarse del trabajo que había comenzado en Argentina, José e Irène Alonso, todavía en los Estados Unidos, una vez más enviaron ayuda generosa para cubrir los costos de la estadía de sus amigos en Buenos Aires. Desde que los Alonso habían ido a vivir en Argentina, habían sentido preocupación por ese país. Oscar Alaniz y Luis Puig, cuando vino a Brasil, de vez en cuando se unían a los Lamond y al pequeño grupo que creció a su alrededor.

Ese grupo vivió nuevas aventuras. Un día, un hombre llamó a la puerta de su apartamento. Se presentó como Werner Pohlmann, ingeniero de Cristalux Glassworks. El negocio estaba situado en Avellaneda, una zona industrial en las afueras de la capital. Antes de la guerra, Pohlmann había conocido a personas en Alemania que conocían a Frank Buchman. "Aprendí de ellos que, en un momento de silencio, uno podría pensar en cosas por las que estar agradecido en el pasado, en cosas que hacer ese día y en la dirección a seguir en el futuro. No he encontrado ninguna razón para estar agradecido por el pasado y no podía ver nada que hacer en el presente, ni en el futuro. Pero esta mañana recordé que un amigo me había dado su dirección y tuve el pensamiento de invitar a dos a que vengan a vivir conmigo al lado de la fábrica donde trabajo ". A pesar de una introducción tan inusual al tema, Luis Puig y Oscar Alaniz decidieron ir allí. No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a preguntarse si deberían quedarse. El lugar estaba a una hora del centro de la ciudad. La casa de Pohlmann estaba dentro del complejo de la fábrica. Para llegar a ella, tuvieron que subir escaleras y luego cruzar un patio interior donde había dos feroces perros guardianes. La familia estaba compuesta por cuatro niños y una esposa que mantenía a todos en orden con una vara. Los trabajadores de la fábrica eran inexpresivos y hostiles.

Una mañana, Werner se acercó a ellos muy agitado. "Uno de nuestros trabajadores militantes quiere conocerles", dijo. Ellos acababan de tener una discusión. Albornoz, el trabajador, había acusado al ingeniero: "Nunca entenderás a un revolucionario como yo". "Tengo dos amigos más revolucionarios que tú", respondió Werner. Albornoz largó una fuerte cargajada. "¡Me gustaría ver eso!"

Puig y Alaniz se encontraron con un tipo rudo e impresionante, su rostro devastado por las cicatrices.

"Entonces", dijo Albornoz, como bienvenida, "¡parece que ustedes son más revolucionarios que yo!"

"El peor reaccionario", respondió Alaniz, "es el hombre que quiere que el mundo sea diferente pero no está listo para cambiar él mismo".

Un poco desconcertado, Albornoz pospuso el debate hasta más tarde. "Vengan a la oficina del sindicato esta noche", dijo.

Esa noche, el tesorero del sindicato fue particularmente duro en las discusiones y nunca dejó de burlarse de los jefes.

"Sus ideas nunca se afianzarán, son basura", dijo a los visitantes.

"¿Realmente quieres ver surgir un mundo nuevo?" le preguntaron

"¡Por supuesto!"

"Entonces te digo que tienes tanto veneno en ti que nunca podrás ayuda a quien quiera construir una nueva sociedad ".

"Bueno, si quieres saber", respondió el tesorero, "soy un soplador de vidrio, un artista. Un día vino el jefe de personal, me tocó en el hombro y dijo "has sido transferido a la oficina". Nunca me permitieron volver al taller de soplado de vidrio. Odio a ese hombre, su clase y todos los capitalistas".

Al día siguiente, Luis y Oscar acordaron con Werner reunirse con el jefe de personal. "¿Usted conoce a ese hombre?" Le preguntaron mientras tomaban una taza de café.

"Sí, él es uno de mis mejores trabajadores, pienso muy bien de él".

"¿Por qué lo transfirió?"

"El médico me dijo que si continuaba como soplador de vidrio, sus pulmones no sobrevivirían".

"¿Alguna vez le contó eso a él?"

"No, mi trabajo es dar órdenes, fijar citas".

Al escuchar la historia de la conversación la noche anterior, el jefe de personal comenzó a llorar. "Nunca pensé en eso", dijo.

Durante su estadía en Argentina, los estibadores de Río fueron recibidos en la fábrica de Cristalux. Cuando Dámasio Cardoso contó su historia, Pablo, un soplador de vidrio, parecía cada vez más agitado, mirando constantemente su reloj. Luego se calmó. Más tarde le dijo a Puig que se había reunido con una célula terrorista a la que quería unirse. Querían probarlo y le dijeron que colocara un cartucho de dinamita debajo del auto del director de la fábrica a cierto momento. La historia de Damásio fue tan apasionante que Pablo no quiso perderse nada. Pero la historia continuó y llegó la hora. Entonces ya era demasiado tarde.

"Ve y dile al director", le dijo Puig. "¡Nunca! Me mandará a la cárcel.

Pero finalmente debe haber decidido contarle porque Luis Puig, tiempo después, recibió una tarjeta de buenos deseos del director en la que había escrito: "Con mi eterna gratitud".

Este incidente impresionó a Pablo. Se convirtió en uno de los que contribuyeron a cambiar la atmósfera en la empresa. Cuando los peronistas recuperaron el poder, se convirtió en concejal municipal de Avellaneda. Después de un nuevo cambio de régimen, los partidarios de Perón se convirtieron en objeto de investigación por parte de los militares. Visitaron a Pablo en su casa y al salir concluyeron: "Ese hombre es incorruptible".

Al igual que con Ferrosnalt en Uruguay, lo que sucedió en la fábrica de vidrio de Cristalux tuvo un eco en el mundo sindical argentino, más allá de las paredes de la fábrica.

Del Océano Atlántico al Pacífico

Para escapar del calor del verano, muchos argentinos buscarían la brisa marina en la costa del vecino Uruguay. Un año, mientras vivían en Buenos Aires, Angus y Ruth Lamond hicieron lo mismo. Alquilaban una casa en Atlántida, bastante grande para ellos, pero les dio la oportunidad de renovar las amistades hechas algunos años antes en Montevideo. Un joven de Alemania, Hilmar von Campe, que estaba trabajando con ellos, también fue. Su tío era el embajador alemán en Chile. El año anterior había perdido tanto a su esposa como a su única hija por

cáncer. Habría pasado una triste Navidad solo en Santiago. Los Lamond le sugirieron a Hilmar que podía invitar a su tío a pasar la Navidad con él, en su casa de vacaciones, una invitación que el embajador aceptó con entusiasmo. ¡La noche de su llegada, el refrigerador se descompuso! Omar Ibargoyen salvó la situación al traer la suya desde Montevideo.

El embajador y su sobrino fueron a nadar todos los días, mientras que los Lamond hacían todo lo posible para que su estadía fuera agradable. Ruth recuerda que nunca hablaron del trabajo que ella y Angus estaban haciendo. Sin embargo, Hilmar debe haberlo hecho ya que, tan pronto como regresó a Santiago, el embajador invitó a los Lamond a pasar tres semanas con Hilmar para lanzar en Chile el trabajo que habían emprendido en Argentina. Los incluyó en todos los almuerzos y cenas en la Embajada y organizó una recepción especial para una muestra representativa de líderes chilenos, miembros del cuerpo diplomático y la colonia alemana, para escuchar de los Lamond.

El único contacto que los Lamond habían traído con ellos a Chile fue de cierta Mary Posse. Algunos años antes, después de haber sido envenenada por mariscos que casi le habían costado la vida, ella había sido atendida en una clínica situada sobre Montreux, había ido a Caux y había dejado su dirección, pidiendo que si alguien visitaba Chile debería contactarla. Angus fue a la dirección pero no encontró rastro de su nombre. Una mañana se despertó con la insistente idea de que debía salir y no regresar sin encontrar a Mary Posse. Regresó seis horas después, con la misión cumplida.

Angus no había tenido en cuenta las costumbres locales. En América Latina, una mujer mantiene su propio nombre después del matrimonio, simplemente agregando el de su esposo. Y en Chile, siempre es conocida por su apellido de soltera. Angus finalmente había encontrado a una dama llamada Mary Errazuriz de Posse, de una antigua familia aristocrática del país. Estaba discapacitada y postrada en cama, apoyada en una gran cantidad de cojines rosados. Toda su vida se volvió hacia sí misma y su condición.

Cuando conoció a los Lamond, presentándolos a su familia y amigos, Mary recuperó fuerzas constantemente. Tanto es así que su familia y su parentela le preguntaron qué estaba causando esta resurrección progresiva. Comenzó a recuperar un propósito en la vida, una vida en la que había sido muy consentida y protegida, opacada e insípida por su preocupación con su salud. Comenzó a pensar en más personas para presentar a los Lamond, personas que preferirían que ella los visitara en lugar de acercarse a los pies de su cama. Ella descubrió que podía ser útil traduciendo documentos en español que los Lamond sólo tenían en inglés. Más tarde, una de sus sobrinas fue a Mackinac y otra a una conferencia en Miami. Una sobrina pasó algún tiempo con los Lamond en Argentina para ayudar en el trabajo. La misma Mary se recuperó lo suficiente como para viajar y se fue a Brasil, donde conoció a hombres y mujeres cuyas vidas habían sido renovadas y que podían ver los cambios resultantes en las fábricas y los muelles. Lo que vio le dio un nuevo vigor. Se quedó con los Lamonds en Buenos Aires y participó en su trabajo. Como si fuera poco, algunos años más tarde los acompañó en una gira por Europa.

CAPÍTULO 06

A TRAVÉS DE LA DIVISIÓN SOCIAL - BRASIL

El nuevo espíritu que los trabajadores portuarios de Santos habían transmitido a sus colegas en Río se extendió en otras direcciones.

Los trabajadores del tranvía:

José Lopes Veras nació en Piauí, un estado en el pobre noreste de Brasil, y vivía con su padre. Sus padres se habían separado cuando él tenía dos años. Un día, cuando tenía ocho años, fue con una tía ciega a bañarse en el río. Una mujer en un pequeño bote se acercó a la orilla del río y le dijo. "Yo soy tu madre. Ven conmigo para que podamos hablar". Él se subió al bote justo a su lado y ella arrancó el bote, cruzando hacia la orilla opuesta. Pero la habían visto en la ciudad y el padre de José, suponiendo lo que había sucedido, fue a la policía. Madre e hijo fueron finalmente encontrados. Llevando solo su ropa de baño, José había estado encerrado en una habitación oscura durante tres días. Reunido y temblando de fiebre, echó los brazos alrededor del cuello de su padre.

José nunca supo cómo era un hogar real hasta que su padre se volvió a casar, dos años después. Se casó cuando tenía veintidós años y acogió a su padre en su nuevo hogar, quien había perdido a su segunda esposa. En ese momento, José era un conductor de tranvía que ganaba tan poco que no pudo pagar las medicinas de su padre, por lo que el hombre mayor murió.

La muerte del padre y la difícil juventud de José lo volvieron amargado, con una pasión por luchar contra la miseria de su país. La base de una fe heredada de su padre evitó que se uniera a los comunistas. Se unió entonces a los socialistas que comenzaban a organizarse, asociándose con el ala *trotskista*, que le parecía la más disciplinada y revolucionaria. Como nunca completó ningún estudio, tomó un curso sobre Organización Sindical dirigido por la Iglesia Católica.

Después de un tiempo, los trabajadores del tranvía de Río querían nombrar a José como jefe de su sindicato. Un requisito legal en esos días era que los candidatos para tales puestos debían obtener una declaración de buena conducta de la policía. Después de un examen exhaustivo y una investigación sobre la historia política del candidato, esta declaración tenía la intención de confirmar que no había nada comprometededor en sus vínculos con otras personas o grupos, en otras palabras, que no era comunista. José se negó por principio a cumplir con este requisito. Hizo campaña y fue elegido en una votación a mano alzada. Luego fue a la corte y ganó una decisión judicial reconociendo la validez de su elección. Sin embargo, el Ministro del Interior se negó a aceptar esto, por lo que hubo una nueva elección que Veras ganó nuevamente, una vez más, sin autorización policial. El gobierno estaba muy avergonzado. Finalmente, un senador socialista resolvió el impasse yendo al encuentro del presidente brasileño, Getulio Vargas, acompañado por todos los sindicalistas recién elegidos. El senador garantizó firmemente que José Veras era miembro de su partido y no comunista.

En 1954, en las elecciones para el parlamento federal, José Veras se presentó como candidato por el Partido Socialista. Elevó las apuestas organizando una huelga de trabajadores de tranvías, a pesar de que los trabajadores del sector público no tienen el derecho legal de emprender acciones de huelga. En un momento cuando se dirigía a sus seguidores en la sede del sindicato, la policía rodeó y cerró el edificio. Las cosas se veían mal. Mil trescientos hombres, todos armados, cayeron en una trampa.

José los alentó a entregarse por su propia voluntad, sin resistirse, y subirse a las camionetas policiales que esperaban. Él mismo permaneció en libertad, protegido por la inmunidad otorgada a todos los candidatos durante el período de veinte días previo a la votación. Llamó a la sede de su partido y a algunos de sus amigos políticos para que despertara la opinión pública. Los trabajadores del tranvía fueron finalmente liberados con algunas de sus demandas satisfechas. La confrontación, si no se hubiera evitado, podría haber tenido un efecto calamitoso en las elecciones. Los socialistas ganaron un lugar en las elecciones. Este representante, más tarde, logró que se derogara la regulación sobre la declaración policial obligatoria, que Veras había rechazado dos veces.

Aunque no fue elegido, la actitud de José Veras, al prevenir una confrontación potencialmente sangrienta, fue notada por los líderes sindicales de Santos (ver Capítulo 2). Invitaron a Veras a una reunión que organizaron en junio de 1955. También invitaron a José García, ex presidente del Sindicato de Trabajadores Hidroeléctricos de San Pablo y, en ese momento, delegado en el Consejo de la Federación Nacional de Trabajadores Industriales.

Durante varios meses, alentado por amigos en Santos, García había iniciado conversaciones con jefes y trabajadores en el corazón de la poderosa Compañía estadounidense y canadiense de Luz y Energía de Brasil. Los tranvías de Río dependían de esta compañía y, Veras y García ya habían tenido enfrentamiento en el pasado. Ahora los dos hombres estaban juntos en San Pablo, donde Veras pasó la noche camino a Santos. Por la mañana, para sorpresa de Veras, García lo buscó y se disculpó por sus disputas pasadas y expresó su disposición para que trabajen mano a mano en el futuro. Veras se preguntó qué demonios había hecho la gente de Santos para provocar semejante cambio en un hombre como García. Pero lo que quizás más lo impactó sucedió en el viaje de regreso a casa en tren, de siete horas, durante el cual devoró un libro que sus anfitriones le habían dado. En él se relataron las batallas libradas por personas que habían descubierto que la sociedad no se puede cambiar sin cambiar primero las actitudes de las personas. Algunos de los personajes en el libro eran socialistas como él. Quedó impactado. ¿Qué pasaba con él? Al comenzar la huelga de los trabajadores del tranvía, ¿había estado pensando en los intereses de sus camaradas o en su propio intento de elección para el parlamento?

El verano siguiente, dos de sus nuevos amigos invitaron a José a acompañarlos a Caux. Al principio José respondió diciendo que no tenía el dinero necesario y que no quería que otros cubrieran sus costos. Finalmente lo convencieron, explicándole cómo habían logrado recaudar el monto de su viaje de varias maneras. Mientras tanto, José no tenía idea de cuánto sería impactado por la visita. El mundo con el que había soñado y al que estaba dispuesto a dedicar su

vida, un mundo donde las barreras de clase habían desaparecido, ¡estaba ante sus propios ojos! Además, casi simultáneamente, se encontró con el desafío de medir su propia vida con estándares morales absolutos. Hablaba como socialista, pero ¿no estaba viviendo como un burgués? ¿No había explotado a los trabajadores, tal como lo hicieron los capitalistas, para ganar sus votos? ¿No merecía sus reproches sobre su sed de poder, sus negocios financieros dudosos, su vida privada, todo lo cual estaba muy lejos de los principios que proclamó?

Veras no era un creyente religioso, pero aceptó la idea de escuchar su conciencia. Ahora quería huir de los pensamientos que de repente lo abrumaron. Eran tan dolorosos, tan fuertes e insistentes que sintió que no podían venir de él. ¿Realmente tenía que tomar este camino? Se enfermó, su lengua y sus encías le causaron una gran incomodidad. Consultó a un médico que le dijo: "Le daré algo para aliviar el dolor, pero no puedo prescribir nada para curarte. Tu enfermedad es psicológica. Se irá cuando tomes las decisiones que necesitas tomar. Efectivamente, el problema desapareció unos días después.

A su regreso, José habló con su esposa sobre todas las cosas que cuidadosamente le había ocultado. Su mundo se derrumbó. Había supuesto que había otra mujer en la vida de su esposo, pero no se había atrevido a abordar el asunto. Tenían diez hijos y ella temía sobre todo que la dejaran sola con ellos. Durante tres días no dijo nada. Finalmente, ella también decidió dar el paso, diciendo: "Si quieres una nueva relación conmigo, una relación de total honestidad, te perdono". Entonces el pacto se realizó y se mantuvo. Los hijos también se beneficiaron. Los dos mayores, Daniel y Lydia, de dieciséis y catorce años, tenían dos años sin hablarle a su padre. José decidió ahogar su orgullo y decirles la verdad sobre sí mismo. Arriesgó su autoridad como su padre. La sensación de distancia que había impedido que sus hijos confiaran en él, desapareció de la noche a la mañana.

Veras organizó una gran reunión con los trabajadores del tranvía, a la que invitó a una gama de sindicalistas líderes de diferentes oficios de Río, San Pablo, Santos y Porto Alegre que se vieron afectados por las nuevas ideas de Caux. Le pidió a José García que dirigiera la reunión. García estaba en buena forma y había arreglado muchas cosas en su vida, dejando de beber y adoptando la disciplina de un tiempo diario de meditación tranquila en la mañana. Veras habló y fue sinceramente honesto, enfrentándose al hecho de que se había aprovechado de las demandas de los trabajadores para sus propios fines políticos.

Durante las siguientes semanas hubo reuniones entre representantes sindicales y la gerencia de tranvías. Los trabajadores obtuvieron beneficios por los que habían esperado durante mucho tiempo, incluyendo vacaciones pagadas y pago por el "decimotercer mes" (mucho antes de que tales beneficios fueran obligatorios por ley), también mejores condiciones de trabajo y una reducción en las horas de trabajo. Continuaron surgiendo problemas, pero se encontraron soluciones con buena voluntad. En una ocasión, cuando la liquidez era corta, se acordó el crédito del Banco Central para que la compañía pudiera cumplir rápidamente con los compromisos financieros pendientes con los empleados. En

otra ocasión, para satisfacer una demanda de los empleados, sin tener que aumentar las pasajes y aranceles de tranvías, electricidad o teléfonos (la misma compañía controlaba los tres servicios), podría significar la transferencia hipotética de los beneficios acordados a una cuenta bloqueada temporalmente. Este dinero podría estar disponible más tarde, por ejemplo, para crear campamentos de vacaciones para trabajadores.

Honestidad en los negocios

La nueva ola de honestidad y responsabilidad demostrada por los estibadores, trabajadores de tranvías y otros líderes sindicales provocó que los gerentes y propietarios reconsideraran su conducta. Un ejemplo de esto fue la costosa y valiente decisión de Ernesto Diederichsen de dejar de sobornar a individuos en el ejército por la compra de suministros armamentistas (descrito en el Capítulo 2). No era sólo él. Elza de Araujo, la prima de su esposa, siempre tenía un sobre listo para el inspector de impuestos cuando venía a revisar las cuentas de su imprenta. Ella puso fin a esta práctica.

Guilherme Borghoff era presidente de una importante empresa, fundada por su padre, que importaba piezas de automóviles. Era presidente tanto de la Asociación Nacional de Ingenieros Mecánicos como de la Asociación Brasileña de Importadores. Le llamó la atención la experiencia de American Airlines (descrita en el Capítulo 4). Cuando escuchó a los pilotos contar su historia, declaró: "Aquí está el tipo de ayuda que Brasil necesita recibir de los Estados Unidos. Comenzó a cuestionar su gestión del negocio familiar. Él y su hermano habían apartado a su padre de la administración de la compañía que el padre había creado. Pensaban que no era lo suficientemente dinámico. El resultado fue una división dolorosa entre las generaciones. Guilherme decidió corregir esto, con el resultado de que las relaciones normales se restablecieron en la familia.

Luego se propuso aplicar la honestidad en los asuntos de la empresa. Detuvo la práctica de guardar dos juegos de libros de cuentas: uno para él y otro para las autoridades. En el marco de sus responsabilidades nacionales más amplias, tuvo que decidir sobre la asignación de tractores importados subsidiados por el estado. Muchos ansiosos licitadores estaban listos para darle grandes sobornos debajo de la mesa. Berghoff dispuso que la distribución ya no se decidiría de esta manera corrupta. Los tractores se compartirían con aquellos que realmente los necesitan. Algunos años después, Carlos Lacerda, gobernador del estado de Guanabara (del cual Río de Janeiro era entonces capital), lo nombró para presidir una agencia de desarrollo para la agricultura y la industria, y más tarde para dirigir las finanzas del estado. El Estado estaba muy endeudado y muchos empleados mal pagados, por lo que tenían un segundo trabajo. En dos años, Berghoff dio la vuelta a esta desastrosa situación, logrando generar un espíritu de dedicación dentro del servicio. Aún más tarde, bajo la presidencia nacional del General Castelo Branco (1964-67), fue llamado a presidir el control de un sistema equitativo de distribución de alimentos donde había muchas oportunidades de corrupción. Bajo su autoridad, el servicio se ejecutó con total honestidad. Nombró a Nelson Marcellino (ver Capítulo 3) como gerente de su división de transporte.

* * * * *

Erwin Zimmermann, otro empresario, quedó impresionado por el cambio en los estibadores de Río. Criado en Suiza y familiarizado con los principios cristianos, consideró que la honestidad en los negocios debería seguirse naturalmente. Le bastaba con sentir que tenía la conciencia tranquila. En 1928, después de cursar en la escuela de comercio en Suiza, consiguió trabajo con una empresa textil y fue enviado a Brasil. Siete años después, a la edad de veinticinco años, estableció su propio negocio en Río de Janeiro importando máquinas de contabilidad. Sus amigos le dijeron que para tener éxito tendría que ajustarse a la práctica general de sobornar a los compradores de sus clientes. Decidió mantener sus propias convicciones, creyendo que tendría éxito a través de la calidad de su servicio. Para empezar, se perdieron varios contratos, pero al cabo de tres años el negocio se estaba desarrollando constantemente. El estallido de la Segunda Guerra Mundial cuestionó el progreso cuando se bloquearon las importaciones de Europa, sin embargo, después del final de las hostilidades, la compañía tuvo mucho éxito con la apertura de nuevas sucursales en todo el país, se agregaron trabajos de impresión junto con la parte comercial del negocio y el número de empleados se elevó a seiscientos. Sin embargo, las preocupaciones y tensiones personales aumentaron y desarrolló una úlcera.

Gran parte de sus preocupaciones surgieron del caos en el puerto de Río. Junto con otros importadores, Zimmermann terminó enrutando sus existencias a través de Santos. Más tarde, cuando notó el sorprendente cambio que se estaba desarrollando entre los estibadores en Río, trató de descubrir qué había sucedido. Fue guiado a ver el vínculo entre las experiencias de los estibadores y su propia herencia cristiana. ¿No podría Dios ayudarlo también a encontrar, día a día, las decisiones correctas en su negocio y para su vida personal y familiar?

El primer punto a abordar tenía que ver con el inspector de impuestos. Cada año, el inspector estimaría una cantidad fija de impuestos adeudados. Zimmermann contrataría a un agente, la costumbre era que al agente se le daría "un sobre" para ser traspasado. Zimmermann decidió tener una reunión personal con el inspector. Le dijo que su propia política era la honestidad absoluta y le pidió que estableciera la cantidad adecuada de impuestos a pagar, con buena conciencia. Unos días después, el inspector llamó para decirle la suma adeudada. Zimmermann respondió rápidamente. El aumento para el año fue menor que el soborno que habría esperado pagar.

El tiempo de silencio en la mañana se convirtió en la fuente de otras decisiones. Zimmermann tomó más interés en sus empleados. Varias veces ayudó a resolver problemas en sus vidas personales. Su propio estrés desapareció y su salud mejoró. Aunque se dio cuenta de que tenía miedo de aumentar los salarios, aprendió la importancia de avanzar confiando en que los costos adicionales serían cubiertos.

En 1962, el mundialmente famoso fabricante suizo de máquinas de escribir Hermes lo consultó sobre el establecimiento de una fábrica en Brasil. Esto pasó

durante un período muy preocupante por la turbulencia política y las amenazas de levantamiento armado y revolución. Muchos empresarios se vieron obligados a abandonar Brasil e intentar reiniciar en otro lugar. La respuesta racional para Zimmermann habría sido "no ahora", pero decidió que debería decir "sí". La fábrica fue construida en San Pablo con la creación de ochocientos empleos. Sus productos fueron exportados desde Brasil al resto de América Latina y más allá.

Con el tiempo surgieron otros problemas. Un asociado cercano murió mientras que otros fueron reemplazados por una nueva generación, algunos de los cuales solo se preocuparon por las ganancias inmediatas. Se encontró una solución a la situación a través de una separación amistosa. Zimmermann mantuvo los trabajos de impresión mientras los demás socios se hicieron cargo del equipo de oficina del negocio. Más tarde hubo más dificultades. Durante una larga crisis, que afectó especialmente a la industria gráfica, los competidores bajaron sus precios mediante la evasión fiscal. Zimmermann se negó a jugar este juego. Ya se acercaba a los ochenta años, ayudado profesionalmente por su hija, se sintió al límite de sus fuerzas, pero la respuesta de su voz interior fue clara: "Hasta ahora, ¿alguna vez has estado sin buena salud y todo lo que necesitabas? Continúa con la pelea.

Solo unos años más tarde sintió que había llegado el momento de retirarse, pero ¿dónde iba a encontrar un comprador en un momento de crisis aguda? ¿Debería vender el negocio como un todo o cada una de las valiosas máquinas por separado? Y, si fuera esta última, ¿qué pasaría con los ciento veinte empleados? Más tarde, mirando hacia atrás, Zimmermann pudo ver que efectivamente había sido el momento adecuado. En cuatro meses, dos de las principales máquinas encontraron compradores, pagado en efectivo. Después de algunos meses, las otras se vendieron y el comprador se hizo cargo de toda la fuerza laboral.

Después de una larga carrera en un país donde muchas prácticas comerciales eran muy equívocas, Erwin Zimmermann estaba convencido de que cada individuo involucrado en el comercio, la industria o las finanzas puede encontrar la solución a los problemas profesionales poniéndolos ante Dios y respetando los estándares morales y la integridad. Liberado de la avaricia y el miedo, evaluando el éxito en su negocio no como un fin en sí mismo, sino como un medio para servir a la comunidad, consideró que había contribuido a la prosperidad de su país natal y al de su adoptado. No había hecho una fortuna ni le faltaba nada. Todo esto, como explicó con gran simplicidad a sus colegas más jóvenes, fue sin temor al desprecio o al ridículo.

* * * * *

Erwin Zimmermann pasó su vida laboral en América Latina, donde había construido una serie de negocios, creado empleo y echado raíces familiares. Por el contrario, su compatriota Hellmut Dachler era representante de ventas de una empresa suiza que fabricaba maquinaria eléctrica y exportaba a América Latina. Al igual que en el caso de Zimmermann y contrario a la sabiduría recibida,

Dachler descubrió que la corrupción no era indispensable para los negocios en esa parte del mundo (1).

(1) Nota al pie: Dachler describió lo que sucedió en la revista "Cambiador" (octubre de 1977). por favor arregle esto como nota al pie.

Fue a finales de 1955 que el presidente de la compañía de Dachler abrió su reunión semanal con la noticia de un telegrama: "La oferta de la central eléctrica fue exitosa". Esto era sobre el suministro de turbinas de vapor a México para la nueva central eléctrica Laguna, el primer gran éxito de la compañía suiza en ese país. Pero se corrió la voz. El agente de ventas en México había prometido una comisión "debajo de la mesa". ¿Era cierto esto? ¿Y quién se beneficiaría?

En enero de 1956, Dachler fue enviado a México con una considerada suma en efectivo. Era su primera visita al país, así como el primer contacto directo de la compañía con el agente local y el nuevo cliente. Dachler encontró al agente frío y distante. ¿Qué debía hacer? ¿Quién era el industrial importante, el cuñado del cliente, que había arreglado los pagos no oficiales? Dachler conoció al cliente y fue presentado a este hombre en su club, un lugar muy elegante. ¿Cómo debería plantear ese tema delicado? Él esperó. Después de una comida servida en platos de oro seguido de una taza de café excelente, el mexicano hizo su jugada. Esperaría a Dachler en su casa esa misma noche alrededor de las 9 en punto. Dachler regresó al hotel, tomó el dinero de la caja fuerte donde lo había dejado y lo contó nuevamente. Luego se detuvo. ¿Debería estar pagando este soborno? ¡De ninguna manera, pensó! Volvió a guardar el dinero en la caja fuerte y se fue con las manos vacías. La villa del hombre estaba en Chapultepec, la parte más próspera de la ciudad de México. Esperaba a Dachler y él dijo: "No he traído nada de dinero. ¿Por qué existe esta "comisión" adicional? El precio acordado entre nosotros no implicaba nada por el estilo para usted ni para nadie más. ¿Se da cuenta de que estaríamos haciendo algo que no está bien? Por favor, piense en lo que estoy diciendo.

"El dinero es para mi cuñado".

El hombre insistió, apuntando con su dedo. "Si no cumple su palabra, romperá un acuerdo de caballero y perderá muchos otros contratos".

Dachler fue acompañado a salir por la puerta del jardín, que se cerró de golpe detrás de él. ¿Qué iba a hacer?

Recordó una visita a su empresa en Zurich, de un ingeniero consultor mexicano, el Sr. Mora, de Palomino y Mora, ahora superintendente de obras en la central eléctrica de Laguna. El señor Mora había venido con su esposa y habían visitado juntos Suiza. Dachler tenía muy buenos recuerdos de ellos - cultos, abiertos, directos - y en pocos días se habían convertido en verdaderos amigos discutiendo todo tipo de cosas: el declive de las iglesias, las mediocridades de los cristianos, escuchar la dirección divina y el espíritu de responsabilidad, muy necesario en la industria.

A la mañana siguiente, Helmut Dachler salió y encontró a estos amigos en la puerta de su casa, rodeados de árboles tropicales y con la silueta nevada del Popocatepetl, el impresionante volcán vecino de la Ciudad de México. Después

de un desayuno mexicano se relajaron en la gran sala de estar y Dachler le dijo a sus anfitriones lo que tenía en el corazón. ¿Se debe respetar el acuerdo del caballero? Luego de una pausa, Mora dijo: "Es una ley no escrita con nosotros que uno paga la comisión prometida. Dé su parte a todos aquellos a quienes se les ha prometido algo, pero ayúdelos a comprender que no es correcto recibir dinero que no se ha ganado, que no debe haber pagos secretos y que nadie debe vivir con miedo a la exposición. Di que esta es tu última comisión de este tipo. Sé abierto y franco con nosotros los mexicanos, ellos te entenderán ". Después de una pausa, los tres oraron juntos, para que Dachler encontrara las palabras apropiadas y el coraje necesario.

Durante los días siguientes, Dachler haría sus visitas, con un fajo de dólares en el bolsillo. La secretaria, con el poder de abrir o cerrar la puerta a su jefe, recibiría un sobre, recibido con un aire de indiferencia y sin agradecer. Dachler iría a encontrarse con su jefe llevando una novela de detectives en la que se le había "quedado" algo de dinero y que olvidó al irse. Un hombre más joven, que había estudiado en Europa, jefe del Departamento de Investigación, lo invitó a cenar. Rechazó los dólares y dijo: "Sé que es la práctica aquí y la gente me reprocha por no aceptarlo, pero ya lo he decidido". Aquí había una persona decidida y honesta lista para hacer lo correcto.

La noche antes de su partida, Dachler llamó al industrial de Chapultepec que estaba esperando una respuesta y el dinero para su cuñado. El sobre con el paquete de dinero fue recibido sin comentarios y se colocó en un armario.

"He cumplido un compromiso", dijo Dachler, "pero es la última vez. Continuaremos haciéndole ofertas e intentaremos hacer negocios en conjunto, pero se hará honestamente. ¿Está de acuerdo?"

El hombre pensó por un momento. "¡OKAY! Ha hecho un amigo ¡Tenga un buen viaje!"

Poco tiempo después, el mismo cliente mexicano buscó un segundo conjunto de turbinas. El fabricante suizo estaba compitiendo con otros de otros países. Después de estudios técnicos, el precio se calculó sin permitir una comisión. Dachler regresó a México para encontrarse con el cliente. Cuando se reunieron, varios especialistas se reunieron alrededor de la mesa haciendo preguntas, exigiendo concesiones y amenazando con recurrir a los competidores. Finalmente llegaron al precio. Dachler dudó por unos segundos: ¿se comprometería con lo que se había decidido para no perder el negocio? Una voz dentro lo detuvo y se mantuvo firme. Después de discutir los detalles, el director preguntó: "¿Su precio incluye alguna comisión?"

"No."

"¿Es este su precio final?"

Después de una pausa silenciosa y con una oración rápida, Dachler respondió: "Es mi precio final".

"Has ganado el contrato. ¡Felicidades!"

También en el Ejército.

Las ideas que penetraron en Brasil a través de los puertos y las fábricas también afectaron a las fuerzas armadas, las universidades y la política. En 1952, una delegación de la Fuerza Aérea de Brasil, dirigida por el Mayor Deoclecio Lima de Siqueira asistió a la conferencia de Mackinac. En el informe posterior del comandante al personal de la sede de la Fuerza Aérea, transmitido al cuerpo de oficiales, el comandante describió la impresión que le causó Ernesto Diederichsen, describiendo sus tratos honestos con el gobierno a pesar del costo financiero para él. También habló de lo que se había aprendido del efecto, en sus respectivas fuerzas armadas, de un nuevo espíritu entre los oficiales de todos los grados que representan a diferentes países. Este espíritu, señaló, le da al personal de servicio valores positivos para defender, no solo un enemigo contra el cual luchar. Aumenta la disciplina militar con un sentido interno de responsabilidad. Facilita el trabajo conjunto y la creación de espíritu de equipo, dentro de las unidades y entre ellas, a través de una mayor lealtad y deseo de servir. Sus demandas morales dan una idea más clara que a su vez puede ayudar a detectar evidencia de subversión. También aumenta la preocupación y la capacidad del soldado para ganarse la confianza de la población civil. Y en tiempos de paz, crea un nuevo concepto de lo que pueden ser las Fuerzas Armadas, como marco para la acción cívica y una columna vertebral para una nación.

Dos años más tarde, oficiales superiores del personal de la sede de la Armada se interesaron en este movimiento de ideas. El jefe de la Guardia Presidencial del presidente Vargas, en una transmisión de radio el día del ejército, dio una clara apreciación de lo que se estaba aprendiendo. Mientras tanto, Guilherme Borghoff había hecho una presentación en el principal establecimiento de entrenamiento militar encargado de estudios superiores para la defensa nacional, donde oficiales de alto rango y brillantes ejecutivos civiles estudiaron juntos los principales problemas que enfrenta el país - un caldo de cultivo para líderes y un laboratorio de ideas.

El director de estudios en este establecimiento era el general Castelo Branco, futuro Jefe de Estado. Recibió a los estibadores de Río, provenientes de un entorno social y económico muy diferente, que hasta hace poco se habían enfrentado a las fuerzas de la ley y el orden. La experiencia de estos sindicalistas desafió a los oficiales de las tres fuerzas armadas, quienes constantemente se relacionaban con rivalidad.

Luiz Villares había pensado, durante mucho tiempo, que se debería establecer contacto con el General Macedo Soares, un amigo personal, creador de la nueva ciudad de hierro y acero de Volta Redonda y presidente de la National Iron and Steel Company/Compañía Nacional de Hierro y Acero. Volta Redonda era el orgullo de Brasil. La conferencia que tuvo lugar allí, del 21 al 25 de abril de 1955, fue un evento significativo. El General participó y quedó cautivado por todo lo que escuchó. Las compañías aéreas de los Estados Unidos, donde cuatro años antes se habían resuelto conflictos destructivos, enviaron delegados. Los puertos de Río y Santos estaban sólidamente representados. El encuentro de personas de orígenes tan diferentes, buscando juntas la construcción de un

nuevo tipo de mundo, fue el detonante de las decisiones tanto de la gerencia como de los trabajadores militantes.

Uno para quien esos pocos días marcaron un punto de inflexión fue Luiz Antônio Leite, presidente sindical de los trabajadores del hierro y el acero de Volta Redonda. Leite era la “pesadilla” de Macedo Soares. Sin embargo, al igual que con la gerencia, Leite estaba en desacuerdo dentro del sindicato y en su hogar, que estaba a punto de separarse. Acababa de perder a un hijo que se había ahogado. Una mujer europea, parte de un grupo visitante, se quedó varios días en la casa de Leite. Durante la estadía, su esposa no se sentía bien. Al ver a una dama blanca, de clase alta, del extranjero - los Leite eran negros-, ponerse espontáneamente un delantal y limpiar la cocina, lo que impresionó a la pareja. Como resultado de conocer a estas personas, la actitud de Leite cambió por completo, tanto en el trabajo como en la familia. En los años siguientes, Leite inspiró un espíritu constructivo dentro de su sindicato y, hasta su muerte en 1994, permaneció fiel a esa línea de acción y a las amistades que había entablado durante esos días.

Varios de los que habían participado en esa conferencia continuaron reuniéndose, reflexionando juntos y compartiendo las decisiones tomadas, a menudo muy simples, pero yendo al corazón de las cosas. Por ejemplo, un trabajador que apenas sabía escribir le pediría a su hija que escribiera en un buen portugués en un cuaderno los pensamientos que había obtenido. Una necesidad que este hombre reconoció, y decidió corregir, fue poner un techo adecuado en la casa de la familia. Otra decisión fue dejar de fumar y dar a esta nueva revolución el dinero ahorrado por no comprar tabaco. El General Soares se reuniría con uno u otro de estos grupos. Más tarde se convirtió en miembro del gobierno y se mostró especialmente atento a las condiciones de los trabajadores. Estaba listo para asistir a la conferencia de verano de Mackinac, pero el Presidente Café Filho vetó el viaje, revelando que la hostilidad hacia las nuevas formas había penetrado en el liderazgo del país (2).

Esto no impidió nuevos avances entre los jefes militares brasileños. El General Hugo Bethlem, mientras se desempeñaba como embajador en el extranjero, quedó impresionado por la película de los estibadores de Río. "Estos hombres son nuestros verdaderos embajadores", dijo. A fines de abril de 1961 fue invitado a una asamblea en Miami para participantes de las dos Américas. Una noche se presentó en el teatro una obra llamada "La escalera". El personaje principal, poseído por la ambición y el interés propio, finalmente llega a la cima de la escalera, solo para darse cuenta de que ha contribuido a la crucifixión de Cristo. Como católico, Bethlem dejó el teatro impactado. "Ese hombre soy yo". Había visto en el escenario un retrato de sí mismo, un hombre que usa cada situación y cada relación para ascender. Vino a su mente un recuerdo sombrío. Había acudido a la inauguración de Brasilia, la nueva Capital Federal a invitación del Presidente de la República. Su esposa estaba a punto de dar a luz. La había abandonado para unirse a las personas más importantes del régimen, luciendo todas sus decoraciones.

El impacto que la reunión en Miami tuvo sobre él lo llevó a cambiar sus planes. Después de la asamblea, había esperado continuar su viaje hacia el norte,

llevando a su esposa de vacaciones e incluyendo compras en Nueva York. En cambio, regresó a Brasil, cerró su oficina y dio el dinero reservado para las vacaciones para apoyar la acción que él ahora había emprendido. Para esto, movilizó la ayuda de la comunidad empresarial y fue a ver al Jefe de Estado, el Presidente Janio Quadros, para obtener su consentimiento y respaldo para invitar a una misión itinerante para cruzar Brasil. Esto tuvo lugar entre abril y diciembre de 1961, también recorrieron otros países latinoamericanos y terminaron su campaña con una reunión en Petrópolis, en las montañas cerca de Río de Janeiro.

(2) Fue Café Filho quien aseguró la transición en la Presidencia después del suicidio de Vargas (24 de agosto de 1954) hasta que Kubitschek asumió el cargo (31 de enero de 1956).

CAPÍTULO 08

CONSECUENCIAS

Como resultado de la gran gira de 1961, varios de los que habían sido influenciados por ella continuaron. Algunos fueron una banda de estudiantes peruanos, Antônio Falcão y sus colegas.

Estudiantes peruanos escriben una obra de teatro.

Entre las delegaciones en Petrópolis había unos quince estudiantes peruanos de las universidades de San Marcos y Cusco, donde había estado la Misión. Al ver la presentación de "El tigre" y conocer a los japoneses, estos estudiantes se sorprendieron por la sorprendente similitud entre las manifestaciones anti Estados Unidos en Tokio y las que acababan de tener lugar en Lima. También habían encontrado una nueva comprensión de lo que significa el cambio social. Hasta entonces habían pensado que cambiar el régimen político sería suficiente para cambiar la sociedad. Veían ahora la importancia primordial del factor humano.

Los actores japoneses les contaron su propia historia. Uno, un estudiante de la Universidad de Waseda, había sido un anarquista de cabello largo cuya costumbre era levantarse a las tres de la tarde, comer algo y luego desaparecer por el resto del día. Cuando comenzó a cuestionarse, anotó: "Como buen japonés, le temo a tres cosas: incendios, terremotos y a mi padre. Debo ser honesto con mi padre. Debo decirle que el dinero que me dio para comprar ropa decente fue gastado en beber cerveza con mis amigos ". Este fue el comienzo de un cambio radical, comenzando con una visita al peluquero. Todo el ritmo de sus días cambió cuando encontró un nuevo objetivo en la vida, lo que finalmente lo llevó a su participación en esta gira por América del Sur.

Los jóvenes peruanos fueron desafiados. Uno de ellos, Enrique Tamashiro, había escondido de sus padres sus malas calificaciones universitarias. Decidió ser honesto, dejar de beber y dejar de vivir en un mundo de sueños fantásticos. Él y su amigo, Solón Espinoza, eran revolucionarios totalmente comprometidos. Fueron atacados cuando comenzaron a asociarse con el elenco de "El tigre" y a mostrar interés en las ideas retratadas en la obra. Tamashiro fue acusado de cobardía. Espinoza fue convocado a una sesión de autocrítica. Se negó a someterse a esto. Su cambio causó consternación, ya que era el talentoso editor del periódico estudiantil.

Inspirados por "El Tigre" y acompañados por estudiantes de Bolivia, los peruanos en Petrópolis, decidieron dramatizar su propia historia. En dos semanas escribieron y organizaron "El Cóndor". La obra describía el conflicto entre facciones rivales de estudiantes en un contexto de corrupción, inmoralidad e intriga política y la lucha por el poder en la universidad y el país. En la obra, los estudiantes se enfrentan al hecho de que ellos también merecen el mismo juicio de aquellos a quienes denuncian. Esto los lleva a cambiar sus propios estilos de vida.

Dio la casualidad de que la madre de Richard Nixon estaba presente en el estreno de "El Cóndor" en Petrópolis. Al final de la obra, subió al escenario para felicitar a los actores. Ellos respondieron disculpándose por la forma en que su hijo había sido recibido en la Universidad de San Marcos dos meses antes.

Después de llevar su espectáculo a San Pablo, el elenco de "El Cóndor", animado por el Mariscal Távora, fue a Recife, invitado por la Universidad Estatal de Pernambuco, la Universidad Católica y la Universidad Rural, así como por representantes del puerto. El 1º. de junio de 1962, fueron trasladados en un avión de la Fuerza Aérea Brasileña con un gran equipo de personas. Este equipo incluyó a estudiantes brasileños que, como miembros del elenco de la obra, habían interrumpido sus estudios para unirse a la iniciativa; también a sindicalistas de Río de Janeiro y Uruguay, que habían solicitado un permiso especial de sus trabajos; una familia de industriales de São Paulo y varios Generales. En cada parada, más estudiantes se unieron al equipo itinerante.

Un año después, la historia parecía repetirse. El día en que "El Cóndor" llegó a Recife, los estudiantes estaban nuevamente en huelga. En João Pessoa, la capital del vecino Estado de Paraíba, una multitud de campesinos furiosos había ocupado la plaza central y amenazaron con desatar una insurrección, obligando al ejército a movilizarse. "El Cóndor" se presentó en el Teatro Santa Isabel y se transmitió dos veces en la televisión local, en el horario de mayor audiencia. Se organizó una "Mesa Redonda" con una serie de personalidades destacadas, incluido el Padre Antônio Melo, cuyo sindicato rural católico se había formado como una alternativa para las asociaciones campesinas.

Al final de un espectáculo, un hombre de aspecto común quería entrar y hablar con los organizadores. No tenía entrada, pero insistió tanto que lo dejaron entrar y lo escucharon. Él era el sastre en su pueblo. "Esto es lo que nos acaba de pasar. Llegaron personas con armas y municiones. Nos pidieron que nos subleváramos. Entonces me subí a una silla. Les dije: Váyanse. Hemos encontrado una manera mejor. Los hombres se fueron, pero yo quería que ustedes supieran esto". Un viejo habitante de Recife agregó: "Realmente él debe haber querido contarles esa experiencia. Él tiene una caminata de veinte kilómetros para volver a su casa. No hay autobuses tan tarde".

Después del tiempo en Recife, los viajeros fueron a ciudades y pueblos de toda la región. La multitud acudió a los salones y plazas públicas. A veces había oposición. El líder de un programa de desarrollo vital para el noreste insistió que fueran al Estado de Paraíba, un bastión de las asociaciones campesinas. El arzobispo de João Pessoa, capital del estado, estaba encantado. "Entrarán en áreas que están totalmente cerradas para nosotros", dijo. La expedición fue recibida a su llegada a destino con consignas hostiles que cubrían las paredes de la ciudad.

En Sapé la tensión fue aún mayor. Seis semanas antes, un líder de las Asociaciones había sido asesinado. Millares de campesinos se habían movilizado y el ejército había sido llamado para detener una marcha en la capital provincial. Los miembros del grupo de viaje fueron alertados de los riesgos que corrían. Sin embargo, cuatro de ellos fueron armados con un proyector y la

película "Hombres de Brasil". Uno era un brasileño, Daniel Veras, hijo del trabajador del tranvía José Veras. Los otros eran el guatemalteco, Luis Puig (ver Capítulo 1) - (¿nota al pie?), un nigeriano y un estadounidense.

Ellos contactaron primero al presidente local de la Asociación. Él estaba rodeado por un grupo de hombres que escuchaban la radio. "Pueden quedarse. Son noticias desde Moscú en portugués ". Daniel Veras presentó a sus compañeros uno por uno. "Y aquí", terminando con el estadounidense, "es un producto del capitalismo puro, hijo de un banquero de *Wall Street*". Los visitantes explicaron que habían venido a mostrar una película. Los hombres dijeron que les gustaría verla, con la condición de que si la película defendía la tesis capitalista destruirían el automóvil de los visitantes. "Vuelvan y muéstrenla mañana ", dijeron. El secretario de la Asociación los acompañó hasta la puerta y luego los invitó a su casa. Una multitud se había reunido. Los visitantes cruzaron la calle principal y entraron en una casa muy simple donde el secretario abrió un cofre y sacó una Biblia desde el fondo. "Solía ser un catequista evangélico. Hoy, soy comunista. Tenía que predicar la palabra de Dios, pero había tanta injusticia ". "Dios puede usarlo", le dijo el nigeriano.

Justo cuando se iban, el alcalde local llegó rápidamente al enterarse de su presencia. "¿Qué estás haciendo aquí? Este es un lugar peligroso". "Estamos preparando una presentación", respondieron. Esto tuvo lugar al día siguiente, según lo acordado y sin incidentes. No hubo objeciones del público. Varias contactos se establecieron. Más tarde, se mostró la película "Hombres de Brasil" a los hombres del 15º Regimiento de Infantería, quienes habían impedido la marcha de los campesinos en João Pessoa.

El recorrido de esta nueva Misión tuvo su efecto, especialmente en el puerto de Recife. A fines de 1962, el director del puerto tuvo que reconocer que durante el mes anterior se habían logrado "resultados fantásticos". Después de años de agitación y violencia, el cambio en el puerto se convirtió en el tema de conversación de la ciudad. Una disputa sobre el pago de horas extra, que en otros tiempos habría envenenado la atmósfera, se resolvió sin problemas después de consultar con el asesor legal del puerto. Él juzgó el pedido como justificado. El robo y el saqueo se detuvieron. El alcoholismo se redujo visiblemente. El precio de los alimentos básicos en la cooperativa de trabajadores portuarios cayó un 30% porque el gerente, que también dirigía el periódico de los trabajadores portuarios -Tribuna Portuária-, comenzó a operar con un nuevo espíritu. Por primera vez, los proveedores mayoristas aceptaron ventas a crédito y la membresía de la cooperativa se multiplicó.

A principios de julio de 1962, después de recorrer la región de Recife, el equipo itinerante se mudó más al sur, a Salvador de Bahía, la capital original del Brasil colonial, invitados por el gobernador del Estado de Bahía. Él organizó su programa, dándoles alojamientos en hoteles o casas particulares. La visita coincidió con las celebraciones de independencia del Estado de Bahía. El Gobernador invitó al equipo itinerante a marchar con él en el desfile hacia la Plaza de la Independencia. Allí presentó los miembros de la Misión a la multitud, invitando a todos a las presentaciones de "El Cóndor" o para verlo en la televisión. Varios días después aprovechó su presencia para involucrarlos en

ayudar a encontrar una solución a una crisis menor, una disputa entre la ciudad y el Estado de Bahía.

"El Cóndor" en Italia

Al igual que "El Tigre" antes, "El Cóndor" fue a recorrer el mundo. Fue invitada a Italia, Suiza, Canadá y Estados Unidos. En Nápoles, se realizó un día en una fábrica de mermeladas, otro día en la Universidad. Al ver a cien personas bajando de los autos, algunos de ellos con trajes típicos de sus países, un estudiante interesado preguntó a uno de los conductores de los autos.

"¿Quiénes son todas esas personas? ¿Turistas o qué?"

"No. Estas personas están haciendo una obra de teatro llamada "El Cóndor". Si está interesado en el futuro de Italia y del mundo, debería verla "

El estudiante se subió al auto, dejó su montón de libros de filosofía y se acomodó en el asiento delantero para continuar la conversación.

"¡Ah! Entonces es "El Cóndor". Todos en la universidad están hablando de eso. ¿De qué se trata? Usted parece estar bastante convencido al respecto ".

El conductor se echó a reír. "¿Ves a ese hombre de allá, el de bigote negro, el que llevaba una chaqueta de cuero y gorra, repartiendo folletos?. Ese es Guiseppe. Él es uno de nosotros cuatro, que trasladamos al grupo a todo lugar durante los últimos cincuenta días. Hemos recorrido la zona, día y noche, hasta el pueblo más pequeño. Los primeros días no dijimos mucho. Observamos. Entonces algo gracioso le pasó a Guiseppe.

"¿Qué le pasó?"

"Él es uno de los líderes de nuestro sindicato y un militante comunista, para nada un tipo fácil. Bueno, sin decirnos nada, por primera vez en quince años se perdió la reunión de la célula del partido para poder llevar a su esposa e hijos a ver la obra. Desde entonces es un hombre cambiado ".

"¿Qué significa eso de "un hombre cambiado"?, preguntó el estudiante de psicología.

"Significa lo que dice. El es completamente diferente. Ayer se disculpó con nosotros por dar una motivo falso por nuestra tardanza el día anterior. Mejor aún, además de estar casado, había tenido una amante y decidió romper con ella. Ahora dice que el comunismo está desactualizado. Curar la deshonestidad y el egoísmo, que causa tanta injusticia, es una gran revolución. Y es algo que los partidos políticos no hacen".

"¿Qué piensan los demás sobre esto?"

"Estuvimos en Sorrento la semana pasada. El alcalde organizó una reunión especial. Nosotros, los cuatro conductores, subimos a la plataforma y dijimos que esta idea estaba limpiando Nápoles y el país. Ya ves, ahora somos parte del grupo. Cuidamos el camión del altavoz, anunciando la obra donde quiera que vayamos. Distribuimos miles de folletos y vendemos libros después del espectáculo en la noche ".

"¿Les pagan?"

"Ellos no tienen nada con que pagarnos. Ninguno de ellos recibe un salario.

La autoridad local nos paga para conducir los autos. El resto lo hacemos porque queremos.

¡Escucha! Mira a Miguel, que está vendiendo un libro a uno de sus amigos. Él no sabe leer, pero su hijo, el que tenía polio, se lo ha leído dos veces. Por eso es tan buen vendedor".

"El Cóndor" había comenzado su gira por Italia en las provincias del sur de Puglia y Campagna. El grupo sintió que deberían ir a Sicilia antes de dirigirse al norte, pero no tenían ninguna invitación para ir allí.

El camino a Sicilia fue abierto por Mary Errazuriz de Posse, la dama chilena cuya salud aparentemente se estaba desvaneciendo hasta que los Lamond la buscaron tenazmente en Santiago. Su fuerza se había renovado tanto que pudo unirse a la expedición "El Cóndor", y mientras estaba en Italia redescubrió amigos de su juventud, cuando su padre había sido embajador en El Vaticano. Ella dio a los Lamond la dirección de una duquesa siciliana a la que fueron a ver en su nombre. La duquesa los alentó a pedir una audiencia con el cardenal de Palermo, Monseñor Ruffini, considerado como uno de los más conservadores en la jerarquía católica. Ella creía que él no estaría en contra del proyecto. El Cardenal estaba ansioso por conocer a los estibadores brasileños que estaban en Italia con el grupo, y ver su película (Añadir nota: ver Capítulo 3). Habiéndola visto, quería ver otras películas de la obra, y cada vez invitaba a más y más personas. Luego le pidió al clero de la isla que prestara toda su ayuda a "El Cóndor". El grupo se quedó en Sicilia durante tres meses. A pedido del Cardenal, "Hombres de Brasil" se mostró al aire libre en la gran plaza Corleone, una fortaleza de la mafia. El año anterior se habían cometido un increíble número de asesinatos. Al final del espectáculo, el alcalde fue, con la mano extendida, a saludar a un sacerdote que era su enemigo mortal.

La perseverancia de un trabajador de Recife.

Pasaron los meses y la situación en el noreste de Brasil se deterioró una vez más. Quienes estaban en las áreas rurales y en las ciudades se culpaban mutuamente por el conflicto. El ejército se vio afectado con amargura entre oficiales y hombres. Mientras tanto, la inflación aumentó. El Puerto de Recife fue nuevamente atravesado por conflictos, pobres resultados financieros y corrupta administración. En abril de 1963, Antônio Falcão, quien había quedado convencido de lo que había aprendido en la reunión en Petrópolis, decidió hacer algo con la ayuda de algunos amigos. Trajo a la ciudad una película recientemente realizada en Mackinac, y que acababa de mostrarse en una serie de ciudades del sur de Brasil. La película, "The Crowning Experience/Una experiencia sublime", proponía una forma de unidad entre las comunidades rivales al recordar la vida de Mary McLeod Bethune, una mujer afroamericana, en el corazón de un conflicto racial en los Estados Unidos. El entonces gobernador militar en turno, General Castelo Branco, futuro presidente de Brasil, dio su patrocinio al proyecto de Antônio.

Como anteriormente, la película se mostró en salas llenas y se hicieron muchos contactos. La estrella de la película, Muriel Smith, vino durante el período de las proyecciones. Una de sus primeras visitas fue a Miguel Arraes, el Gobernador del Estado y su familia. Hombre de pocas palabras, que repitió varias veces la afirmación: "No se puede predicar la moral a las personas que mueren de

hambre". La actriz y cantante respondió: "No hemos venido a predicar la moral, sino a transformar a los hombres para que haya comida y trabajo para todos". Ella le dijo que había sido una cantante en busca de fama, pero que ahora había decidido ser portavoz de una idea revolucionaria.

Uno de los principales focos de dificultad en el Estado de Pernambuco era el conflicto entre el Gobernador y los líderes empresariales y terratenientes. La Federación de Empleadores acababa de publicar una página completa en la prensa citando situaciones problemáticas en las que la policía se había negado a intervenir. El Gobernador respondió con otra página completa describiendo los actos de violencia de los empleadores contra sus trabajadores. En este punto, el director del periódico, Diario de Pernambuco, convencido por la película y lo que había aprendido de ella, publicó una página completa bajo el título "Hay una solución. - Los gobiernos, los jefes y las personas pueden hacerla funcionar juntos ". Él convenció a un periódico rival para que publicara la misma página.

La gira por el Nordeste puso a prueba inesperadamente la fe de los estibadores militantes que lideraban la acción. "Habíamos decidido", dijo Antônio Falcão, "mostrar la película "Una Experiencia Sublime" en el estado de Paraíba. Habíamos invertido todo el dinero que teníamos en el proyecto a medida que avanzaba, y para entonces habíamos reunido lo justo y suficiente para que algunos de nosotros fuéramos a Campina Grande, la ciudad principal. Cuando nos fuimos, solo teníamos lo suficiente para comprar un sándwich. Después del largo viaje en automóvil, fuimos a ver el cine más grande de la ciudad, el cual se había reservado para presentar la película por una semana de proyecciones comerciales. Estábamos tan hambrientos que no podíamos pensar en nada más que en comida. Nos detuvimos un momento para buscar la sabiduría de Dios para lo que deberíamos hacer. Pensamos que deberíamos buscar habitaciones en cierto hotel. Resultó ser el más grande de la ciudad ".

Un poco conmocionados, los cuatro amigos fueron al hotel y fueron directamente al comedor. En una mesa, al otro lado de la habitación, había un grupo de hombres. Le preguntaron a un camarero quiénes eran estos hombres y se enteraron que eran el alcalde y algunos concejales municipales. Los estibadores se acercaron y se presentaron. Al saber por qué estaban allí, el alcalde exclamó: "Esto es justo lo que necesitamos". Llamó al gerente del hotel y le dijo: "Estas personas son huéspedes del municipio durante su estadía aquí".

CAPÍTULO 07

LLEVANDO UN MENSAJE

Para comprender la sorprendente gran escala de la respuesta despertada por la Misión itinerante de 1961, vale la pena recordar los acontecimientos de la época. La Asamblea en Miami había iniciado unos días después del intento de los Estados Unidos de aterrizar en Cuba, la base para la penetración de la Unión Soviética en el Nuevo Mundo; poco tiempo después sería la crisis de los misiles cubanos. La Guerra Fría estaba en su apogeo, el Occidente a la defensiva en todos los frentes y el comunismo entrando en países en desarrollo, uno tras otro. Su propaganda era intensa, especialmente en América Latina, y en el ámbito de las ideas la lucha parecía totalmente desigual. Para muchos países en desarrollo en el Sur, así como para muchos trabajadores del Norte desarrollado, la alternativa parecía ser: aceptar el triunfo del comunismo o resignarse al mundo tal como es. Pero ahora aparecieron varios comunistas que habían abandonado el partido, no por frustración o disgusto, ni porque habían sido expulsados, sino porque habían encontrado una causa mayor a la cual comprometer su pasión por el cambio. Esto condujo a una interpretación errónea que se hizo, de que el Rearmamento Moral era anticomunista. "Ni el comunismo ni el anticomunismo", decía la invitación de Miami. "Ambos son demasiado pequeños". El Movimiento dio una respuesta al falso dilema del *Gulag* o la Bomba, al dar realidad a un concepto capaz de ganar comunistas comprometidos, un concepto basado en una herencia cristiana pero libre de cualquier confesión impuesta. Buscaba ganar enemigos, no destruirlos. En el contexto de la Guerra Fría, su actitud podría resumirse como: ganar el Este, cambiando el Oeste.

Desde las ciudades del sur hasta el caldero del noreste

Al amanecer del 27 de abril, la Misión despegó de Miami en aviones charter. Más de 150 valientes jóvenes, llevando una obra de teatro -"El Tigre"-, escrita y actuada por estudiantes japoneses de Zengakuren, una agrupación militante de la extrema izquierda. Esta, en parte, dramatizaba los disturbios que los estudiantes habían ayudado a provocar en Tokio y que habían forzado la cancelación de la visita del presidente Eisenhower a Japón el año anterior. Los miembros del grupo llegaron a los titulares de los periódicos en Norteamérica cuando se disculparon con el presidente Eisenhower por su participación en esas manifestaciones violentas.

El estreno sudamericano de "El Tigre" tuvo lugar en San Pablo el 1º de mayo. Ese mismo día, miles de trabajadores marcharon por las calles portando banderas rojas para conmemorar la apertura de una gran conferencia chino / soviética en México, planeando la penetración de América Latina. El grito de los trabajadores decía: "¡Cuba, nuestro modelo!" La manifestación no impidió una avalancha de personas que irrumpieron en el teatro esa noche, bloqueando el tráfico. Lo mismo sucedió al día siguiente y durante todos los siguientes días. Diez días después de la apertura, se transmitieron extractos de la obra por televisión y hubo entrevistas con algunos de los actores. Un telegrama del Primer Ministro japonés expresó su apoyo al elenco, saludando "su fuego y pasión por un camino, que no va ni a la derecha ni a la izquierda, sino en línea recta". Los

miembros de la Misión fueron recibidos por el Gobernador del Estado. Se dejó una influencia duradera en muchos.

Un ejemplo fue Armando Magri, un hombre que se ocupaba de la inmigración para San Pablo y los estados del sur. Un funcionario en su cargo estaba expuesto a la tentación. Los viajeros con una visa de turista que tenían la intención de trabajar necesitaban su firma, por lo que se le podría ofrecer dinero. Artistas llegarían con la intención de montar sus espectáculos durante su estadía. Otros, cuyo permiso de visitante había expirado, le ofrecerían algo para obtener una extensión. Los interesados lo seguirían incluso a su casa.

En una ocasión, Magri recibió un paquete de pasaportes de un agente de viajes, cada uno con cinco dólares. En este caso en particular, las visas solicitadas eran perfectamente regulares y no requerían ningún privilegio especial. Magri preguntó a sus colegas el motivo de este pago. "Su predecesor cobraba cinco dólares por visa", fue su respuesta. Llamó al jefe de la agencia, quien al principio pensó que los cinco dólares eran insuficientes. El hombre se sorprendió cuando los dólares fueron devueltos con las visas, junto con una severa instrucción de Magri de que tal intento de soborno nunca debería repetirse. Magri, debido a su reunión con el elenco de "El tigre", no era un hombre rico cuando se retiró, algo inusual para alguien en su posición. Pero estaba en paz en su propio corazón y libre para instar y alentar a sus clientes hacia una mayor honestidad y espíritu público.

Con una similar agitación social a la de San Pablo, la obra se estrenó el 15 de mayo en el gran Teatro Municipal de Río. Además de las presentaciones, hubo reuniones al aire libre, visitas a escuelas y proyecciones de la película "Hombres de Brasil". Una actuación memorable tuvo lugar el 6 de junio en Niterói, una gran ciudad al otro lado de la bahía de Río. Una huelga de autobús acababa de resolverse con dificultad, pero se estaba lanzando otra huelga, esta vez en el servicio de agua. En un ambiente tan problemático, no todos estaban contentos con la llegada de la obra. Cuando el vehículo que iba a publicitar la obra a través del altavoz no apareció, los miembros del elenco comenzaron a sospechar de un sabotaje, el cual podría solucionarse a tiempo. Mientras tanto, el personal del gran hospital, San Pedro Antônio, había dejado de trabajar. No habían sido pagados por dos meses. Ese día no se habían servido comidas a los enfermos y se programó una reunión para la misma tarde para discutir los próximos movimientos en la creciente ola de disturbios. Sin embargo, la obra ya había despertado tal respuesta en la región que los líderes de los trabajadores en el hospital decidieron posponer su reunión hasta la medianoche para poder ver la obra. Después de la actuación, los hombres procedieron a su reunión. A pedido del Presidente del Sindicato de Trabajadores del Hospital, esta comenzó con una muestra de "Hombres de Brasil". Al día siguiente invitó a algunos de los miembros de la Misión que viajaban con la obra para hablar con los miembros del sindicato. Poco después llegaron noticias de un acuerdo con las autoridades del hospital, centrándose principalmente en el pago de los atrasos salariales.

Las siguientes paradas en la gira fueron Petrópolis y Brasilia. En la capital, las personas llegaron desde hasta 50 kilómetros de distancia en autobús, camión y bicicleta para ver la obra, y los miembros de la Misión fueron recibidos por las

autoridades federales. Poco después, el presidente Jânio Quadros y su esposa recibieron a varios representantes de la Misión, liderados por el Mariscal Távora y el General Bethlem. Entre el grupo se encontraba una ex enfermera francesa, Irene Laure, que había sido parte de la resistencia contra la ocupación alemana durante la guerra. Después de la liberación, fue elegida miembro de la Asamblea Constituyente, creada para establecer la nueva constitución de la Quinta República Francesa. Después de una visita a Caux en 1947, se dedicó, en cuerpo y alma, a la reconciliación de Francia y Alemania. Ella le dijo al Presidente Quadros cómo fue guiada a pedir perdón a los alemanes por el odio que había albergado hacia ellos y por la forma en que se había regocijado al escuchar los aviones de los Aliados que sobrevolaban a camino para bombardear Alemania, y cómo había llevado este mensaje a los habitantes de las ciudades en ruinas, de cuya destrucción se había regocijado.

Al escuchar esto, Quadros declaró: "Necesitamos llevar este mensaje a Brasil. ¿Qué necesitará?"

"Bueno, necesitaríamos transporte, alojamiento y teatros para la obra".

El presidente ordenó a los jefes de los tres servicios armados que brindaran su apoyo para satisfacer estas necesidades.

Este respaldo se produjo justo cuando la Misión fue invitada al extremo noreste de Brasil. La noticia de su gira en el sur se les adelantó y hubo grandes multitudes, de tal manera que, más de una vez, los teatros tuvieron que ser complementados o reemplazados por estadios.

El noreste es una de las regiones más pobres de Brasil. En el interior occidental, las sequías periódicas traerían catástrofes y obligarían a oleadas de migrantes a inundar las grandes ciudades del sur. En la zona costera, toda la agricultura se basaba en la caña de azúcar, que se cultivaba en grandes propiedades donde "el campesino es aplastado por las ruedas del destino como la caña es aplastada por la muela del molino". Para Josué de Castro, este sistema de grandes propiedades caracterizadas por prácticas de trabajo arcaicas hizo que todo el noreste sea "novecientos mil kilómetros cuadrados de sufrimiento". La miseria y el hambre allí llevaron a la preocupación de que habría explosiones "vinculadas más a la estructura social que a los accidentes naturales".

Cuando la Misión aterrizó en Recife, la universidad de la ciudad estaba alborotada. Algunos días antes, los estudiantes se habían rebelado y encerrado a sus profesores. Las organizaciones campesinas militantes estaban listas para hacer una manifestación en la ciudad y todo el trabajo en el puerto estaba amenazado con el paro. El gobierno había llamado al ejército, los tanques habían tomado posiciones en cruces clave y los buques de guerra estaban anclados en el puerto. Mientras tanto, los manifestantes se preparaban para hundir un bote y bloquear el acceso, evitando así que se descargara la ayuda norteamericana. En medio de esta agitación, la noticia de la llegada del Mariscal Távora, como figura destacada de la Misión, causó un gran revuelo. El mariscal se había criado en el noreste y a fines de la década de 1920 y principios de la década de 1930, él y otro joven oficial, Luiz Carlos Prestes, habían participado en los grandes disturbios sociales y militares que marcaron ese período. Los dos hombres se separaron y Prestes se sintió cada vez más atraído por los comunistas,

convirtiéndose en su líder, mientras que Távora permaneció apegado a su fe católica.

La obra de los estudiantes japoneses fue presentada en el Teatro Santa Isabella, ofrecido al equipo itinerante por el alcalde. Lejos de desalentar al público, el ambiente predominante de agitación provocó curiosidad. Para el espectáculo de apertura, así como el Gobernador del Estado de Pernambuco, su familia y simpatizantes, había jefes, trabajadores, estibadores, sacerdotes, oficiales del ejército e incluso estudiantes, incluidos algunos cuyas acciones habían provocado la activación de la Ley Marcial la semana anterior. Durante los días siguientes, la obra se mostró en televisión y luego se presentó en un evento en el estadio de fútbol; evento que algunos trataron de evitar, anunciando su cancelación en la radio y en los periódicos. De hecho, en el evento, cientos de estudiantes estuvieron hombro a hombro con los soldados que habían sido enviados para controlarlos. Luego, el Presidente del Sindicato de Estudiantes invitó a la Misión a la Universidad de Recife.

La obra luego se trasladó al suburbio industrial de Jaboatão, donde la multitud esperó pacientemente bajo la lluvia para que se abrieran las puertas. A pesar del mal tiempo, aquellos que no pudieron entrar se quedaron afuera y se les mostró la película "Hombres de Brasil". En Vasco da Gama, otro distrito azotado por la pobreza, ochenta y dos familias acordaron quedarse sin electricidad por una noche para que el párroco pudiera mostrar la película. El gobernador militar de la región envió quinientos cincuenta oficiales y suboficiales para ver la obra.

La Misión recorrió la región durante un mes. Entre varios lugares visitados en las áreas urbanizadas alrededor de Recife se encontraba Catende, un centro para la industria de la caña de azúcar donde los guerrilleros habían incendiado recientemente dos fábricas. Luego fueron más al norte visitando Natal y luego Fortaleza, la ciudad natal de Juárez Távora, donde recibió una rotunda bienvenida. Luego a Belém, y finalmente Manaus en el corazón de la Amazonía. Esta fue la última parada de la gira por Brasil, a finales de julio.

Los militares habían brindado un valioso apoyo logístico y transporte, ayudándoles a preparar el escenario rápidamente en los campos de fútbol y prestándoles carpas para usar como vestuarios. Las escuelas proporcionaron alojamiento, al igual que los cuarteles militares e incluso las cárceles: ¡no todos estaban llenos! En Manaos, tres de los viajeros, ingresados en una celda de tres literas, se sorprendieron de que no solo quedaran abiertas sus puertas, sino también las de las celdas vecinas, e incluso la puerta exterior de la prisión. El guardia, un indio duro y bronceado, explicó que los prisioneros sabían muy bien que cualquiera que intentara escapar sería rastreado en el bosque y recapturado por él sin la menor dificultad. Su destino estaría sellado. En cuanto a las mujeres, los conventos ofrecían hospitalidad sin intentar hacer proselitismo a las japonesas del grupo, ninguna de las cuales era católica. La comodidad en los calurosos dormitorios y los viejos aviones militares, donde los asientos, en dos filas enfrentadas a cada lado del fuselaje, a menudo eran rudimentario. Lo mismo ocurrió en las pequeñas embarcaciones en el Amazonas, donde la mayoría de los viajeros tenían que permanecer de pie.

En algunos lugares, la Misión encontró hostilidad: obstáculos en el camino para una transmisión de radio, mensajes no transmitidos, corte de electricidad durante la proyección de una película o piedras arrojadas a la pantalla. Nada los detuvo. Llenaron salones y estadios. En Manaus, se sugirió que la publicidad se hiciera desde un barco en el Amazonas. A pesar de cierto escepticismo, el consejo se siguió. Una canoa subió por una orilla del río y luego bajó por la otra. De pie, en la proa, había un indio norteamericano con un tocado de plumas en la cabeza o un africano de Nigeria resplandeciente con túnicas de *djellaba* blancas. En cada aldea se hicieron anuncios por un altavoz y un folleto, sellado en una botella, era lanzado al agua para que un nadador lo recuperara. En cada pueblo al menos una persona podía leer. Por la noche llegaron enjambres de botes, y 60,000 personas, de la ciudad y el bosque, se amontonaron en la plaza principal. Como en todas partes, la Misión fue alentada por la jerarquía de la Iglesia. El Arzobispo de Manaus expresó "la gran alegría" que le trajo la llegada de la Misión. Esto apareció en la prensa bajo un titular de ocho columnas en el periódico - *A Crítica*. "Espero", escribió, "que los católicos despierten frente a sus responsabilidades humanas, sociales y cristianas".

A lo largo de la gira, los viajeros descubrieron que las experiencias de prueba de la vida, sobre las que hablaron, eran increíblemente similares a los problemas de sus oyentes. El Ministro Federal de Educación que había visto 'El Tigre' justo después de una visita a Recife, donde previo a la visita de la Misión se encontraba en plena insurrección estudiantil, se sorprendió al ver cómo los eventos en Japón, representados en la obra, reflejaban a los que había recién visto en su ciudad. Un miembro indio de la Misión le contó a la audiencia sobre los levantamientos campesinos en el sur de la India, en los que él mismo había participado, y cómo había aprendido la forma de responder a la amargura e injusticia que habían provocado esos disturbios.

Cuando, para estupefacción general, el Presidente Quadros renunció repentinamente el 25 de agosto de 1961, solo ocho meses después de asumir el cargo, la gente temía que este evento fuera la señal de un levantamiento general en el inestable noreste. No pasó nada. ¿Se debió, en cierta medida, a los contactos realizados por la Misión con miles de personas? El Mariscal Távora ciertamente lo pensó, y se lo dijo al Papa unos meses después, cuando fue recibido en el Vaticano.

A lo largo de Los Andes

Los aviones cruzaron los Andes y la Misión continuó sin cesar. No llegó a suelo completamente virgen. El Comandante en Jefe del ejército peruano había estado en la asamblea de Miami y la Misión llegó a Perú por invitación del Presidente Prado. Las autoridades militares y civiles peruanas proporcionaron las mismas instalaciones que en el caso de Brasil. En Iquitos, la primera parada, y luego a lo largo de la costa hasta llegar a Lima, se realizaron presentaciones, reuniones y debates en salones, plazas públicas, estadios y en la radio. Las conversaciones personales continuaron después de los eventos y luego en los hogares de muchas familias.

Una ocasión memorable en Lima fue el contacto entre los estudiantes japoneses y los de la Universidad de San Marcos, la universidad más antigua e importante del país. Una vez más, se sorprendieron por el descubrimiento de puntos de vista en común. Como había sucedido con los Zengakuren en Japón, cuando se manifestaron en contra de la visita del presidente Eisenhower, los estudiantes de San Marcos recientemente le dieron una tormentosa bienvenida al vicepresidente Nixon durante su visita a Perú, impidiéndole el acceso a la Universidad. Poco antes de la llegada de los japoneses, sus homólogos peruanos se enfrentaron a la policía y mantuvieron una huelga de cuarenta y cinco días en la facultad de medicina. Los apasionados admiradores de Cuba, donde Fidel Castro había ganado el poder dos años y medio antes, tomaron como modelo al Che Guevara, entonces en el apogeo de su prestigio.

Los carteles que publicitaban "El tigre", que sería interpretada por los revolucionarios estudiantes japoneses, despertaron reacciones vívidas y encontradas en la Universidad. Algunos estaban decididos a conocerlos, especialmente porque varios peruanos eran de origen japonés. A varios de ellos se les dieron roles como transeúntes, en escenas de multitudes en la obra. Otros estudiantes se opusieron categóricamente a permitir que el espectáculo se realizara. Esta era especialmente la convicción del líder de los estudiantes marxistas, Campos Lamas, quien era un amigo personal de Fidel Castro. Para resolver sus diferencias, sus camaradas propusieron un debate privado. Campos Lamas terminó diciendo:

"Nunca me convencerán. Tampoco les convenceré. Vamos a dejar las cosas así."

¿Qué te ha pasado? ¿Tienes miedo?" respondió uno de sus compañeros cercanos. "Estas personas están en el camino correcto. Si nosotros, como marxistas, no buscamos la verdad, donde quiera que sea, somos reaccionarios". "Eres un traidor", respondió Campos Lamas, golpeando la puerta al salir.

Algunos días después, en la Radio Nacional Peruana, un estudiante de economía expresó su opinión de que si los estudiantes japoneses y la Misión de la que formaban parte hubieran llegado a San Marcos un poco antes, los enfrentamientos de la semana anterior no habrían tenido lugar.

La radio también le dio tiempo aire a Leonard Crane, un jefe indio del oeste de Canadá y parte de la Misión. Dirigiéndose a los indios de los Andes, contó cómo él y su tribu habían superado la amargura y la humillación y encontraron el coraje para luchar por la justicia en lugar de venganza. También habían decidido que, a menos que cambiaran su forma de vida, perderían los tesoros más preciados de su tradición.

Con la ayuda de un reconocido erudito y lingüista, la Misión transmitió su mensaje y algunas canciones en la radio en Quechua, el idioma Inca. Y fueron especialmente a Cusco para conocer al pueblo indio. El sabio les había dicho: "Si presentas tu programa en su idioma, los indios acudirán en tropel desde todas partes". Eso fue lo que pasó. El 1 de octubre de 1961, 40,000 personas se amontonaron en la histórica fortaleza de Sacsayhuaman; con paredes construidas con bloques de piedra que pesan más de trescientas toneladas encajadas tan perfectamente que una cuchilla no puede deslizarse entre ellas.

La gente asistió a ver "El tigre", con lugareños que hablaban el texto de la obra traducido al Quechua, a través de altavoces.

El 9 de octubre, tras la llegada de la Misión a Bolivia, los habitantes de La Paz se despertaron con la noticia de un Golpe de Estado fallido, impedido a las 5 de la mañana de ese día. A las 10 en punto, el auditorio de la Universidad de San Andrés se llenó para la presentación de "El tigre", invitado por el Sindicato de Estudiantes. Justo antes de que se levantara el telón, un estudiante saltó al escenario. Intentó, sin éxito, posponer el espectáculo con el pretexto de la muerte de un profesor que había fallecido en su intento de tomar el poder político.

En Bolivia, como en Perú, siguieron otras presentaciones, en un teatro, al aire libre y en un estadio de fútbol, hasta tres veces en el mismo día. El Presidente Paz Estenssoro recibió la Misión varias veces y le pidió que recorriera todo el país. Preguntó qué se necesitaba, ofreciendo la ayuda del gobierno. Se puso a disposición de la Misión un tren especial para llevarlo al Altiplano, el centro de la industria minera del estaño.

Allí, el idioma Aymara reemplazó al Quechua. El 24 de octubre, la mitad de la población fue a ver y reunirse con el elenco de "El tigre" en el estadio de Catavi, el principal pueblo minero, dando una cálida bienvenida a la Misión. La Compañía Minera proporcionó transporte al estadio. Los mineros y una milicia popular hicieron los arreglos para mantener el orden. Los líderes sindicalistas, felices de que sus seguidores vieran un espectáculo, fueron menos unánimes cuando se dieron cuenta de que el mensaje dado no era de guerra de clases. Algunos atacaron la Misión con violentos discursos antiamericanos.

Justo cuando la Misión se preparaba para partir, su tren particular fue bloqueado. Los mineros anunciaron que habían puesto dinamita debajo del tren y que sólo dejarían ir a los 130 viajeros cuando las autoridades públicas cumplieran con varias de sus demandas. Si la policía se acercaba, dijeron, volarían el tren. Los miembros de la Misión no mostraron temor, se negaron absolutamente a involucrarse, aunque sea levemente, en los puntos en cuestión entre el gobierno y los mineros. Simplemente explicaron que se arriesgaban a llegar tarde al próximo compromiso en su gira. Cientos se acercaron, incluidos muchos de los que habían visto el espectáculo la noche anterior, curiosos por ver lo que estaba sucediendo. Los miembros de la Misión les distribuyeron revistas ilustradas y tuvieron tiempo de hacer amigos. Mientras tanto, los líderes sindicales de los mineros protestaban vigorosamente contra esta toma arbitraria de rehenes. Esto pasó durante toda la mañana. Luego, el líder de los mineros locales llegó a la estación, se disculpó y permitió que el tren partiera. Pero se había corrido el rumor de que las juntas del riel habían sido desatornilladas y que se habían colocado explosivos en la línea. Se vieron obligados a esperar a que llegara otra locomotora para luego adelantarse al tren, como garantía de seguridad.

En la siguiente parada, Oruro, los oficiales militares vinieron a disculparse en nombre de las autoridades. Pero Oruro sería el escenario de otros incidentes. En la noche del espectáculo, una pelea entre mineros cortó la energía eléctrica y sumió a la ciudad en la oscuridad. Las fuerzas de la ley y el orden eran reacias a intervenir. El transporte de armas estaba prohibido, por lo que las personas

usarían dinamita de la mina si necesitaban ajustar cuentas. "Si nos entrometemos", explicaron las autoridades, "se unirán contra nosotros". Estos eventos parecían confirmar las advertencias de un sacerdote que conocía bien la región: "Si no les gusta la guerra, no vengan aquí". La obra finalmente se presentó a las ocho de la noche, cuatro horas tarde. Sin embargo, el teatro al aire libre estaba abarrotado. Se observó que los vigías, ubicados en lo alto de las terrazas para vigilar los alrededores, estaban más absortos en ver el programa que en inspeccionar cualquier otra cosa. Una vez más, el público, cuyas vidas se concentraba alrededor de la mina, se identificó con la Misión, encontrando, en las voces de los mineros del pueblo alemán Ruhr, que sus problemas eran como los de ellos.

Después de diecinueve días en Bolivia, el 29 de octubre, el tren particular cruzó la frontera hacia Chile. Su itinerario abarcó Chuquicamata, Pedro de Valdivia, Antofagasta ... La Misión pasó de minas de estaño a minas de cobre y nitrato, manteniendo el ritmo: dos representaciones teatrales y cuatro proyecciones de películas en tres días, sin contar las visitas personales. Luego se dirigieron al sur.

En Santiago, los chilenos fueron impactados por Eudocio Ravines, un miembro de la Misión. Un peruano que regresaba al país donde había hecho su hogar y había trabajado veinticinco años atrás. Ravines nació en 1897 en Cajamarca, un pequeño pueblo en la región montañosa del norte del Perú. Perdió a su padre cuando tenía ocho años. Un evento, temprano en la vida, le mostró las realidades sociales de su país. Su madre, una maestra, había recibido algunas ovejas del padre de un alumno. Como no tenía tierras, estas ovejas pastaban en la propiedad del terrateniente local. Una noche las ovejas desaparecieron y no regresaron hasta que les quitaron hasta la última onza de lana.

Después de la escuela, Ravines comenzó a trabajar con un negocio local. Más tarde consiguió un trabajo en Lima, mientras estudiaba simultáneamente en la Universidad de San Marcos. Al igual que muchos otros, estaba fascinado por la revolución rusa de 1917, que había sucedido recientemente. Participó en un insurrección, planificada desde dentro de la universidad. Esto condujo a su encarcelamiento como comunista, aunque todavía no lo era, y luego al exilio. Algunos años más tarde, en París, conoció a Henri Barbusse, autor francés, comunista y pacifista, que organizó su encuentro con los líderes soviéticos. En 1929, durante su estancia en Moscú, se unió a la Organización Comunista Internacional. Salió de Rusia y regresó en secreto a Lima para fundar el Partido Comunista Peruano. Fue nuevamente arrestado y exiliado. Nuevamente regresó a Perú como resultado de un Golpe de Estado allí, luego fue arrestado nuevamente y encarcelado. Escapó y, en 1934, regresó a Moscú.

Hubo un importante debate en el Komintern -Comunista Internacional- en la capital soviética sobre la mejor manera de establecer el comunismo en un país: a través de la rebelión armada o la participación en un frente popular mediante alianzas e infiltraciones. Manuilsky, el ucraniano, defendió el primer método, apoyado por los comunistas de Argentina, los de Brasil y su jefe, Luiz Carlos Prestes. La segunda estrategia fue favorecida por Dimitrov, el búlgaro, con el apoyo de los partidos francés e italiano. Este último fue particularmente el punto

de vista de Mao Zedong, y también de Ravines, quien describe el debate en su libro autobiográfico "The Yenan Way". Stalin resolvió el problema para América Latina con un juicio Salomónico. La insurrección sería el camino en Brasil, mientras que el método de infiltración se aplicaría en Chile. A Ravines se le dio la responsabilidad de liderarlo ahí. La insurrección organizada por Luiz Carlos Prestes en Brasil fue un fiasco, mientras que las tácticas de Ravines en Chile fueron un brillante suceso.

Hablando en una presentación de "*The Tiger*" en Santiago, Ravines dijo a sus oyentes que había llegado previamente a Chile como un hombre que había sido desterrado de su propio país. Chile lo había recibido, le había dado refugio, una esposa y su primer hijo. A cambio, debería haber sido generoso y leal. Pero estaba al servicio de Moscú y había sido puesto a cargo de una delegación del Comintern que incluía rusos, checos, italianos... ellos habían emprendido un trabajo de subversión y división.

"Es un asunto muy serio cuando el espíritu de compromiso pasa del dominio político al moral", dijo. "Para empezar, nuestro progreso con los trabajadores y sindicalistas fue muy, muy lento. Los partidos de la izquierda mantuvieron sus puertas cerradas para nosotros. Entonces decidí organizar cursos sobre el marxismo y su relación con la literatura, la filosofía y la ideología. El primer grupo se reunió en la casa de un joven pianista. Entonces una dama de alto rango social nos ofreció su sala de estar. En menos de seis meses, habíamos reunido diecisiete grupos similares, llegando a la cima de la escala social. Ahora se abrían puertas a partidos políticos y, muy esencial, a bancos y compañías de crédito, y pudimos obtener ayuda financiera y adquirimos una imprenta. Publicamos un periódico matutino, un periódico vespertino y siete revistas. Incluso publicamos un periódico de la tarde dedicado exclusivamente al deporte. A través del deporte, naturalmente pasamos a otras cosas, especialmente para los jóvenes.

"No estaba usando la pobreza de los trabajadores ni la miseria de los campesinos. Utilicé la vanidad de las mujeres en la alta sociedad, la ambición de los políticos que carecían de una base electoral, el levantamiento de los estudiantes que querían tener éxito y el talento de los escritores que no sabían qué escribir. Lo que hizo que nuestra máquina tuviera éxito fue el hedor de la decadencia y los detritos de inmoralidad en la sociedad chilena. Es mi deber admitir esto al pueblo chileno y pedirles perdón por el daño que les he hecho ". Incluso ahora, como explicó Ravines, en toda América Latina, así como en el Norte, el Partido seguía infiltrándose en ideas, en las clases ricas, en las universidades y en las iglesias, utilizando el miedo a las armas atómicas, el odio racial y el materialismo del mundo empresarial.

"En Chile, fueron los jefes del partido los que se beneficiaron de la llegada al poder del Frente Popular", dijo Ravines. "Las dudas comenzaron a crecer en mí. Me fui a España, donde la Guerra Civil iba mal. De hecho ya estaba perdida. Mis dudas comenzaron a manifestarse ". Trasladado a Moscú, donde las purgas estalinistas estaban en su apogeo, Ravines se sintió bajo sospecha de los altos mandos y vigilado por la policía. Se sintió aliviado de ser enviado de regreso a

Chile. El pacto alemán / soviético y su invasión y ocupación conjunta de Polonia, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, sellaron su ruptura con el Partido.

"Entonces comencé a hacer campaña con movimientos anticomunistas", continuó Ravines. "Pero descubrí que ninguno era capaz de lidiar con la incursión comunista en América Latina. Al mismo tiempo, Moscú estaba poco preocupado por mí porque yo era ineficaz. Fue en este punto que el Rearme Moral se cruzó en mi camino. Hasta entonces había usado argumentos y lógica para defender lo que era bueno. "Ese no es el punto", me dijeron estas personas. "El punto es ¿cómo estás viviendo? Si se necesita un cambio, ¿por qué no comienza con usted mismo? Entonces verás a otros a tu alrededor cambiar". Ravines se vio obligado a comparar el militancia que había conocido con lo que ahora estaba descubriendo. "Como comunistas buscamos explotar la naturaleza humana. Veo que ustedes se esfuerzan por cambiarla. Nosotros hemos establecido una jerarquía; ustedes se someten a una autoridad interna invisible, aceptando una disciplina interna en lugar de una impuesta por otros ". Ravines quería ahora escribir un nuevo libro. Él lo llamaría "The Mackinac Way/Al Estilo de Mackinac". Había comenzado a trabajar en el libro, pero era algo que no terminaría. Un día, parado frente a su casa, fue atropellado por un camión. Nadie descubrió cómo eso había sucedido.

Los fundamentos del estilo alternativo que deseaba explorar son conocidos: no era la ley de los más poderosos, ni la brutal solicitud del gobierno de la mayoría. Tampoco es la negociación de un arduo compromiso entre puntos de vista opuestos. Debe ser una búsqueda común de soluciones que trasciendan intereses aparentemente opuestos. Dirían los creyentes, se trata de escuchar juntos una voluntad superior.

Asamblea en Petrópolis

El gran emprendimiento de 1961 culminó en una gran asamblea en Petrópolis, en el hotel más grande de la ciudad del 1 al 11 de diciembre. A los miembros de la Misión se unieron representantes de todos los continentes que tuvieron experiencias para compartir: el ex Mau Mau de Kenia, los monjes budistas de Birmania, los sindicalistas de Europa, Japón, Australia y las dos Américas. El principal resultado de esta asamblea fueron los nuevos cambios en la vida de los participantes sudamericanos, por ejemplo, de brasileños del norte del país.

Cinco meses antes, la visita de la Misión que acompañaba al "Tigre" había dejado su huella en Recife y sus alrededores. Las colinas sobre la estrecha franja costera de Recife eran un foco de agitación por parte de las "asociaciones campesinas", organismos no oficiales alentados y vinculados libremente con el Partido Comunista, observando el ejemplo de Cuba. Promovieron la toma de tierras de los terratenientes ricos y se convirtieron en un símbolo de la reforma agraria. A fines de 1961, cuando se dieron órdenes para que los militantes de las "asociaciones" tomaran las armas, hubo incertidumbre y la revuelta fue abortada. Aquellos que se negaron a seguir las órdenes afirmaron que había otra forma, no violenta, a la que ellos apoyaban. ¿Qué hay detrás de esto? Los líderes del movimiento querían saber más. Se les ofreció la oportunidad de enviar

observadores a la asamblea de Petrópolis. Eligieron a dos militantes confiables en cuyo informe tendrían plena confianza.

Uno de ellos era Jarbas Leiros. Sus padres se habían separado cuando él era joven y su padre se volvió a casar. Jarbas odiaba a la mujer que reemplazó a su madre y evitó a su padre durante doce años, y nunca le habló cuando se encontraban en la calle. Uno de sus maestros introdujo a Jarbas al marxismo, que estudió con entusiasmo. Estaba horrorizado por lo que veía en la sociedad que lo rodeaba y no podía ver otra alternativa que la violencia para cambiar las condiciones intolerables en las que vivía la gente del noreste. A los 16 años se unió a los comunistas y comenzó a estudiar arquitectura, pero fue expulsado de la universidad por actividades subversivas. En 1953 consiguió un trabajo en el puerto, donde fomentó problemas y huelgas. Se casó y tuvo diez hijos, seis de los cuales murieron jóvenes. La familia vivía en tres habitaciones en un suburbio de trabajadores: una habitación para los padres; uno para los cuatro niños sobrevivientes; y finalmente el comedor, donde dos sobrinos dormían en sillones.

En Petrópolis, Jarbas conoció a hombres que querían superar la pobreza y construir una sociedad justa para todos, enfrentando la deshonestidad, la desconfianza y la amargura. Le llamó la atención la historia de los estibadores de Río. Se dio cuenta de que la pobreza nunca podría ser combatida si el motivo era el odio. Pero también aprendió que el cambio metódico comienza con uno mismo. Como le había pasado a muchos otros, su primer paso fue escribirle a su esposa, Waldetrudes. Él le escribió desde Petrópolis para compartir lo que estaba aprendiendo y para contarle su nuevo camino a seguir: "Las personas que he conocido aquí ... pretenden cambiar la humanidad con la ayuda de Dios, no de las granadas. Me siento impulsado a unirme a este ejército para crear un mundo limpio ... Sé que me convertiré en un hombre diferente. Dile a mis hijos que tendrán el hogar que anhelan". Cuando finalmente regresó a Recife, Jarbas tomó el autobús de larga distancia para ver a su padre en Casa Amarela. Al abrir la puerta del jardín, fue directamente hacia su madrastra y la abrazó. Su padre era realmente duro, un hombre que podía usar muy bien su puño y portaba cuchillo y revólver, sin dudar en usarlos. Estaba tan abrumado de ver a su hijo después de veinte años que no pudo hablar durante dos horas.

Mientras tanto pasaron los días. Los que se quedaron en Recife se preocuparon por lo que les había sucedido a los dos observadores enviados a Petrópolis. Antônio Falcão, uno de los responsables de la creación y capacitación de las Asociaciones Campesinas, fue enviado para ver qué había sucedido y traerlos de vuelta.

El padre de Antonio, de origen portugués, era albañil, su madre afroindia. Tenía una piel oscura que, incluso en Brasil, le parecía una desventaja para lograr mayores responsabilidades en los asuntos nacionales. Su padre había muerto cuando tenía ocho años. Para alimentar a Antônio y a su hermano, que estaba constantemente enfermo, su madre costuraba. Pero a menudo no había dinero para pagar las medicinas del hermano. Como católica fiel, le dijo a sus hijos: "Pueden perder todo, pero deben mantener su fe en Dios". Esto siguió siendo cierto para Antonio hasta el día en que su madre tuvo que vender su medio de vida, su máquina de coser, para comprar comida. La fe de Antônio fue probada

y no sobrevivió. Ahora odiaba a Dios, a los sacerdotes y al sistema económico. Más tarde trabajó en una fábrica. Un joven lo miró y rápidamente estableció un vínculo con él. Al descubrir su amargura, utilizó su odio. Antônio pronto se convirtió en miembro del Partido Comunista, al que le dio dieciocho años de su vida, convirtiéndose en agente de reclutamiento. Cuando, en 1947, el Partido fue ilegalizado, Antonio y sus amigos aprendieron a trabajar encubiertos. Recibía películas filmadas en Moscú o Cuba, y las doblaba al portugués. Se alimentó de la inspiración de las transmisiones de radio desde Cuba.

Ahora Antonio, a su vez, se sumergió en la atmósfera en Petrópolis. Él también regresó transformado con sus dos compañeros. "Pasé la noche", describió, "leyendo uno de sus libros y marcando todos los pasajes que me parecían útiles a los intereses de las personas por las que estaba luchando. ¡Al día siguiente vi que había marcado todo! Luego tuve que mirar la evidencia. Había algo allí que iba más allá del marxismo". Antonio decidió ser abierto con su esposa, una ferviente católica, sobre sus actividades comunistas encubiertas que había descrito como "reuniones sindicales" y sus acciones en la creación de las Asociaciones. Le admitió que sus funciones oficiales, por las cuales le pagaban, le proporcionaban cobertura para su trabajo ideológico. Luego fue y se disculpó con el Gobernador del Estado de Pernambuco, no por su militancia sino por sus acciones subversivas y los sentimientos que había tenido contra él. También fue a ver al Director del puerto para contarle sus nuevas decisiones. Naturalmente se convirtió en el blanco de los ataques, pero como siempre había sido pobre y seguía siendo así, estaba claro que no había sido comprado con dinero.

De todos los eventos que marcaron esta conferencia en Petrópolis, lo que quedó especialmente grabado en la mente de todos los brasileños fue la asombrosa reconciliación de los mariscales Juárez Távora y Henrique Teixeira Lott. Cada uno, en diferentes momentos, había sido candidato a la Presidencia de la República. Távora había sido derrotado por Juscelino Kubitschek en 1955; Lott había tenido que ceder el paso a Jânio Quadros en las siguientes elecciones a fines de 1960. Aunque no habían sido rivales directos, eran completamente opuestos. El primero representaba a la derecha moderada, el segundo a la izquierda. Távora era un reformista cristiano cuyas ideas se derivaron de la Encíclica Papal, "Rerum Novarum"; Lott estaba mucho más cerca de los marxistas. A veces se habían confrontado bruscamente el uno al otro. Lott, que había sido Ministro de Defensa, había puesto bajo arresto a Távora. Algunos temían que las cosas pudieran terminar en una confrontación violenta entre los dos hombres.

Dos Generales debían ser instrumentos de su reconciliación. Se acercaron, por separado, a cada uno de los Marshals e instaron a otros amigos a hacer lo mismo, presionando a los Marshals para poner el interés nacional por delante de sus sentimientos personales. Távora, el primero en ser abordado, dijo una mañana: "Sí, me gustaría ver a Lott". Un mensaje fue transmitido de inmediato. La reunión se organizó en el Hotel Quitandinha, donde se celebró la conferencia. Távora, que había sido parte de la Misión viajera, ya se estaba quedando allí. Bajó las escaleras exteriores mientras Lott se acercaba. La foto de su apretón de manos fue una sensación en la prensa brasileña.

Esta no era una mera fachada. En una carta en febrero de 1962, como parte de un informe de la Asamblea de Petrópolis, los dos mariscales se centraron en el desafío de las divisiones entre naciones y facciones rivales, y la ola de esperanza representada por un movimiento fundado en la idea básica de que el hombre debe cambiarse a sí mismo antes de luchar para cambiar la sociedad.

CAPÍTULO 08

CONSECUENCIAS

Al igual que sus camaradas de Río, Antônio Falcão fue invitado a compartir sus experiencias en muchas partes del mundo: Rotterdam, Londres, Génova, Montevideo. En Sudáfrica se encontró con maestros de Mozambique que lo invitaron a su país, donde se habla portugués, como en Brasil.

Jóvenes se lanzan para producir un espectáculo - Viva la Gente / Gente que Avanza

Durante parte de su viaje a lo largo de Italia, el Elenco de "El Cóndor" alternó su obra con una presentación de los *Colwell Brothers*/Los Hermanos Colwell, tres cantantes de *Hollywood*. Más tarde viajaron a través de Canadá desde el Atlántico hasta el Pacífico y luego a través de los EE. UU. Desde California hasta Florida, visitando universidades como Tuskegee, que había sido fundada para afroamericanos.

Era una época en que el lenguaje de la música se usaba para expresar miedos, protestas y esperanzas. Millones de jóvenes buscaban formas de cambio a las que pudieran entregarse. La tecnología y los medios de comunicación estaban mejorando: en cuestión de minutos, el resto del planeta podría saber lo que había sucedido en cualquier lugar. Sin embargo, todavía había la injusticia y el odio, las guerras de guerrilla y la represión, todo que desencadenaba en miseria física y moral, desesperanza y cinismo. Las ideologías habían fallado en sus intentos de cambiar el mundo porque no habían trabajado en la raíz del problema, la naturaleza humana.

Los asesinatos de los hermanos Kennedy y de Martin Luther King sacudieron al mundo. Los jóvenes se sintieron desafiados a tomar la antorcha de esperanza que estos hombres habían representado. Una conferencia tuvo lugar en la Isla Mackinac, a la que asistieron miles de estudiantes y jóvenes, incluidos muchos con sus orquestas y bandas. Había tantos grupos de música que se podían escuchar diez al día, cada uno tocando su repertorio en los momentos apropiados, antes de las reuniones o durante las comidas. Había un tremendo entusiasmo. Cuando algunos intentaron bajar el tono moral, otros levantaron voces dentro de la conferencia. Con fuerza y pasión, dijeron: "Beber, bailar y celebrar, podemos hacerlo en casa cuando queramos. ¡Estamos aquí por algo más! Demostraron que se podía confiar en los jóvenes si se les daba un objetivo lo suficientemente grande. Había abundancia de creatividad. Se produjeron maravillosas canciones: "Up with people/Viva la gente" de los hermanos Colwell, que dio nombre a los espectáculos y a este nuevo movimiento, y "¿De qué color es la piel de Dios?" escrito por un joven neoyorquino. Un campeón olímpico

desafió a los estudiantes que afirmaron que en sus universidades "no había violencia ni sexo libre". Él les dijo: "Entonces hablen. ¡Griten!" Siguieron su consejo con espectáculos que dieron la vuelta al mundo.

Más tarde, los latinoamericanos se reunieron con algunos canadienses en el Sítio San Luiz en Brasil y crearon su propio espectáculo musical "Sing Out". Se formó un Elenco a tiempo completo, cuyos miembros se comprometieron por un mínimo de un año. Para demostrar a sus padres que no estaban "perdiendo" un año en sus estudios, organizaron una escuela móvil para seguir el plan de estudios oficial, con el respaldo de sus maestros. El Ministerio de Educación Nacional estuvo de acuerdo, autorizando a los adultos con títulos universitarios para que enseñen. Todos los alumnos pudieron, después, ir a la universidad.

Mientras tanto, en Uruguay, Omar Ibargoyen escribió sin cesar sobre su anhelo por la integración de América Latina para que estableciera su lugar en el mundo, y también sobre su pasión por formar revolucionarios inspirados por la fe. A su debido tiempo, con su esposa Jeanette y dos amigos franceses, fundó la agrupación ¡Viva la Gente! diseñada para promocionar un espectáculo con el mismo nombre. Parte del acuerdo incluía un plan de estudios de capacitación, similar a la escuela itinerante pionera en los Estados Unidos. Durante más de treinta años, el grupo resultante visitó 800 ciudades y pueblos en 16 países, viviendo en los hogares de más de 10,000 familias y viajando a menudo con el apoyo de organizaciones y empresas gubernamentales. Durante el mismo período, alrededor de 1,000 jóvenes participaron en este programa itinerante durante uno, dos o más años. Las iglesias, en particular la Iglesia Católica, abrieron las puertas de sus parroquias para ayudar a los jóvenes a encontrar un programa de acción dinámico en línea con sus ideales y su fe. Muchos descubrieron su vocación en la vida, para servir mejor a sus comunidades y países: sacerdotes, diplomáticos, periodistas, educadores, psicólogos, pero sobre todo, ciudadanos responsables, creando familias que nutrieron a nuevos hombres y mujeres. Durante muchos años se publicó una revista mensual de alta calidad con la participación de jóvenes y columnistas invitados.

El impacto fue profundo en todas partes. Un diplomático colombiano invitó al elenco a su país donde pasaron dos años. A partir de ahí, fueron a América Central con el apoyo de las principales empresas comerciales. Cuando fueron a Costa Rica, el Ministro de Cultura ayudó con las visas y proporcionó el "Teatro Nacional" para el espectáculo. Desde allí se fueron a Guatemala en un momento en que prevalecía un gran espíritu de reconstrucción después de un terremoto. La canción interpretada por el elenco "Guatemala en pie", inspirada en las palabras de un estadista local, se cantó en todo el país y ayudó a elevar la moral de todos, jóvenes y adultos. En El Salvador, el Ministro de Educación solicitó que se impartieran cursos en muchas aldeas, aunque no siempre podía garantizar la seguridad del elenco. Los "equipos volantes" formados por los jóvenes miembros del grupo marcaron una nueva fase en la metodología del elenco, demostrando su flexibilidad.

Luego debían visitar Honduras, poco después del final de la breve, pero cruel guerra entre Honduras y El Salvador. Había varios salvadoreños en el elenco, pero ningún salvadoreño pudo ingresar a Honduras por más de tres días. El

equipo que preparaba la visita en Honduras sintió que todo el grupo debía ir o, de lo contrario, ninguno lo haría. Dieron a conocer esta opinión. El Viceministro de Cultura se arriesgó a convencer a sus colegas del gobierno para que permitieran a los salvadoreños de "¡Viva la Gente!" entrada por más de tres días. Durante la primera presentación, la audiencia hondureña dio una gran ovación a los jóvenes salvadoreños que cantaban canciones tradicionales de su país. Las visas se extendieron, y desde entonces comenzó el proceso de reconciliación que culminó en un tratado de paz que llevó al presidente Oscar Arias de Costa Rica a ganar el Premio Nobel de la Paz.

Años más tarde, con el grupo de regreso en Guatemala por invitación del Ministro de Finanzas, se impartieron cursos de capacitación en vida responsable a miles de funcionarios públicos, así como en el Banco Nacional. Después de abandonar el país, el grupo fue invitado de regreso por el presidente Álvaro Arzú, quien se tomó la molestia de trasladarlos en avión desde Colombia. Les pidió que recorrieran el país con sus cursos, organizando él mismo los medios logísticos y financieros para las tres primeras ciudades. El grupo se organizó en tres equipos: músicos, cantantes y presentadores. El financiamiento para las visitas a otras ciudades y pueblos llegó con la ayuda de las autoridades locales y de personas que habían observado y participado en sus actividades en los lugares visitados anteriormente. Esta forma de trabajar se repitió en Venezuela y luego en Chile. Viajaron de uno de estos países al otro, a lo largo de América del Sur, en autobús, lo que llevó una semana de viaje, impulsados por un espíritu de esperanza y expectativa.

En Sudáfrica, viejos amigos invitaron a Jeannette, para entonces la viuda de Omar, a visitarlos. Estas personas, tanto sudafricanas como sudamericanas, habían estado involucradas con los elencos de "Sing Out" en años anteriores. Mientras Jeannette se quedaba con ellos, una familia convenció a su hijo de viajar a Sudamérica para participar en "Gente que Avanza" (el nuevo nombre de "Viva la Gente"). Estaba bien educado y criado ... aun así, cuando regresó a su casa, tal fue el impacto de su cambio en su familia y amigos que decidieron que el elenco debería ser invitado a la conferencia anual de RAM en Caux-1999.

En Caux, la visita de 43 jóvenes latinoamericanos de "Gente que Avanza" fue un "huracán" inolvidable. Se vieron muchos jóvenes juntos, disciplinados y abiertos a los demás, con el coraje de enfrentar y compartir decisiones difíciles. Los latinos fascinaron y desafiaron a muchos, y su visita inició un intercambio de jóvenes a través del Océano Atlántico.

CAPÍTULO 09

EN LAS FAVELAS (COMUNIDADES POBRES)

Como en la mayoría de las grandes ciudades del mundo, Río de Janeiro experimentó una afluencia de familias desdichadas y afectadas por la pobreza que escaparon de la miseria del interior de Río, el Estado de Minas Gerais al norte o las áridas tierras del lejano noreste. La migración fue alentada por las leyes promulgadas por el presidente brasileño Getúlio Vargas, a principios de la década de 1940. Estas leyes favorecieron a los asalariados urbanos. Pero las muchas familias que llegaron a Río descubrieron que no tenían otra opción que buscar o construirse un refugio en una de las muchas barriadas en expansión. Las primeras chozas fueron erguidas bajo las narices de la policía que, por unos pocos billetes, hizo la vista gorda. Políticos inescrupulosos hicieron vanas promesas de regularizar la ocupación ilegal de tierras a cambio de votos. Sobre esta base corrupta, proliferaron las chozas, aferrándose a las empinadas laderas. Una de estas colinas dio su nombre, favela, a lo que se convirtió en ciudades de tablones de madera y hierro corrugado similares a otras en todo el mundo, insalubres, precarias y promiscuas. Aquellos ya establecidos ayudarían a los recién llegados a establecerse sin título en la propiedad privada, y luego explotarían la obligación percibida del recién llegado, estableciendo tanto la corrupción endémica como un sentido de solidaridad entre iguales en la miseria. Además de la dureza de estos aspectos prácticos, estaba la prueba de ser considerados indeseables sociales por la población establecida de la ciudad.

En este mundo privado de las favelas de Río llegaron iniciativas inesperadas en la década de 1960, inspiradas en las experiencias de los trabajadores portuarios y transmitidas por un mariscal de la Fuerza Aérea y un trabajador de imprenta.

El mariscal del aire y el impresor: tomando impulso

El oficial era el Mariscal Antonio Guedes Muniz. Había fundado la Escuela de Entrenamiento Aéreo y el Instituto de Tecnología en San Pablo. Había diseñado y construido los primeros aviones de fabricación brasileña, había pensado y gestionado la construcción de barcos de mineral de hierro, y había creado un establecimiento nacional para la fabricación de motores de combustión interna. Él vería una necesidad esperando una solución o una tarea no completada y la asumiría. Un día, el Mariscal Távora le presentó a sus nuevos amigos, con el resultado de que Muniz y su esposa regresaron a la Iglesia católica después de cuarenta años de distanciamiento. Esto fue una gran sorpresa para los sacerdotes que lo conocían.

"¿Qué es esto?" preguntó con burla un sacerdote muy escuchado en la alta sociedad. "Te señalé el brillo del sol, ¡pero ahora parece que te has involucrado con una pequeña llama!"

"*Monsieur*", respondió Guedes Muniz de la misma manera, "estaba gateando en la oscuridad. Encontré una caja de cerillas. Encendí un fósforo y encendí una vela. Esto me mostró que podía abrir una puerta y allí, resplandeciente ante mí, estaba el sol que siempre quisiste mostrarme".

El Mariscal y su esposa decidieron hacer algo por los habitantes de los barrios marginales. Recordaron a los trabajadores portuarios que habían conocido después de ver su película. Un día, en 1963, invitaron a estos hombres, con otros amigos, a reunirse con líderes de los barrios marginales. Entre estos últimos había un hombre que trabajaba para los servicios de impresión del gobierno de la ciudad, José de Almeida Neto, a quien el hijo de Muniz, el vicealcalde de Río, había conocido. Era la primera vez que José había puesto un pie en una casa burguesa. Se sorprendió al conocer a un hombre de negocios, Erwin Zimmerman, que dirigía con éxito un negocio próspero sin defraudar a las autoridades fiscales, ni dar sobornos. También estuvieron presentes los trabajadores portuarios que estaban poniendo los intereses de su país antes que los suyos y un General que había participado en varios Golpes de Estado, y que ahora estaba convencido de que la única revolución que valía la pena era la del cambio de carácter de las personas.

"De repente me di cuenta", dijo José más tarde, "que nosotros, los habitantes de los barrios pobres, no representamos un millón de problemas, sino dos millones de armas listas para intentar resolver esos problemas. Esa misma noche decidimos trabajar juntos para mostrar la película "Hombres de Brasil" en diferentes favelas de la ciudad". La película se mostró posteriormente durante un tiempo en casi doscientas favelas.

Euclides: servicio a los demás o interés propio.

Una de las primeras visitas fue a la Favela Parada de Lucas. Los habitantes habían elegido a Euclides da Silva como presidente de su Asociación. Había aceptado este puesto con un espíritu de servicio, pero rápidamente se dio cuenta de que el puesto podía darle todo tipo de ventajas materiales. Estas comenzaron con la obtención de una concesión para suministrar electricidad a las chozas de la localidad. Compró la corriente a 4 cruzeiros por kilovatio y la vendió por 11 cruzeiros, embolsándose la diferencia. Todo el mundo lo sabía, pero nadie se atrevía a hacer preguntas. Todos dependían de él para el suministro de electricidad en sus hogares.

Euclides tenía un enemigo mortal, Amfilofilo, que tenía la concesión de electricidad para otra parte de la favela. Euclides había intentado todo para privarlo de ello. "Fui a su casa cuatro veces con la intención de eliminarlo", confesó más tarde. "Una noche, fue él quien vino a mi casa con otros quince para vengarse. Solo tuve tiempo de escapar por la puerta de la cocina. Mientras tanto, la gente estaba perdiendo la confianza en mí. Muchas cosas contribuyeron: violencia; la corrupción que promoví dentro de la asociación; las mujeres fáciles que descaradamente vinieron a mi casa a buscarme. Mi esposa, Horondina, sufrió mucho. Todo lo que gané se gastó en mi propio placer. Horondina tenía que sacar dinero de mi billetera cuando dormía.

El sábado por la noche, cuando la película se mostró en la favela de Euclides, llegó una gran multitud. Luego hubo una discusión con los trabajadores del muelle que dijeron cómo habían examinado en detalle lo que estaban haciendo, habían reconocido sus fallas y luego habían corregido los errores. Euclides estaba muy conmovido. Sintió que allí, frente a él, había hombres liberados

y efectivos. Miró lo que había hecho con su propia vida. Estaba de alguna manera vacío, inútil, centrado en la ambición personal. Las cosas necesitaban cambiar.

¿Pero por dónde empezar? Le pidió perdón a su esposa por lo que había hecho a sus espaldas, y su vida hogareña se transformó. Pero luego estaba Amfilofilo. "Al igual que yo", explicó Euclides, "él quería mejorar las condiciones de los habitantes de las villa miseria y, sin embargo, éramos enemigos. Era algo estúpido. No podía seguir así. Tres veces le escribí pidiendo perdón por mi actitud. Cada vez que rompí la carta, me dije a mí mismo: "No puedo hacer el ridículo delante de mi enemigo". Sin embargo, logré enviarle la cuarta carta. Al entrar a mi casa una noche, encontré a Amfilofilo esperándome. Hablamos por mucho tiempo. Fue solo entonces que conocí al real y verdadero hombre, uno que había sufrido mucho".

Luego estaba el negocio de la electricidad. Euclides decidió admitir públicamente la verdad y renunciar a la presidencia de la asociación de favelas. Su honestidad restableció la confianza y la gente lo reeligió. Más tarde tuvo la convincente idea de pedirle al municipio que profundizara el canal de agua que bordea la favela. Fue una idea sorprendente después de un largo período de clima seco, pero insistió. Tan pronto como se completó el trabajo, una lluvia sin precedentes estalló en la ciudad, inundando desastrosamente muchas favelas. La favela Parada de Lucas quedó ilesa.

Las autoridades públicas: fondos puestos a disposición:

La película se mostró en una favela tras otra, presentada por los estibadores y por algunos de los habitantes de las favelas que ya la habían visto. Se establecieron nuevos contactos y varias consecuencias emergieron. En los mejores casos, un nuevo espíritu de confianza entre las personas llevó a reubicar a los habitantes en casas nuevas y construidas adecuadamente. Esto fue muy respaldado por un buen gobierno cívico. El Gobernador del Estado de Guanabara, Carlos Lacerda, era concienzudo y enérgico. "He decidido asumir la responsabilidad personal de los barrios marginales de Río, aprovechando los fondos provenientes de los Estados Unidos a través de la "Alianza para el Progreso", una iniciativa del presidente Kennedy". Esta ayuda se dirigió a veintidós países latinoamericanos en un intento deliberado, de acuerdo con esos países, de contrarrestar la expansión ideológica de Cuba en el subcontinente.

Pero se necesitaban intermediarios en el terreno. José de Almeida Neto, residente de favelas y empleado del gobierno local, se convirtió en el contacto principal en las favelas. Cuando no existía una organización local, se alentaba a los residentes locales a establecer asociaciones oficiales, lo que permitía a sus representantes discutir los problemas con las autoridades y movilizar a los habitantes para cualquier acción que pudiera ser necesaria. Las actividades de estas nuevas asociaciones a veces pueden ser atractivas. "Una elección para puestos oficiales terminó tan tarde", recuerda Euclides da Silva, "que el recuento tuvo que posponerse para el día siguiente. ¿Pero qué hacer con las urnas mientras tanto? Nadie confiaba en nadie más. ¡Terminamos colocándolas en el medio de la calle y, entre nosotros, las mantuvimos toda la noche! "

Las autoridades municipales pudieron establecer un nuevo enfoque para reubicar a los habitantes de barrios marginales, estableciendo una "Empresa de Vivienda Popular". Su primer presidente fue Sandra Cavalcanti. Formada como maestra, siempre recordaba a cinco jóvenes habitantes de favelas a quienes había dado clases. "Correctamente vestidos y bien educados, no podías distinguirlos de ninguna manera de los otros niños, excepto quizás porque estaban más motivados en sus estudios. Un día uno de ellos se enfermó. Decidí hacerle una visita. Era la primera vez que entraba en una favela. Lo que vi me sorprendió. ¡Qué increíble orden había dentro de esas casas precarias! Mi alumno era huérfano, criado por una tía. Grande fue mi sorpresa cuando vi en esa casa una máquina de coser, un televisor y un refrigerador. Le pregunté a la tía: "Pareces muy bien equipada, ¿por qué vives en un barrio pobre?" Ella respondió: "No tenemos ninguna posibilidad de comprar una casa. Las hipotecas no están disponibles para nosotros". Entonces entendí la necesidad de darles a los habitantes de las barriadas la posibilidad de obtener crédito a largo plazo".

"Fue con este propósito que se creó la "Empresa de Vivienda Popular". Construye y vende apartamentos básicos y casas de bajo costo, que los compradores pueden pagar durante veinte años, dejando a las familias la responsabilidad de completar los detalles interiores y la decoración. Antes de finalizar las decisiones sobre esto, consulté a un comité de líderes de favelas entre los que se encontraban Euclides da Silva y José de Almeida. Queríamos estar seguros de que el proyecto se estaba satisfaciendo las necesidades más urgentes de los interesados. También nos tomamos el tiempo para preparar a las familias para vivir en un nuevo entorno. Algunos proyectos tuvieron más éxito que otros. Pero los errores pueden ser una fuente de aprendizaje. Al principio, reubicamos a las familias a varios kilómetros de distancia de sus lugares de trabajo y del área que conocían. Se opusieron fuertemente. Se hicieron esfuerzos para ubicarlos más cerca del centro de la ciudad. Una vez que las cosas se pusieron en marcha, la lista de espera para nuevas viviendas nunca dejó de crecer". Esta nueva política fue adoptada por las autoridades cívicas de todo el país.

Luiz y Edir: reconstruyendo lazos familiares y hogares.

Una de las comunidades que se benefició de la reubicación fue la Favela São João. Esto sucedió debido a la perseverancia de Luiz Pereira Araújo, su líder, después de una larga espera. Luiz y su esposa Edir eran del noreste de Brasil. Después de ocho años de matrimonio, se fueron de Fortaleza a Río con sus cinco hijos. Edir tenía veinticinco años. Luiz viajó antes que la familia. Era un joven apuesto al que le encantaba bailar. Después de unos meses, Edir comenzó a sufrir las burlas de los demás: "Luiz debe haber hecho algunas conquistas. Nunca volverá". Edir decidió partir con los niños y sus pocas pertenencias y reunirse con su esposo, sin previo aviso. Él había encontrado una pequeña casa, que apenas merecía el nombre, en Niterói, al otro lado de la bahía de Río. La travesía era en ferry; en aquellos días, el puente de catorce kilómetros que unía los dos lugares aún no se había construido. Luiz, que trabajaba colocando azulejos en el piso, tenía que salir de su casa a las 4:00 a.m. para estar en el trabajo a las 7:00 a.m. La casa en Niterói era húmeda, sin agua, ni electricidad,

localizada en la cima de una colina. Edir pasó su tiempo bajando la colina para buscar agua, que luego tenía que ser llevada arriba. Pero Edir estaba orgullosa. Escribió a Fortaleza diciendo que todo estaba bien y dio como dirección de su casa, la de alguien que vivía al pie de la colina.

Después de cinco meses de estar en esta situación, Edir aceptó, a regañadientes, mudarse cerca de una tía que vivía en la Favela São João. Todo esto era difícil. Ella había tenido una vida confortable, su padre se ganaba buen salario. Tenía tiempo libre y le gustaba componer música. Su madre tenía una criada. Así que Edir no tomó con agrado el criar a sus hijos en un ambiente de peleas, suciedad y falta de higiene adecuada. Una vez más, su casa estaba en la cima de una pendiente empinada. Luiz tuvo que construir una cerca para evitar que los niños se cayeran. Edir tenía que bajar y hacer cola en el grifo público para obtener agua antes de regresar por un camino pedregoso, con una lata llena en la cabeza. Un paso en falso y ella debía comenzar de nuevo. En los días húmedos podía respirar un poco, recogiendo agua de lluvia en un recipiente fijado al borde del techo. Durante el día, lavaba ropa de las personas del "asfalto", el vecindario más próspero con calles asfaltadas. Estaba avergonzada de su situación, no hacía amistades con sus vecinos. Si alguien llamaba a la puerta, ella se escondía y fingía que no estaba allí. Luiz se adaptó mejor y se hizo muy popular en la favela. Un buen intérprete del samba, participó en todas las fiestas y festivales, pero nunca llevó a su familia con él. Después de algunos años, doce largos años, Edir se volvió cada vez más llena de amargura. Ella hablaba, sin parar, de irse a vivir a otro lado. Pero, sin dinero, ¿a dónde podrían ir? Su insistencia condujo a crecientes disputas en casa.

Mientras tanto, se desarrollaron tensiones en la favela. El propietario de la tierra en la que los habitantes de las barriadas habían construido, amenazó con el desalojo. Comenzó a llevar a cabo su amenaza, demoliendo treinta y siete casas. Los vecinos acogieron a los desamparados mientras esperaban la reconstrucción. Luiz fue uno de los que asumió la defensa de los residentes de las favelas. Después de un incidente que involucró a la policía, conoció a José de Almeida, quien le enseñó a comenzar su día con un momento de silencio, recurriendo a Dios para pedirle dirección en las decisiones que tenía que tomar.

Edir pronto notó un cambio en su esposo. Él dejó de beber. La llevaría a las festividades del distrito. Se dio cuenta de la nueva fuerza interior de su esposo. Una mañana, Luiz pensó en ver al Gobernador del Estado para pedirle ayuda. Durante la inauguración de una nueva escuela se las arregló para abrir un camino hacia él y decir algunas palabras. Logró su objetivo. Las expulsiones fueron detenidas. Pero las actividades de Luiz le ocupaban todo su tiempo a expensas del tiempo con la familia, y estaba atrapado en disputas, lo que preocupaba a su esposa. Y las dificultades diarias de la vida de las favelas continuaron.

Un día, durante la paz de la siesta de medio día, en la casa de un médico donde estaba colocando un piso de baldosas, Luiz estaba reflexionando sobre la situación de su favela. Se le ocurrió una idea: "Llame al Ministro del Interior". Pero, ¿qué posibilidades tenía de comunicarse? Sin embargo, sin posponerlo, actuó de inmediato. Para su gran sorpresa, logró contactar al Ministro quien le

dijo que fuera a verlo. Así que unos días después fue recibido junto con algunos otros de los involucrados. Luiz le contó al Ministro sobre las 560 familias en la favela, el riesgo de expulsión a la que estaban expuestas y el plan de reubicación que había elaborado. Su plan no resultó factible, pero se encontró una alternativa. Después de largas negociaciones, les ofrecieron a los habitantes de las barriadas apartamentos nuevos, a sólo unos cientos de metros de sus hogares originales.

Durante el trabajo de construcción, Luiz notó que muchos de los involucrados en la construcción no estaban calificados. Pidió a aquellos que parecían más calificados que enseñaran su oficio a los demás "mientras trabajaban", lo cual hicieron. Al descubrir lo que estaba sucediendo, el Gobernador del Estado respaldó oficialmente la práctica, otorgando a los que fueron aprobados como entrenadores una bonificación en reconocimiento de lo que estaban haciendo. Mientras tanto, mujeres de fuera de la favela fueron a enseñar a las esposas cómo cocinar con gas (no habría más fuegos de leña), y algunos otros aspectos útiles de cómo vivir en un apartamento.

Una vez que el trabajo se puso en marcha, las cosas se desarrollaron rápidamente. Desde sus precarias casas, los residentes de las favelas podían ver los nuevos edificios que se erguían. Iban a convertirse en ciudadanos reconocidos, como otros, con una dirección propia. Llegó el día en que llegaron los camiones de mudanzas para llevarlos junto con sus pertenencias al nuevo lugar, una casa tras otra. El turno de Edir llegó el 20 de mayo de 1971. Al entrar en la cocina y el baño, se detuvo frente a los grifos. Este era el final de largos años de cargar agua.

Como familia, se hicieron mucho más cercanos. Profesionalmente, Luiz aprendió a trabajar como parte de un equipo. Edir y él organizaron reuniones semanales de amigos y colegas para ayudar a resolver los problemas del área. Luego, durante el verano de 1973, fueron invitados a unirse a la delegación brasileña que se dirigía a Caux. Edir no estaba segura. Luiz estaba convencido de que deberían ir e insistió en que Edir fuera con él. La gente ayudó con las finanzas para el viaje y ellos mismos contribuyeron tanto como pudieron.

En Caux recibieron una cálida bienvenida. Una noche, cenando con una pareja joven, la otra mujer contó cómo había llegado a amar a alguien a quien odiaba. Después de la comida, Edir fue a su habitación. Ella necesitaba estar sola. Ella quería dormir, pero no pudo. Imágenes de Fortaleza volvieron a ella, y de su madre todavía viviendo allí. La última vez que se encontraron fue en Río, en la favela. Su madre había seguido comparando a Edir con sus hermanas que estaban cómodamente lejos y que vivían en casas bonitas. Edir estaba celosa de ellas. Madre e hija se pelearon y su madre se fue diciendo que nunca volvería. Edir replicó que en ese caso no querría volver a ver a su madre. Esta situación problemática había continuado durante diez años.

Edir tuvo la idea de escribirle a su madre y pedirle perdón. Lo hizo al día siguiente. Nunca esperó una respuesta, pero ésta llegó muy rápido, justo antes de que salieran de Suiza. De vuelta a casa, se la mostró a sus hijos. Ella sintió que debía ir a Fortaleza con Luiz. Su hijo se ofreció a pagar el viaje. Fue largo y

agotador, tres días y dos noches en autobús, pero Edir no se arrepintió. Seis meses después de la reconciliación, su madre murió.

Luiz y Edir habían logrado cambiar las condiciones de sus propias vidas, pero después de todo lo que habían experimentado, no podían detenerse allí. "Debemos ayudar a todos aquellos que aún viven en favelas a tener un hogar como el nuestro algún día. También debemos luchar para que el espíritu comunitario nacido en esas chozas de madera no muera dentro de los muros de concreto de nuestros nuevos apartamentos y casas ". Después de una gran persistencia, se desarrollaron conversaciones más amplias. La decisión más difícil que Luiz tuvo que tomar fue afirmar a sus compañeros su oposición a la violencia. "Siempre es el tipo más duro el que se convierte en jefe, y tenía miedo de ser visto como un cobarde", dijo. Lejos de ser un cobarde, perseveró, asumió riesgos y mantuvo la cabeza fría, se mantuvo firme en medio de las peleas entre clanes rivales y se ganó el respeto de los 'padrinos' de los barrios marginales, que no se atrevieron a atacar abiertamente a los protagonistas de las iniciativas sociales. Eso fue muy apreciado por la gente. Luiz se sintió satisfecho cuando vio decenas de miles de casas nuevas construidas para volver a albergar favelados. En la mayoría de los casos, los ocupantes tenían derecho a poseer su propiedad con un préstamo a largo plazo, con un cargo mensual de alrededor del 15% del salario mínimo. Pero cientos de miles de zonas rurales continuaron llegando a la ciudad. "La población de nuestra favela aumenta en un 10% anual", dijo un líder de la comunidad. "Este problema debe abordarse en el interior del país".

Ana y Anna - rehabilitación y nueva vida

En Río, los precarios barrios marginales, o favelas, se reconstituyen constantemente, volviéndose a llenar una y otra vez. En conjunto, albergan entre un cuarto y un tercio de la población de la ciudad. Los lugares menos saludables son a menudo los más recientes, por ejemplo, los que se encuentran debajo de las autopistas urbanas, lo que agrega la contaminación de los gases de escape a todos los demás peligros. Con los desafíos de poder realojar a las personas, se realizan esfuerzos para mejorar la situación mediante la instalación de alumbrado público, el suministro de agua de cañería y la construcción de escalones de hormigón en las laderas empinadas. El progreso depende, en parte, de los favelados y su capacidad para organizarse ellos mismos para llevar a cabo parte del trabajo, con materiales suministrados por el municipio. El espíritu creado por las asociaciones dentro de las favelas, o "comunidades", como prefieren llamarse hoy en día, es importante.

Ana Ines Sousa fue elegida presidenta y luego tesorera de la comunidad de Nova Holanda, una de las doce que conforman la zona de Maré. Esta inmensa área está rodeada de basureros infestados de ratas. Algunos de los edificios están sobre pilotes, despejándolos de tierras pantanosas recuperadas, junto al mar. Casi un cuarto de millón de personas viven en la Maré. El nombre "Nova Holanda" se refiere a los pólderes holandeses (tierras ganadas del mar).

El padre de Ana había dirigido una pequeña tienda en Serra Branca, en el estado de Paraíba. Sus clientes dejaron de venir después de un largo período de sequía

y se vio obligado a vender, mudándose a Río en 1970. Habiendo logrado adquirir una casa precaria de dos habitaciones y abrir un puesto en una habitación, envió a buscar a su esposa y cinco hijos para unirse a él, viviendo en la otra. Ana tenía ocho años. Ella tiene recuerdos horribles de este desarraigo con la incomodidad de las condiciones de vida estrechas y, lo peor de todo, el mal olor del pantano, insoportable con la marea baja.

Sus padres trabajaron muy duro para que sus hijos pudieran estudiar. Ana obtuvo sus calificaciones de enfermería y obtuvo éxito en un examen competitivo, lo que la llevó a una carrera como profesora de salud pública en la universidad. Ella se rindió casi por completo a una vida para sí, dedicando todo su tiempo libre y energía a la comunidad de Nova Holanda, donde construyó su propia casa. Cuando se estableció una asociación comunitaria por primera vez allí, los líderes responsables fueron nombrados por la administración local de la ciudad; no hicieron mucho. Las cosas mejoraron cuando los líderes fueron elegidos por el vecindario. La asociación estableció sus principales prioridades. Uno de las primeras fue hacer que las alcantarillas abiertas se canalizaran bajo tierra. Para lograr esto, la gente tuvo que llevar sus demandas hasta Brasilia, la capital federal. Crearon su propia cooperativa para organizar un suministro más barato de materiales de construcción para los residentes. Estaban decididos a encontrar la forma más justa y eficiente de utilizar las subvenciones federales, no disiparlas de manera innecesaria. Les preocupaba proporcionar una guardería para los niños pequeños mientras los padres trabajaban, y la escolarización adecuada para los mayores. A los ojos de Ana, la clave de su éxito sigue siendo la honestidad y el desinterés por parte de los responsables, así como la participación de todos los afectados en el proceso de toma de decisiones. "Esto es lo que motiva y une".

Esta fue también la conclusión de Anna Marcondes Faria, nacida y criada en un barrio pobre de Río. Después de casarse con un trabajador de la cervecería, la pareja se mudó al Parque Vila Isabel. Esto ciertamente no merecía ser llamado "Parque", el nombre derivado de un parque contiguo que había sido un zoológico. El progreso social era menos visible que en Nova Holanda: en 1996 todavía no había desagües subterráneos. Anna asumió la creación de una asociación local. Su esposo fue elegido primer presidente, por lo que no había paga. Dos veces la propia Anna tuvo que sacrificar un puesto asalariado en interés de la comunidad. Un gran problema fue la falta de una escuela en la favela. Anna comenzó una clase para enseñar a leer y escribir. Luego fue nombrada maestra oficial en una escuela establecida en un antiguo almacén. Al darse cuenta de que sus calificaciones eran inadecuadas y mientras continuaba enseñando todo el día, tomó estudios secundarios por la noche y obtuvo un diploma de enseñanza.

Luego estableció una guardería infantil y, más tarde, un centro comunitario donde los jóvenes, en lugar de andar por las calles, podían practicar deportes, aprender sobre higiene, iniciarse en la carpintería y la decoración de interiores, aprender a coser, reciclar papel, a cocinar y más recientemente, aprender a manejar computadoras. Estas dos últimas cualificaciones abrieron la mejor manera de obtener empleo en restaurantes y oficinas. Los trabajos tenían que ser encontrados rápidamente, especialmente en el último caso, ya que una vez

que se terminaba un curso, los jóvenes ya no tenían acceso a las computadoras, que necesitarían para mantener y desarrollar sus habilidades. El Banco Interamericano de Desarrollo brindó ayuda para financiar equipos, pero los costos de funcionamiento tenían que ser cubiertos. La ciudad organizó comidas para la guardería, pero Anna también quería dar algo a los niños mayores. Además de eso, cuando los políticos locales cambian de puesto, la comida de los niños y los salarios de los maestros pueden ser retenidos por un tiempo. Más de una vez, Anna se sintió tentada a renunciar a todo.

El centro comunitario abrió una tienda que vendía artículos de segunda mano y cosas hechas por los estudiantes, por imperfectos que pudieran ser. Esto no fue suficiente para garantizar la estabilidad financiera, que continuó dependiendo de las donaciones voluntarias del exterior. De vez en cuando, Anna solicitó la ayuda del equipo de personas con sede en Sitio São Luiz, pidiéndoles que recibieran grupos de jóvenes allí. También invitó a los del Sitio a participar en reuniones en la favela. Sus seis hijos la apoyaron y participaron en actividades en la comunidad. Cuando se le pregunta cómo lo maneja todo, ella responde que es apoyada por su fe cristiana. Ella es bautista. Ana Inés, una católica comprometida, dice lo mismo. Anna necesita esa fe porque, desde que llegó al Parque Vila Isabel, la población de las favelas se ha multiplicado por diez.

Las favelas continúan surgiendo en condiciones precarias, con la inseguridad física como un problema. La difícil situación de los "niños de la calle" es un problema que exige acción. Su gran número es resultado de que muchos hombres abandonan a sus esposas, dejando a las mujeres solas con numerosos descendientes. A menudo sucede que la madre abandonada reunirá a los niños y dirá: "Para que podamos sobrevivir, uno de ustedes debe hacer un sacrificio". Uno de los muchachos luego ofrece sus servicios a una banda de narcotraficantes, comenzando como una vigilancia para advertir sobre las patrullas policiales. Una vez en la red, es muy difícil salir sin correr el riesgo de consecuencias fatales. Pero los niños no son las únicas víctimas. Hay otros peligros mortales. Las guerras entre pandillas rivales y con la policía han obligado a muchos cariocas (nativos de Río) que viven en, o cerca de una favela, a mudarse, si es posible. La alternativa es vivir con parte de la casa condenada y aislada, ya que se encuentra en la línea de balas perdidas de las batallas armadas.

Mirando más allá de casa

El tamaño de los problemas no disuadió a estos pioneros. Incansable y equipado con una presentación de diapositivas en color / cinta de sonido que ilustra los eventos clave y las personalidades de la experiencia de Río, Luiz Pereira ha cruzado las fronteras para visitar las barriadas de Lima y las "invasiones" de Bogotá. Ahora jubilado, decidió ponerse a disposición para apoyar a las personas más dinámicas en localidades desfavorecidas. Los reúne para encontrarse con industriales, jefes de organizaciones de mujeres, empleados de autoridades locales y docentes. Las redes resultantes de solidaridad, amistad y ayuda mutua conducen a la acción práctica. Cuando se le pregunta qué hace particularmente, más allá de lo que hacen los que trabajan en las favelas, responde: "La mayoría trata de mejorar las condiciones materiales. Con

demasiada frecuencia, los resultados son precarios y desaparecen bajo la presión de los acontecimientos. Lo que intentamos hacer es cambiar las actitudes de las personas, especialmente aquellas en puestos de responsabilidad. Estas personas comienzan a ver cómo hacer mejoras que perdurarán”.

De hecho, entre los inicios de los años sesenta y finales del siglo XX, las actitudes cambiaron mucho. Durante mucho tiempo, las personas en otras partes de las ciudades ignoraban a las de los barrios marginales. En tiempos más recientes se ha dado mayor prioridad a estas áreas. Hay que agregar que, mientras que los líderes de las primeras asociaciones de favelas eran a menudo analfabetos, muchas de las nuevas generaciones tienen formación universitaria. A lo largo de los años, desde que Luiz y Edir se mudaron a su departamento, la ciudad de Río, ayudada por el Banco Interamericano de Desarrollo, se ha embarcado en un proceso de integración de favelas en nuevos distritos urbanos, que ya no está fuera de las normas de suministro de electricidad, agua y recogida de residuos municipales. Pero muchas más favelas permanecen en la ciudad y surgen más, sin contar las de los muchos pueblos y ciudades repartidas por todo el estado de Río.

Hubo otras iniciativas más específicas. En 1993 se estableció una gran "Empresa de Esperanza" en Río, en el terreno de una fábrica que se había incendiado. Después del desastre, uno de los dos propietarios convenció al otro para que no vendiera la tierra. Más bien, deberían ponerlo a disposición para actividades comunitarias para los 100,000 residentes de siete favelas vecinas. Una vez más, los equipos de favelados responsables se organizaron para enfrentar la corrupción y el tráfico de drogas, alertar a las autoridades municipales elegidas sobre los problemas y exponer las necesidades reales de la gente a los políticos y la administración.

Otro desarrollo asombró a los favelados. En la Compañía de Electricidad del Estado de Río, el responsable de la electrificación de los barrios marginales era escrupuloso para evitar todo favoritismo. El trabajo se realizaba sin ninguna demanda de sobornos y los habitantes se sorprendieron cuando el trabajo no se detuvo inmediatamente después de las elecciones, pues generalmente los políticos rompían las promesas que habían hecho cuando buscaban votos.

Aprendieron de los errores; como cuando un visitante en 1980 vio bloques de apartamentos nuevos pero vacíos. "No estamos acostumbrados a cocinar dentro de cuatro paredes", dijeron aquellos para quienes se habían construido los apartamentos. "Hace demasiado calor. Necesitamos un techo, pero el aire debe circular. Y no hay lugar para colgar nuestras hamacas. Nosotros no queremos camas - nuevamente estaríamos con mucho calor-. ¡Ojalá hubieran hablado con nosotros antes de hacer el trabajo!".

Durante mucho tiempo, las asociaciones de favelas sintieron la necesidad de consolidarse para fortalecer lo que hacían, proteger su forma democrática de operar y facilitar el diálogo con las autoridades públicas. Luiz Pereira encabezó un sindicato de treinta asociaciones de este tipo. En 1965, se estableció una federación en el estado de Río, en gran parte por iniciativa de José de Almeida

y apoyada por Sandra Cavalcanti. Debido a que tenían influencia y poder, las asociaciones y, más aún, las federaciones se convirtieron en objetos de envidia. Los capos de la droga y los políticos sin escrúpulos intentaron infiltrarse en ellos para sus propios fines. En un esfuerzo por liberarse de todos los vínculos políticos, las asociaciones de la ciudad de Río se unieron para formar una Federación Municipal Autónoma. Mientras conserva su independencia, la Federación podría coexistir y colaborar con las autoridades del Estado.

CAPÍTULO 10

COLOMBIA

El viaje de Howard por Sudamérica se vio interrumpido por su repentina muerte. Sin embargo, la vida tenía que continuar. A fines de marzo, en respuesta a una invitación del Ministro de Educación de Colombia, los estudiantes de Lima que habían estado con Howard en sus últimos días fueron a Bogotá, junto con otros que habían viajado por el continente.

Como había sucedido cuando los estudiantes peruanos fueron a Recife, su llegada a Bogotá coincidió con una explosión de violencia y operaciones guerrilleras, incluido el secuestro de un ex ministro. La visita podría haber sido opacada por este tumulto, sin embargo, los periódicos El Tiempo y El Espectador enfatizaron que los visitantes, que representaban un tipo alternativo de revolución, habían llegado en el momento correcto. La Televisión Nacional de Colombia canceló otros programas para darles tiempo al aire.

El grupo se fue a Medellín. Allí recibieron un mensaje del Presidente de la Compañía de Hierro y Acero - Paz del Río solicitándoles que fueran al complejo industrial principal de la compañía, en el distrito de Boyacá. Los estudiantes no habían pensado quedarse mucho tiempo lejos de casa y dejaron en claro que no responderían a una invitación que venía solo del lado de la gerencia. El Presidente respondió rápidamente a esto con una invitación firmada por tres líderes sindicales responsables. Los estudiantes aceptaron la invitación, lo que llevó a desarrollos significativos.

En la fábrica de la compañía localizada en Belencito, un jefe de departamento, formado en Francia, terminó con la explotación de sus subordinados y comenzó a tomarse la molestia de escuchar sus ideas, resultando en una mejora positiva del clima entre los trabajadores. El obispo de Duitama, lugar de otra de las plantas industriales de la compañía, dijo a los miembros de la Misión: "Están haciendo lo que nosotros en la Iglesia deberíamos estar haciendo". Los invitó a hablar en varias instituciones de enseñanza. Luego les presentó al arzobispo quien les pidió que trabajaran con sus sacerdotes.

Un hombre en Medellín cuya familia fue fuertemente afectada por la visita, fue el ingeniero Alberto del Corral. Durante un tiempo fue Director Regional del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar para Antioquia, el área que incluía a Medellín. Los asuntos del Instituto estaban en mal estado, lo que Alberto se había propuesto cambiar al establecer reglas estrictas de operación. Pero después de conocer a los estudiantes peruanos, decidió intentar dar un ejemplo, pensando que podría funcionar mejor que imponer la ley. Se suponía que el trabajo comenzaría a las 8:30 a.m. y finalizaría a las 5:00 p.m. y que los empleados almorzarían en su lugar de trabajo. En realidad, la mayoría llega a las 10.30, toman un largo descanso para almorzar y se van a las 4.45 p.m. El jefe de personal había querido instalar un reloj para el control del tiempo, pero Alberto dijo: "No, estas personas deben hacerse responsables". Luego sorprendió a todos al llegar puntualmente, comer sus sándwiches en su oficina y salir de la

oficina en el momento adecuado. Creó el hábito de dejar la puerta abierta para que cualquiera pudiera ver, en cualquier momento, lo que estaba haciendo.

Las mejoras no se hicieron esperar y los efectos llegaron hasta la oficina central en Bogotá, y aún habría más. A menudo hubo casos sociales, a veces trágicos, que llegaban al Instituto, los cuales Alberto no sabía cómo manejar. Los estudiantes peruanos y los que estaban con ellos habían ayudado a Alberto a cambiar su propia vida y se habían convertido en buenos amigos. Lo ayudaron a formar un grupo con quienes encontraría mejores formas de lidiar con los casos difíciles. Una consecuencia de esto fue que en adelante podía pedir ayuda a un centro jesuita vecino.

Algún tiempo después, Alberto del Corral se vio obligado a abandonar Colombia para ir a Florida, debido a una ola de secuestros de personas adineradas, con el objetivo de que sus familiares paguen rescate. ~~pidiendo pagar el rescate~~. Para entonces, había presentado a sus nuevos amigos a Guillermo Torres, director colombiano de un fabricante e importador multinacional de productos farmacéuticos. A esta compañía le estaba yendo tan bien que Torres había decidido reclutar a un asistente. Un día, un contacto estadounidense le envió un recorte de periódico que alegaba que los ejecutivos de su empresa estaban implicados en el contrabando y la venta de drogas anfetaminas ilegales en los Estados Unidos. Preocupado, le escribió al presidente ejecutivo estadounidense de la compañía, a quien conocía por haber trabajado en la sede. La respuesta que recibió fue una afirmación categórica de que tales prácticas eran impensables dentro de la empresa. Luego, para su estupefacción, recibió un mensaje informándole que su asistente, a quien él mismo había reclutado recientemente, estaba siendo promovido por encima de su cabeza para convertirse en su jefe. Esto le hizo detenerse y pensar, y decidió iniciar su propia investigación sobre lo que podría estar sucediendo. Descubrió que el hombre estaba involucrado en la producción ilícita de drogas. ¿Qué debía hacer? ¿Permitir que este tráfico continúe, o tratar de ponerle fin? - con todos los riesgos graves implicados en un país como Colombia-.

Después de pensarlo detenidamente y por lealtad, volvió a escribir al Director General. Temiendo que esto podría no lograr nada, también alertó a amigos bien establecidos que informaron al FBI y su contraparte colombiana, el DAS (Departamento Administrativo de Seguridad). El tráfico ilegal fue investigado y detenido. Todo esto sucedió en 1973. Por su propia seguridad, Guillermo Torres renunció a la empresa. Tuvo la suerte de ser rápidamente asumido como Jefe de Ventas en la sucursal colombiana de una empresa sueca. Al aceptar este nuevo trabajo, exigió una garantía de que nunca se le pediría que diera o tomara comisiones ilegales.

Otros tuvieron menos suerte al no escapar de los dos grandes flagelos de Colombia: la mafia del narcotráfico y los movimientos guerrilleros. José Raquel Mercado era un hombre mestizo, muy popular. Había sido un trabajador portuario, luego un trompetista profesional. Como presidente del sindicato colombiano más antiguo y más importante en ese momento, como muchos sindicalistas militantes, asistió a reuniones en Caux durante las conferencias de la OIT en Ginebra. Estas reuniones tuvieron un profundo efecto en él, el cual no

ocultó. Quería compartir con sus camaradas de los muelles lo que había encontrado. Mostró la película realizada por los trabajadores portuarios de Río en los puertos de Cartagena y Barranquilla. Sin embargo, un día fue secuestrado por guerrilleros del infame movimiento insurreccional M19. Fue retenido por ellos durante varios meses, tiempo durante el cual sus carceleros lo obligaron a escribir cartas al gobierno exigiendo concesiones para los trabajadores. Cuando el Presidente rechazó toda negociación, Mercado fue ejecutado bajo el pretexto de que había traicionado los intereses de los trabajadores. En 1977, su cuerpo fue encontrado abandonado en el parque nacional, en el centro de Bogotá.

Los caminos de la renovación no son, felizmente, siempre tan dramáticos. En 1965, entre las proyecciones de la película "Hombres de Brasil" en las fábricas de Paz del Río, la película se proyectó para una clase en una escuela superior para niñas. A pesar de un pobre suministro de energía y un apagón dudoso, varias de las alumnas quedaron fascinadas e insistieron en volver a verla, esta vez en la casa de una pareja holandesa, Peter y Digna Hintzen, quienes se la mostraron. Dos de ellas fueron invitadas a acompañar a Peter y Digna a una reunión internacional de Rearmamento Moral en los Estados Unidos. Una de las dos, Patricia Samper, aceptó ir. Algunos años después puso a los Hintzens en contacto con un sacerdote ciego, el Padre Miguel Triana, iniciador de ACMI (Acción Católica de Independientes), cuyo objetivo era ayudar a aquellos de la clase dominante a vivir un cristianismo diario. Él, a su vez, invitó a los Hintzen a hablar en una de sus reuniones para parejas casadas. "Mi problema", les dijo, "es que sólo las mujeres vienen a mis reuniones. Necesitamos tener a los hombres. Ustedes no sólo hablan de Dios; también hablan del mundo. Eso hará que los hombres vengan ". Y lo hicieron.

La otra colegiala, que había rechazado la invitación a América, era Blanca Torres. Sintió que no sería honesto ir con una actitud superficial, donde podría encontrarse con compromisos más allá de lo que sentía que podía asumir. Mucho tiempo después, ahora casada, como Blanca Torres de Aparicio, ella fue a Holanda con su esposo, transferido allí por la compañía naviera para la que trabajaba. Volvió a encontrarse con los Hintzen y decidió vivir una vida dirigida por el silencio diario de la mañana. Un día ella les dijo: "Conozco una familia en Colombia que podría hacer el tipo de trabajo que ustedes hacen: Marta y Alfonso". Ella nunca mencionó su apellido.

De regreso en Bogotá, visitó a Alfonso y Marta Rueda y, sin mucha explicación, les contó lo que había pensado. Ellos eran católicos comprometidos, ambos trabajaban, él como cardiólogo y ella como maestra y tenían nueve hijos. Al principio no respondieron. Cuando se dieron cuenta de que Marta estaba pidiendo un compromiso con Dios y no con una organización, decidieron intentarlo. Enviaron invitaciones para una reunión en un centro de retiro perteneciente a un movimiento francés, situado en un maravilloso entorno, en Zipaquirá, a cuarenta kilómetros de Bogotá. Tuvieron pocas respuestas. Al año siguiente lo intentaron nuevamente, esta vez con más éxito. Estas reuniones continuaron durante diez años. La fiel asistencia del Padre Triana fue de gran ayuda para ellos. Posteriormente siguieron estas reuniones en la ciudad, o en los suburbios vecinos, donde era más fácilmente accesible para otros.

Una de las primeras personas afectadas por estas reuniones fue la misma Marta. “El cambio comenzó para mí cuando me puse de rodillas y le dije a Dios: ‘Aquí estoy; Quiero hacer Tu voluntad’. Fumadora empedernida, no tenía intención de dejar de fumar. Pero luego pensó en su hijo mayor, de buen corazón pero cínico y agnóstico. Si él pudiera verla abandonar el hábito que la estaba dominando, estaría claro que solo una fuerza superior podría haberla liberado. También descubrió que ahora estaba logrando resolver los problemas que había tenido durante mucho tiempo sobre cómo organizar su tiempo. Anteriormente estaba dividida entre las necesidades de sus hijos, su trabajo como maestra y sus estudios. Ahora estaba encontrando el tiempo extra para asumir las necesidades de los habitantes de barrios marginales. Ella y su esposo se enteraron de un barrio marginal de Bogotá que lleva el nombre de Juan Pablo II, donde varios niños perecieron en un incendio que destruyó sus chozas. Sus madres los habían dejado atados a las patas de la mesa cuando se habían ido a trabajar. Marta y su esposo se involucraron. Su iniciativa permitió establecer un centro social y una guardería.

En 1984, una señora asistió a la segunda de las reuniones en Zipaquirá. Ella había trabajado en la oficina del Presidente de la República como Directora General para la Integración de la clase trabajadora, lidiando con los problemas de los barrios marginales en las veinticinco principales ciudades del condado. Doctora en Derecho, magistrada y abogada calificada, había estado muy involucrada en asuntos comunitarios y sociales y más tarde en política como miembro del Parlamento. Después de dos años, Heyde Maria Durán de López había renunciado a la política, agotada y decepcionada por no recibir más apoyo en sus esfuerzos. Regresó a sus estudios como abogada.

A la edad de dieciocho años, siguiendo una estricta crianza y educación, elementos comunes, en ese momento, para aquellos de su origen, se había casado con un médico diez años mayor que ella. Él ya había tenido muchas vivencias y el matrimonio fue terrible. Después de siete rupturas y reconciliaciones sucesivas, dejó a su esposo y se dedicó a criar a su hijo y sus dos hijas sola. Los niños habían sufrido mucho debido a las tumultuosas batallas familiares.

Un día, llevando a su hijo a visitar a su maestro de alemán, Heyde Durán escuchó lo que Alfonso y Marta Rueda estaban haciendo, y se puso en contacto con ellos. Poco después, la invitaron al evento en Zipaquirá. Mientras escuchaba al Padre Triana, toda su repugnancia contra una Iglesia que condenaba el divorcio y prohibía el nuevo matrimonio brotó en ella. Habló sobre esto al sacerdote que estaba a cargo del Centro Zipaquirá. Después de una larga conversación con él, regresó a casa más tranquila. ¿No era ella la principal responsable de sus errores? Reconciliada con su Iglesia, decidió que también debería reconciliarse con sus adversarios políticos. “Alimenté mi amargura como cuando uno da agua a una planta, día tras día. Paré de hacerlo y la amargura se desvaneció. Luego se dijo a sí misma que debería hacer lo mismo con su ex esposo, ahora casado nuevamente. Esto le parecía el obstáculo más difícil. Sin embargo, un poco más tarde, cuando él fue a Bogotá para ver a una de sus hijas, se sorprendió al darse cuenta, al abrirle la puerta, que su resentimiento había desaparecido y que podía hablar nuevamente con él sobre el futuro de los niños.

Un estímulo que agregó nuevas dimensiones a las actividades de Heyde Durán, fue una visita a Brasil y al *Sítio* en Petrópolis. Tras un cambio en la Constitución colombiana, la Iglesia Católica había perdido su monopolio sobre la educación religiosa y moral. Esto se volvió opcional y se temía que para ahorrar dinero podría desaparecer de muchos establecimientos educativos. Un equipo de personas se reunió alrededor de Heyde y Marta Rueda. En cooperación con otros grupos, trataron de evitar que esto sucediera, promoviendo el desarrollo de fuerzas morales y espirituales de base. En el plano político, hicieron campaña para que la educación moral se inscribiera en la Constitución del país como un objetivo de la educación pública. También se estaban involucrando con otras organizaciones no gubernamentales que promueven la paz en un país donde el nivel de violencia excedió todos los registros, particularmente a través de una asociación de mujeres por la paz (CREAPAZ) y una red de paz (Red de Paz).

Heyde Duran era de Palmira, un pueblo de unos 300,000 habitantes. Ella fue a ver al alcalde de la ciudad y le contó su experiencia y su deseo de crear un mundo libre de odio, envidia y corrupción. Él y sus colegas le dieron una cálida bienvenida y, como resultado, se organizaron reuniones patrocinadas por el municipio en 1994 y 1995 en el espléndido centro de ocio "Parque de Azúcar". Entre los participantes se encontraban estudiantes involucrados en trabajo social. También cerca de Palmira, en el valle del Cauca, se encuentra la segunda ciudad de Colombia, Cali, un centro de drogas ilícitas. Aquí, en 1995, un comité local emprendió una iniciativa similar apoyada por el gobernador regional y el alcalde. Se reunieron, mes a mes, para explorar formas de dar respuestas a las tensiones urbanas y la juventud criminal.

En esa región había unos cuarenta "Parques" (centros de ocio), lugares de relajación con instalaciones para actividades culturales, deportivas y familiares. Los gerentes de estos centros se interesaron e inspiraron por lo que se estaba desarrollando, quizás algo pequeño en el contexto de la propagación de cocaína y otros narcóticos y los esfuerzos ya realizados por las autoridades públicas. Siempre en el fondo estaba la crítica de los norteamericanos con sus demandas de una represión más radical.

¿Qué puede hacer alguien, de valor duradero, ante la violencia y la corrupción? La esperanza llega cuando hombres y mujeres dan un paso adelante hacia la limpieza de su país, como su prioridad absoluta, decididos a no ser absorbidos por el sistema.

Al igual que con los trabajadores portuarios de Río y los estudiantes de San Marcos, Heyde Durán no estaba limitada por las fronteras nacionales. Durante un congreso para mujeres hispanoamericanas en España, en octubre de 1994, conoció a dos paraguayas y las llevó a una reunión en el *Sítio* en Petrópolis. Volvieron entusiasmadas e invitaron a otras mujeres que habían conocido en el congreso para compartir sus convicciones en un evento en Paraguay. Esto sucedió en el Día Mundial de la Mujer de 1995, en Ciudad del Este, y volvieron al año siguiente a Asunción. En ese país, uno de los más "machos" de la cultura latina, fueron las mujeres quienes dieron testimonio de un nuevo espíritu a través de reuniones públicas, Rotary Clubes y en la televisión.

CAPÍTULO 11

EL ARZOBISPO DE SALVADOR DE BAHIA

En julio de 1962, el Gobernador del Estado de Bahía dio una real bienvenida a la misión que acompañaba a "El Cóndor". Esto no pasó por casualidad. Durante la primera semana de julio de cada año, el Estado conmemora su liberación, en 1823; consecuencia directa de la destrucción de una flota imperial portuguesa frente a la costa de Salvador, por parte del almirante británico Lord Thomas Cochrane. Así se terminó el último foco de la resistencia portuguesa y se completó la independencia de Brasil, que había sido declarada en septiembre anterior. Lord Cochrane se hizo conocido como Libertador de Brasil, ya que había participado en la liberación de Argentina, Chile y Perú. No es sorprendente que su prestigio repercutiera en los miembros de su familia, que luego visitaron Sudamérica, lo cual pasó cuando su tatarabuela Suzanne y su esposo David Howell, ambos escoceses, visitaron Salvador de Bahía con la misión en 1962.

En 1973, los Howell recibieron una invitación especial del Gobernador para las celebraciones del 150 aniversario de la independencia del Estado de Bahía. Leonardo Lima, uno de los iniciadores de los cambios que habían tenido lugar en el Puerto de Río (ver Capítulo 3) era nativo de Bahía y conocía a los Howell. Él hizo saber a sus amigos en Bahía de su visita y le pidieron a uno de sus parientes, Antônio Rodrigues, que los cuidara.

A los cuarenta años, la vida de Rodrigues había sido caótica. Un mes después de su nacimiento, su padre murió de tuberculosis. Algunos meses después su madre contrajo la enfermedad y el niño tuvo que ser separado de ella, pero los abuelos se negaron a cuidarlo por temor al contagio. Finalmente fue acogido por una mujer de medios muy limitados, mientras que su hermana mayor fue enviada a otra familia. A los catorce años trabajaba para un periódico y se mudó a Río. Cuando tenía diecisiete años, un capitán de la marina mercante le ofreció un trabajo en su barco, que Antonio aceptó. Durante tres años viajó por el mundo. Recuerda que una vez fue expulsado, debido a su color de piel, de un café en Sudáfrica. A su regreso, un amigo lo involucró en campañas electorales y Rodrigues quedó fascinado por la política. Pero la toma del poder por parte de los militares en 1964 puso fin a las elecciones. Rodrigues regresó a Salvador y comenzó a trabajar como contable, llevando las cuentas de un negocio. En 1969 se casó y tuvo una hija. Dos años después, el glaucoma lo obligó a retirarse con una mínima pensión por invalidez.

Rodrigues se sintió aislado del mundo, sin esperanza, agraviado, inactivo y sin valor. Se hundió en la amargura. Incapaz de establecerse, pasaría días y noches en bares. Cuando nació su segunda hija, la vida familiar estaba en completo caos. Su suegro, en cuya casa vivían, se convirtió en su enemigo jurado.

Sin ocupación, a veces pasaba tiempo con Leonardo Lima, cuando este último estaba de vacaciones en casa en Salvador. Era vagamente consciente de la forma de vida cambiada de Leonardo, pero, cuando Leonardo regresó a Río, Rodrigues volvió a su estilo decadente. Sin embargo, estaba listo para actuar como guía y escolta de los dos visitantes escoceses, pero se molestó al descubrir

que aunque venían de la cuna del whisky, nunca bebían una gota. Se contuvo mientras esperaba su partida, para poder retomar sus hábitos. Finalmente, diciendo "adiós" en el aeropuerto, David Howell, quien había adivinado su debilidad, simplemente le dijo: "Antônio, cuídate". Rodrigues se sintió apuñalado en el corazón. De repente comenzó a ver el daño causado por su forma de vida. Cambió radicalmente y se convirtió en un milagro viviente.

Esto dio paso a una ola de reconciliaciones. El primer paso fue restablecer la unidad en el hogar y pedirle ayuda a su esposa para cumplir con su nueva decisión. Luego fue a buscar a un sacerdote, Gaspar Sadoc, a quien había odiado. Sadoc, como Rodrigues, era de piel oscura y Rodrigues lo consideraba un traidor a la causa negra por haberse integrado en un clero dominado, en gran medida, por los blancos. Los dos hombres comenzaron a trabajar juntos en diferentes grupos y parroquias. Al año siguiente, los Howell regresaron acompañados de otros de Gran Bretaña, entre ellos un estibador que contó cómo había hecho las paces con su suegro. Al escuchar esto, el orgullo de Rodrigues fue impactado. Al principio se resistió a lo que pasó por su mente al darse cuenta de lo que debía hacer. La disculpa, que finalmente pidió a su suegro, no obtuvo una respuesta inmediata, pero al final los dos hombres se hicieron amigos cercanos.

Luego fue el turno de su hermana Jandira y su esposo. Rodrigues se había enfrentado con el esposo cuando compartía su casa, y no sin una buena razón. Rodrigues había tenido la costumbre, cuando le faltaba efectivo, de tomarlo sin preguntar. Desde entonces los dos hombres no se hablaban. Fue a buscar a su cuñado para disculparse y pedir perdón. Luego llevó a Jandira a ver a sus abuelos paternos, los que antes se habían negado a recibirlos. Jandira había roto por completo con ellos hasta el punto, contrario a la costumbre local, de renunciar a su apellido de soltera cuando se casó, y luego esconder de sus hijos sus orígenes familiares. Corrió a los brazos de su abuela, ahora una señora de noventa y dos años.

Gaspar Sadoc quería poner en contacto a Rodrigues con el padre Osmar Valeriano Ribeiro, decano de la catedral de Salvador. La catedral estaba en el corazón de la ciudad, conocida por ser un área particularmente de mala reputación. El padre Ribeiro estuvo involucrado en un importante trabajo evangélico entre los rechazados por la sociedad: bandidos armados, prostitutas, homosexuales. Muchos pensaron que se había involucrado demasiado, y sus críticos no quedaron impresionados cuando, en una Navidad, organizó un cuadro vivo que incluía a mujeres en proceso de rehabilitación, y en el papel de María, Madre de Cristo, interpretado por una ex prostituta.

Desde el comienzo de su ministerio religioso, el padre Ribeiro había estado involucrado con niños de la calle, abandonados y largados para valerse por sí mismos. Los repetidos intentos por establecer comedores donde pudieran tener comidas regulares eran obstaculizados por rebeldía y vandalismo. Rompían cosas, rompieron ventanas y muebles. A principios de la década de 1980, ayudado por un sacerdote italiano, Ribeiro tuvo otra visión con un plan para integrar a los niños en la educación o procesos de aprendizaje y, si fuera posible, para que regresaran a sus familias. El proyecto "Axé", como se le conocía,

significa energía, pero también es una palabra de saludo. Después de seis años, el proyecto había abarcado a 3.000 niños, de los cuales más de una cuarta parte habían encontrado trabajo. Se convirtió en un plan para muchos proyectos similares en toda América Latina. Sin embargo, también hay que decir que muchos de estos proyectos son una ficción, establecida y luego utilizada para corromper la generosidad de los donantes con fines egoístas.

Además de este trabajo social, el padre Ribeiro tenía muchas otras responsabilidades. Fue responsable del cuidado y mantenimiento de una rica herencia de monumentos históricos. Supervisó una transmisión religiosa semanal que le trajo una gran bolsa de correos. Trabajó con muchas asociaciones y grupos, e invitó a Antônio Rodrigues a hablar con ellos y mostrarles películas del Rearmamento Moral. Y, lo más importante, trabajó con el arzobispo de Salvador de Bahía, el cardenal Avelar Brandão Vilela, Primado de Brasil y presidente de la Conferencia Episcopal de América Latina.

Algún tiempo antes, cuando el cardenal todavía era obispo, había recibido a Luis Puig y Daniel Veras, quienes querían informarle que estaban planificando una reunión pública en una ciudad de su diócesis. Los dos visitantes le contaron cómo habían cambiado sus propias vidas y cómo se habían dedicado a llevar este cambio a los demás. El obispo, que ese mismo día participaba en una reunión episcopal, les pidió a los dos colegas que se unieran a él e hizo que los visitantes repitieran todo lo que le habían dicho. También pidió cualquier documentación que pudieran darle. Dándoles las gracias por venir, les pidió que lo volvieran a ver cada vez que regresaran a su diócesis. Sin embargo, fue nombrado Arzobispo y se perdió el contacto.

En 1978, el padre Oscar Ribeiro le pidió a Leonardo Lima y Antônio Rodrigues que mostraran la película "Hombres de Brasil" en un retiro para varias personas de la iglesia. Algunos meses después, al enterarse de que estaban planificando organizar una serie de eventos en Salvador de Bahía, el cardenal Vilela se ofreció a hablar en la reunión de apertura. También le pidió al padre Ribeiro que alquilara el teatro más grande de la ciudad para el evento de clausura donde, el 11 de marzo de 1979, frente a 700 personas, celebró un servicio ecuménico, invitando al ministro presbiteriano a participar en la dirección.

Entre los organizadores de esos días estaba una joven filipina, Alice Cardel. Ella había venido a trabajar con el equipo de *Sítio São Luiz*, Petrópolis. A su llegada a Salvador, fue a presentar sus respetos al Cardenal que la recibió calurosamente, presentándola a quienes lo rodeaban y pidiéndole que se considerara "como su hija".

Todavía estaba en Salvador cuando los maestros de la Universidad Católica, apoyados por los estudiantes, se declararon en huelga debido a un desacuerdo con el Rector. Alice tuvo la sensación de que debería tratar de intervenir. Ella pidió ver al Cardenal, pero su secretaría la bloqueó. "Dile que es su hija y que sólo quiero un minuto". Se le permitió verlo.

"Las discusiones van a ser difíciles", dijo el Cardenal. "Todo lo que puedes hacer es rezar por nosotros".

"Sí, siento que Dios me está pidiendo que haga algo por la Universidad, ¿me dará su bendición?"

"La situación es delicada. Pero bendeciré cualquier iniciativa que Dios quiera".

"Gracias. Eso es todo. Prometí tomarme sólo un minuto", concluyó Alice.

Alice y sus amigos comenzaron a conocer estudiantes y maestros. Estos últimos se quejaron de que el Rector rechazó todas sus sugerencias. Luego, Alice pensó: "Invita al Rector a una comida filipina". La única forma de conocerlo era ir a una misa católica que él celebró en un hospital a las 5.00 de la mañana. El Rector se sorprendió al ver a un grupo desconocido, que incluía a varios extranjeros, que participaban en el servicio a una hora tan temprana. Estaba aún más asombrado de que un grupo de personas a las que no conocía se preocuparan lo suficiente como para invitarlo a una comida en un momento en que estaba siendo tan fuertemente atacado y criticado. Al final aceptó y se fijó una fecha. El día marcado llegó y, a última hora de la tarde, el Rector estaba en una reunión con el Cardenal. "Me tengo que ir pronto", dijo, "a una cena filipina". "¡Anda, anda! No te detendré".

Alice había invitado a varios maestros y estudiantes a unirse a ella con el Rector, sin decirle a nadie quién estaría allí. Durante la cena, la conversación tocó temas candentes, y cada uno pudo expresar su punto de vista. La cortesía impuesta por una invitación tan amistosa evitó que las cosas se convirtieran en una confrontación brutal. Después de la cena, Alice mostró la película contando la historia de los estibadores de Río. Luego, los invitados se fueron.

Dos días después, la prensa anunció el fin del conflicto. ¿Qué ha pasado? ¿La cena logró algo? Todo lo que se sabe es que al día siguiente el Cardenal, que había sido presidente de las negociaciones, comentó sobre un cambio de atmósfera alrededor de la mesa y una actitud más abierta, especialmente por parte del Rector. Cuando Alice volvió a ver al sacerdote, lo encontró rodeado de periodistas. Él la presentó a ellos, dándole el crédito por un resultado exitoso. Luego, los periodistas le ofrecieron a Alice y a sus amigos una transmisión de radio de dos horas que incluía preguntas telefónicas de los oyentes. ¡no era algo cotidiano para la radio local tener un grupo de visitantes extranjeros que hablaban portugués, con cosas interesantes que decir!

Alice regresó varias veces a Salvador y recurrió al Cardenal / Arzobispo. Se quedó con una amiga cuya hermana dirigía una casa correccional para jóvenes delincuentes. Fue una tarea agotadora, tratar con niñas en permanente rebelión. El cardenal estaba al tanto de la situación. ¿Se podría corregir? Alice, que había venido esta vez con una compañera japonesa, pensó que debería intentarlo, pero la primera visita salió mal. Treinta y ocho chicas encerradas detrás de una barrera saludaron a las visitantes con un aluvión de silbidos. Una de ellas en particular, Jaciara, era la cabecilla. Ella había matado al marido con el que se había visto obligada a casarse, había tomado drogas y para obtener dinero había recurrido a los atracos armados. Inesperadamente, manifestó: "Quiero que estas personas regresen". Alice dijo: "¿Por qué alguien querría volver si vas a causar tal alboroto?" Jaciara impuso su autoridad: un silbato fue suficiente para callar a todas.

Siguieron media docena de visitas, y Jaciara comenzó a usar su tiempo de detención para mirarse a sí misma y escuchar su voz interior. Otras prisioneras intentaron robar comida. Jaciara atrapó a una e iba a ponerle las manos encima, pero se detuvo. ¿Ella misma no traficaba marihuana? Al día siguiente, le confesó esto a la directora de la prisión. Un día, invitó a Alice a su celda. En el pasillo, Alice pensó de repente: me va a tomar como rehén. Se detuvo, admitió que tenía miedo y dijo por qué. "¿Cómo sabías que estaba pensando eso?" respondió Jaciara. Le mostró a Alice un pequeño cuadrado limpio en la pared de su celda donde, hasta entonces, había guardado el retrato de un bandido que era su héroe. Este espacio vacío era ahora un recordatorio de que quería seguir a un maestro diferente.

Las detenidas pudieron negociar una mejor comida. Una de las amigas de Alice en Salvador invitó a tres de ellas a su casa para conocer a otras mujeres. Vinieron vestidas de civil acompañadas por un guardia. Luego, Jaciara fue puesta en libertad condicional. Pudo alquilar un lugar donde dio la bienvenida a otras detenidas cuando fueron puestas en libertad.

Después de lo que sucedió en esa correccional, Alice recibió solicitudes de otras cárceles, pero no dieron resultado. La conclusión de Alice fue que estas solicitudes posteriores no fueron guiadas por Dios en la forma en que ella sentía que la primera había sido.

Cuando el arzobispo murió, fue reemplazado por Dom Lucas Moreira Neves. A su vez, pronto fue nominado cardenal. El padre Osmar Ribeiro y Antônio Rodrigues querían contarle sobre todas las actividades que su predecesor había apoyado tan generosamente. Sugirieron que un pequeño grupo podría venir y hablar con él. Sin embargo, pidió que fuera solo una persona. Recibió a Luis Puig junto con el padre Ribeiro. El cardenal le preguntó a Puig sobre su propia vida y lo que lo había atraído a este movimiento. La entrevista duró más allá del tiempo asignado, terminando de manera más positiva. El cardenal dijo: "No puedo hacer menos que mi predecesor. Las puertas del Arzobispado están siempre abiertas para ti". Y al padre Ribeiro: "Cuando estas personas vengan a Salvador, deben venir a verme. Cuento contigo". Más tarde, Dom Lucas se convirtió en Presidente de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil. Cumplió su palabra cuando se lanzó una campaña para elecciones limpias en todo el país. El padre Ribeiro tomó parte activa, con el apoyo de la estación de radio católica local.

CAPITULO 12

VENEDORES AMBULANTES Y CONDUCTORES DE TAXI DE RÍO

Habían pasado quince años desde la gran huelga de trabajadores de tranvías de Río, dirigida por José Veras. Las líneas de tranvía habían sido reemplazadas por autobuses, excepto por una ruta, ahora una atracción turística. En 1970, José estaba trabajando en la estación de autobuses de *Nova Iguaçu*, en un suburbio de la ciudad. Mientras tanto, Antônio Falcão, su salud afectada por todas sus luchas, se había establecido en Río con su esposa e hijos. A menudo visitaba a José en su terminal periférica situada en una zona afectada por el desempleo, muchos de sus habitantes desarraigados sin cualificaciones, que intentaban ganarse la vida como pequeños comerciantes callejeros. Los dos hombres notaron a uno de los comerciantes, Everardo, quien parecía ser uno de sus portavoces. Ambos se aproximaron a él y descubrieron cómo vivía. Llegaron a comprender su pobreza cuando visitaron la cabaña en la que estaban abarrotados sus ocho hijos. La lamentable cantidad de dinero que Everardo hizo se evaporó en el humo del cigarrillo, la bebida y la popular lotería llamada "jogo do bicho", donde cada número está vinculado al nombre de un animal en el que los jugadores pueden apostar.

José invitó a su nuevo amigo a su casa y le contó simplemente todo lo que le había sucedido a su familia desde que visitó Suiza. Poco a poco, Everardo se fue abriendo. Un día permitió que lo llevaran al *Sítio São Luiz*, donde tomó la decisión de dejar de beber y apostar. Hubo un efecto inmediato en el nivel de vida de la familia. Pronto, cuando venía a conversar con Antonio o José, traía amigos. Brasil estaba entonces bajo un régimen militar. Cualquier reunión se percibía como el comienzo de un complot, por lo que para encontrarse tenían que buscar un lugar más discreto que la vía pública. Había un salón de la iglesia en el vecindario, y el sacerdote se unió a las reuniones. Cuando Everardo habló de las decisiones que había tomado en el *Sítio*, sus amigos se divirtieron al ver al sacerdote avergonzado por su cigarrillo. Un día la policía irrumpió. Desconfiaban de lo que estaba sucediendo allí. Todos los participantes debían presentarse en la estación de policía. Por casualidad, un general del ejército estaba con el grupo ese día. ¡Su presencia resolvió la situación!

Además de los cambios personales en la vida de las personas, estas reuniones llevaron a decisiones colectivas; por ejemplo, los comerciantes se juntaron para realizar la compra de bienes que luego venderían. Luego reemplazaron las bolsas, para transportar mercancías, por pequeños carros, y sus productos se exhibieron de mejor forma. Sus ingresos se vieron afectados en forma correspondiente a estas medidas.

A mediados de la década de 1970, este espíritu contagioso se había extendido a los taxistas, en ese momento muy descontentos con su suerte. Todas las mañanas se veían obligados a pagar, al propietario de su vehículo, una suma global, independientemente de la cantidad de clientes que pudieran transportar durante el día. A menudo llegaba la noche sin que se ganara esa suma, y tenían que entregar su vehículo. A pesar de sus habilidades, abriéndose paso a través del denso tráfico y obstáculos, eran un peligro público, agotados después de

largas horas de trabajo. Tampoco sus clientes estaban contentos. No era inusual que se rechazara un viaje – por ser demasiado corto y no habría ganancias- o un conductor podría alargar un viaje deliberadamente cuando parecía claro que el pasajero no estaba familiarizado con la ciudad.

Presionado por uno de ellos, Ney Vargas de Oliveira, una treintena de conductores decidieron establecer una cooperativa y elaborar las reglamentaciones ellos mismos. Solicitaron asesoramiento a Herondines Saraiva de Carvalho, Presidente del Sindicato de Ebanistas del Estado de Río y experto en la constitución de las cooperativas. Herondines había sido influenciado por José Veras y Luiz Pereira. El año anterior, había organizado un seminario sindical para difundir el espíritu que le habían dado sus dos amigos. “Su proyecto no se ajusta a las regulaciones”, dijo a los taxistas, “y ustedes conocen la reputación de las cooperativas en nuestro país: un nido de corrupción. Harían bien en adoptar una fuerte política ética”. Impactado por la sinceridad de sus interrogadores, no sólo en su deseo de escapar de la explotación a la que estaban sujetos, sino también en su deseo de establecer un negocio que pudiera actuar como modelo, acordó, sin cargo, revisar sus estatutos e introducir algunos principios rectores. Una vez que los conductores recibieron los estatutos enmendados, pidieron a Herondines que organizara una reunión mensual de capacitación para los miembros de la nueva cooperativa. Los que se perdieran la reunión tres meses seguidos serían retirados de la cooperativa. Para obtener el beneficio de la ayuda financiera del Banco Cooperativo de Crédito, tuvieron que depositar sus estatutos ante el INCRA (Instituto Nacional de Colonización y de la Reforma Agraria). Cuando el representante de este organismo vio las condiciones a las que los conductores estaban listos para someterse, se entusiasmó.

La "Cooperativa de taxis Só" finalmente acobijó a cuatrocientos conductores. Cada uno de ellos tuvo que pagar 400 cruzeiros iniciales y un porcentaje mensual de sus ganancias. Los taxis eran propiedad de la cooperativa y se renovaban cada dos años. Las reuniones mensuales, fijadas un sábado, para permitir el ingreso de las familias, se llevaron a cabo en la oficina del Sindicato Local de Ebanistas. La sala siempre estaba llena.

A pesar de su prometedor comienzo, Só-Taxi no duró debido a errores en la gestión y debilidades en algunos de los responsables. Una segunda empresa también fracasó después de que los políticos intentaron explotarla para sus propios fines. Pero una tercera tuvo éxito.

Esto se debió a un hombre, Americo Martorelli, un conductor que había estado involucrado en los intentos anteriores. En una de las reuniones de capacitación para un intento previo, se invitó a algunos hombres del *Sítio* en Petrópolis, entre ellos Luis Puig. Él observó a Martorelli, que era bastante aburrido y sin espíritu, también reconociendo su acento. En la parada de autobús, después de la reunión, se acercó a Martorelli, hablando en italiano.

"¡Ja, hablas mi idioma!" respondió Americo.

"Y tú, ¿de dónde vienes?"

"De Belvedere Marina, un pequeño pueblo en el Adriático". "He estado ahí".

"¡No, no puede ser verdad!"

Puig describió el lugar con su iglesia, luego le preguntó a Martorelli cómo había llegado a Brasil. Americo le contó la historia de su vida, mientras pasaba un autobús tras otro. Cómodamente posicionado, había manejado mal sus asuntos, las cosas fueron cuesta abajo y perdió todo. Comenzó a beber y jugar y su vida se desintegró. Hizo infeliz a su esposa, una compañera italiana a la que había conocido en Brasil y amado profundamente. Sus cuatro hijos sufrieron su brutalidad.

"¿Qué puedes pensar de mí después de todo lo que te he dicho?" Americo le preguntó a Puig. "Que Dios tiene un plan para ti", fue la respuesta.

Americo tenía los ojos muy abiertos y asombrado, y los dos hombres se despidieron.

Al llegar esa noche a casa, Americo despertó a su esposa, Carmela: "¡Sabes, tu esposo es un hombre diferente ahora!"

"Estás borracho".

"¡No, he encontrado una nueva vida!"

"¿Quieres decirme que has encontrado un nuevo trabajo y que no tendrás que conducir esos malditos taxis?"

"No, no. ¡Dios tiene un plan para mí y quiero cambiar mi vida!"

Poco a poco este cambio se hizo notable. Americo anunció que dejaría de beber, una promesa que no era nueva y dejó a Carmela escéptica. Pero esta vez mantuvo su palabra. Fumador empedernido, también dejó el tabaco de manera igualmente repentina y duradera. Pero esto no puso fin a sus disputas, y la vida no se volvió diferente de la forma en que Carmela había esperado al principio. "Yo también necesito ser diferente de alguna manera", pensó para sí misma. Sentados uno al lado del otro en una playa de Río, encontraron el coraje de decirse la verdad sobre sus vidas y sentimientos. "No fue fácil", recuerda Carmela. "Luego nos quedamos en silencio durante casi media hora. Luego me llevó al cine. No habíamos salido juntos por años".

Después del fracaso de las cooperativas anteriores, Americo Martorelli se negó a dejarlo así. Tomando sus estatutos originales como inspiración, él, a su vez, estableció una cooperativa basada en estándares morales absolutos (Cooperativa de Trabalho em Taxi e Transportes com Padrões Absolutos/Cooperativa de Trabajo en Taxi y Transportes con Estándares Absolutos). La limpieza, la precisión y un precio justo fueron algunas de las reglas que adoptaron los miembros. Los conductores fueron puestos bajo la vigilancia de sus compañeros, representados en un comité de ética y disciplina. Un cliente descontento podría presentar una queja ante el consejo que estaba facultado para dar una advertencia, una suspensión o incluso la expulsión. Los conductores sabían que su imagen era tan mala en ese momento que las personas, especialmente las mujeres, temían tomar un taxi. Se dieron cuenta de que su sustento solo podía mejorar si prestaban un mejor servicio a su clientela. Al mismo tiempo, mejorarían la imagen de su país con los extranjeros que llegaban a Río, para quienes un taxi era a menudo su primer contacto con Brasil.

¿Aquellos que teorizan sobre la ayuda a los países en desarrollo o que patrocinan fondos para promover el turismo, se dan cuenta de que la responsabilidad de la población local es un ingrediente clave del desarrollo? Americo relata cómo, cuando hubo una huelga de autobús, la mayoría de los taxis buscaron aprovechar la situación, exigiendo tarifas infladas. "Cuando, en esta situación, me preguntaron el costo de un viaje, mi respuesta fue siempre: "Lo que esté registrado en el medidor", y no me podían creer. Incluso Carmela me preguntó, cuándo traje a casa las recaudaciones habituales del día, si no había un poco más. Le recordé que habíamos decidido trabajar con absoluta honestidad, y se disculpó por su pregunta".

El INCRA otorgó un permiso a una nueva cooperativa de taxis, Coopataxi. Esto debía comenzar con la cooperativa de consumidores, que ofrecía a los conductores la oportunidad de comprar sus vehículos, comprar combustible y pagar reparaciones a precios especiales, también para comprar un seguro confiable. Poco después se extendió a una cooperativa de trabajadores. Mal preparados, este cambio tuvo el efecto de poner a las dos cooperativas en competencia entre sí, lo que condujo a una grave crisis. Los directores se vieron obligados a renunciar y luego fueron reelegidos, solo para ser apartados nuevamente, entre ellos el propio Martorelli. Fue solo a través de su constancia que rencores se dejaron de lado y se restableció la paz.

La resolución de la crisis dio un nuevo impulso a las dos cooperativas. A partir de ahora estaban equipados con un sistema de llamada por radio, una mejora alcanzada sin tener que recurrir a sobornos; esto gracias a la intervención de un general que creía en los mismos principios morales que ellos. Estos principios se arraigaron y establecieron la reputación de las dos cooperativas. Representaban solo quinientos de los más de veinte mil taxis en la ciudad, pero sirvieron de ejemplo a otros.

En lugar de un crecimiento desenfrenado en respuesta a la demanda, que podría haber llevado a una organización difícil de controlar, prefirieron servir como modelo para otros. Se establecieron nuevas cooperativas sobre la misma base. Muchos conductores no saben de dónde se originaron las regulaciones que rigen sus propias empresas, pero saben que deben ser honestos con un sincero deseo de servir al público, por lo que aceptan reglas más estrictas que las impuestas por el municipio. Para no sufrir por comparación, todos los taxis comenzaron a mejorar sus estándares de servicio. Las cooperativas se convirtieron cada vez más en parte de la vida de Río. Se les consulta sobre las normas relativas a los cambios en las rutas, y sus miembros han adquirido un nuevo sentido cívico. Lo demostraron al participar en la campaña para elecciones limpias de 1994.

CAPÍTULO 13

SINDICATOS Y DICTADORES MILITARES

El sindicalismo en América Latina era un elemento importante del poder. Los regímenes autoritarios, especialmente, buscaban someter a los sindicatos y usarlos como un medio de control. Este fue el caso en Brasil, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el Presidente Getulio Vargas estableció un estilo de sindicalismo corporativo como lo ejemplificó Mussolini en Italia, y luego Perón en Argentina. Al mismo tiempo, la oposición de izquierda intentaba infiltrarse en los sindicatos para sus propios fines. Alain Touraine señala, en un libro que analiza la política y la sociedad en América Latina: "los sindicatos se definen más en relación con el Estado que con los empleadores, y su acción está casi siempre subordinada a los partidos políticos sobre los cuales no tienen control".

Los dictadores militares siguieron diferentes líneas a este respecto. En Chile, el general Pinochet logró dominar a los sindicatos, exigiendo su apoyo. En Uruguay, los militares los disolvieron. En ambos casos, los líderes sindicales responsables se encontraban en situaciones incómodas, tanto dentro de su propio país como en sus relaciones con organizaciones internacionales.

En Chile

La Compañía de Acero del Pacífico (The Pacific Steel Company - CAP) es la empresa industrial más importante de Chile, que participa en una gama de empresas basadas en minas de mineral de hierro y la industria del acero. Su Director General, Roberto de Andraca, era un estudiante cuando la misión que acompañaba a "El Tigre" visitó Santiago en 1961 (ver capítulo 7). Esto afectó toda su vida. También varios líderes sindicales visitaron Caux en 1974 y nuevamente en los años siguientes cuando asistían a las sesiones anuales de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Los sindicalistas de la PAC estaban bien representados y había presidentes de otras federaciones.

En 1973, muchos líderes sindicales celebraron el derrocamiento de Salvador Allende por parte del General Pinochet, a pesar de que antes habían votado por él. Hubo una división, algunos continuaron lidiando con el nuevo poder militar mientras que otros entraron en oposición. En la escena internacional, la tendencia era mantener a ambos grupos al alcance de la mano y solo reconocer como verdaderos portavoces sindicales a aquellos que optaron por el exilio o que se vieron obligados a abandonar el país. Pero Caux mantuvo sus puertas abiertas para todos. Resultado de esto fue que la gerencia y los obreros en CAP desarrollaron un enfoque común para abordar los problemas durante un momento de crecientes dificultades.

Lo que sucedió fue que el nuevo gobierno bajó los aranceles aduaneros y abrió el país al comercio internacional. La industria chilena quedó expuesta a una competencia potencialmente perjudicial. La política fue deliberada, con el objetivo de eliminar bienes que no serían comercializables en el extranjero. Las

empresas se vieron obligadas a enfrentar cambios dolorosos y el desempleo aumentó en muchos sectores de la economía de la nación.

Simultáneamente, la *Pacific Steel Company* (CAP) de propiedad estatal, estaba siendo transferida a propiedad privada, un cambio alentado por la administración de la Compañía y acogido con beneplácito por el personal. Los empleados recibieron una gran proporción de las acciones de la nueva Compañía. De los 10,000 empleados asalariados, tres cuartos se convirtieron en accionistas. Con el control del 36% del capital, podrían nombrar a tres de los siete administradores en el directorio de la Compañía. La calidad de las relaciones dentro del grupo definitivamente contribuyó a superar un doble desafío sin desproporcionada agitación. En aquellas minas y talleres donde la producción tuvo que cerrarse, se establecieron procesos de reciclaje para los empleados afectados y se otorgaron pagos de compensación a quienes no pudieron encontrar trabajo. Estos beneficios, obtenidos mediante negociaciones constructivas, fueron mejores que lo que sucedió en otros sectores del país.

A pesar de las dificultades, CAP era competitiva con las ventas de productos que penetraban en el mercado japonés. La privatización condujo a la diversificación, que valió la pena particularmente en relación con otros metales (manganeso y oro), también la silvicultura y la industria maderera, la construcción de viviendas y la pesca. En lugar de acumular pérdidas como en el pasado, la empresa privatizada fue rentable con dividendos distribuidos a sus empleados propietarios y nuevos empleos creados. La acción sindical no obstaculizó esto, incluso de aquellos que estaban en contra del régimen político de Chile. En ocasiones, tal oposición organizó manifestaciones, como sucedió en un lugar amenazado con el cierre en el norte del país. Pinochet, cuando visitó el lugar, fue recibido por las palabras de los gladiadores romanos: "*Morituri te salutant*" ("Nosotros, los que estamos a punto de morir, lo saludamos"). ¡Ese fue el final de la amenaza de cierre!

CAP tenía un sistema de becas que permitía a los empleados ir al extranjero para obtener estudios de calidad y experiencia. El impacto positivo que Caux había tenido en algunas personas llevó a Caux a establecerse como un lugar para el cual estas becas de viaje estaban disponibles. Si la influencia de Caux simplemente hubiera llevado a una facilitación de las relaciones entre empleadores y trabajadores, los sindicatos habrían temido una disminución de su poder. Sin embargo, a menudo era relevante para aliviar los conflictos dentro de los propios sindicatos, por ejemplo, para resolver las diferencias entre los representantes de los diferentes oficios. La continua realidad de la experiencia vivida, que afectaba la vida cotidiana, era similar a lo que los estibadores de Río habían vivido anteriormente.

Los participantes en un evento de tres días en marzo de 1985 en Los Andes, a 80 km al norte de Santiago, nunca olvidaron la cadena de reconciliaciones debido en parte al camarada uruguayo Lino Cortizo Vásquez, quien vino especialmente para la reunión.

En Uruguay

Lino Cortiso había pasado por experiencias paralelas y conocía personalmente las dificultades que enfrentan los sindicalistas bajo los gobiernos dictatoriales, con una falta de comprensión por parte de las entidades internacionales. Había sido militante cuando estudiaba. Siempre socialista, había dirigido el sindicato en el hospital principal del país donde trabajaba. Más tarde se convirtió en uno de los líderes y luego Presidente de la Federación de Trabajadores en Uruguay, afiliada a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) a través de la rama regional de la Confederación Sindical de las Américas (ORIT). Durante treinta y cinco años fue miembro del comité ejecutivo de ORIT. En esta posición, se enfrentó a las confederaciones cristianas, comunistas y peronistas. Acusaron a su organización de ser "amarilla" y "vendida al imperialismo yanqui". Lino Cortiso era marxista y antirreligioso, pero estaba en contra del comunismo. Esta combinación de puntos de vista lo llevó a entrar en conflicto con los sindicatos cristianos. Los acusó de permitirse ser manipulados por los comunistas.

Surgió un problema en relación con el propio sindicato de Cortiso. Cuando los militares tomaron el poder en Montevideo, disolvieron los sindicatos. Cortiso llevó su sindicato a la clandestinidad. Algún tiempo después, la CIOSL le pidió que desafiara al gobierno y relanzara su organización públicamente, asegurándole que recibiría apoyo financiero y afirmando su apoyo. Él hizo lo que le pidieron. Los militares decidieron no reaccionar, lo que alentó a otros sindicatos a seguir su ejemplo. Poco después, los dos más militantes, la "Plenaria Intersindical de Trabajadores" y la "Convención Nacional de Trabajadores" (PIT-CNT) se unieron, y así llegaron a representar a la mayoría de la fuerza laboral. La CIOSL decidió brindar su apoyo al nuevo organismo combinado, al mismo tiempo que retiró su apoyo a la Confederación de Cortiso. Se sintió traicionado.

Sin embargo, mantuvo contacto con su compatriota Oscar Alaniz, quien, con otros, fue capaz de volver a encender su espíritu, lo que le permitió superar su sentimiento de rechazo y contribuir a mitigar las rivalidades entre las diferentes organizaciones sindicales. Después de un largo desacuerdo, encontró la manera de hacer las paces con los líderes de la Confederación Cristiana, primero a nivel local e internacional, y luego con el líder del PIT-CNT, José d'Elia. Mucho más tarde se reconcilió con el Jefe de la Oficina Central de la CIOSL, contra quien había sentido resentimiento durante mucho tiempo como resultado de la traición anterior.

Mientras tanto, se restableció la unidad en su hogar, y después de un año de separación, volvió a vivir con su esposa, una católica convencida. "Antes era ateo; ahora soy agnóstico ", explicó. "No sé si es Dios quien dirige al hombre, o si el hombre obtiene su compulsión inicial de su propia fuerza interior". Más tarde se reincorporó a la Iglesia Católica, alentado por un sindicalista nicaragüense y un amigo protestante guatemalteco que lo había ayudado en un momento difícil. Durante una visita a Caux, este amigo hizo una colecta de dinero que le permitió a Lino, una vez en su hogar en Uruguay, someterse a una cirugía vital a corazón abierto.

CAPÍTULO 14

SANANDO LAS HERIDAS DE LA GUERRA

La guerra de las Malvinas / *Falklands* despertó y exacerbó las pasiones nacionalistas en el Reino Unido y en Argentina, que nadie imaginó que pudieran ser tan fuertes. Si bien sabían, desde el comienzo de las hostilidades en 1982, que el gobierno del General Galtieri había lanzado la guerra para desviar la atención de las dificultades en el país, los argentinos, ya sean partidarios u opositores del régimen militar, fueron unánimes al creer que las Islas Malvinas eran una parte integral de su país y deberían volver a unirse con la patria. Este sentimiento también fue compartido por sus vecinos uruguayos y brasileños. Un médico británico que había trabajado en las Islas algunos años antes regresaba a Escocia con su esposa e hijos. Uno de sus hijos había nacido mientras estaba en las islas. En el ferry entre Montevideo y Buenos Aires se sintió amenazado. Fue violentamente atacado por dos hombres quienes pretendieron no dejar que este niño saliera del país porque era argentino, y que debería ser detenido, criado y educado en Argentina.

Los británicos estaban igualmente convencidos de sus derechos, pensando que era inadmisible permitir que un gobierno militar dictatorial tomara por la fuerza un territorio cuya población no deseaba pasar bajo su soberanía. Pero la mayoría no tenía idea de cómo su actitud superior y cinismo habían acumulado amargura. Su ceguera ya había repercutido en uno de sus compatriotas, Laurence Vogel. Él y su esposa francesa habían llegado treinta años atrás a América Latina, donde luego darían cuarenta años de sus vidas. Un miembro de la embajada británica en Buenos Aires le recordó un comentario hecho por un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores a un embajador que estaba a punto de ocupar su puesto allí a principios del siglo XX. "Lo único que necesita saber sobre su misión es que el Reino Unido tiene un arreglo ideal allá: todas las ventajas de una colonia sin tener que mantener el costo de su administración". De hecho, hasta la época de Perón, la economía argentina estaba en gran medida bajo el control británico. Un visitante inglés, nacido en Argentina, cuya familia se había establecido allí durante cuatro generaciones, dijo que estaba orgulloso de no poder hablar una palabra de español. Aunque muchas cosas cambiaron durante las próximas décadas, la humillación que sintieron los argentinos siguió siendo un ingrediente importante en el conflicto.

1982: primeros contactos en terreno neutral.

Varios británicos y argentinos comprometidos con los estrechos vínculos existentes entre los dos países consideraron que la guerra era dolorosa y tonta. Laurence Vogel, que entonces vivía en São Paulo, tenía la convicción de lograr que ciudadanos británicos y argentinos se reunieran en terreno neutral. Durante algún tiempo después de la guerra, las visitas de británicos a Argentina fueron muy restringidas. Laurie escribió su sugerencia a Oscar Alaniz y Omar Ibargoyen en Uruguay.

Tomaron la idea y reunieron a algunos británicos y argentinos en Montevideo, junto con estadounidenses del norte y del sur, para buscar una forma de sanar.

Ellinor Salmon estuvo presente, la primera en dar la bienvenida al pequeño grupo que fue a Buenos Aires por invitación de Raúl Migone, después de la caída de Perón. Noruega y casada con un industrial inglés, había vivido en Argentina durante cuarenta y cinco años y estaba bien integrada en la sociedad de Buenos Aires. Se preguntó qué podía hacer con este conflicto, pues tenía amigos en las Malvinas. En algunos momentos se sentía impaciente por ver alguna iniciativa para resolver la guerra, sin importar de dónde pudiera venir o de qué se tratara. Luego se dijo a sí misma: "¿Qué vas a hacer vos, que perteneces a dos mundos, el argentino y el británico?" Una decisión que se sintió llamada a tomar fue la de dar su gran departamento en Buenos Aires, para que pudiera ser utilizado por el equipo que Angus y Ruth Lamond habían formado. Ella sintió que tenía esta oportunidad porque no había habido ataques contra propiedades británicas en Argentina durante el conflicto.

1983 - Una isla en el Delta del Tigre

De esta reunión surgió una segunda reunión en Argentina, en abril de 1983. Las hostilidades, que sólo duraron diez semanas, terminaron en junio del año anterior. Pero los militares argentinos aún estaban en el poder. Ellinor buscó, inicialmente en vano, un lugar de reunión apropiado que fuera discreto y no demasiado caro. Finalmente encontró un campamento de vacaciones perteneciente a un sindicato que estaba en el Delta del Tigre, en medio de una serie de pequeñas islas donde los ríos Uruguay y Paraná convergen en el Río de la Plata. Algunos de los delegados tuvieron que ser alojados en otra isla, separada de la otra donde las reuniones principales se realizaban. Por supuesto que no se trataba de pedirle al gobierno militar visas para los británicos. Vinieron pocos argentinos, pero entre ellos se encontraba una conocida personalidad, Signora Frondizi, esposa del último presidente elegido democráticamente. Otros quince países fueron representados, incluidos los vecinos de Chile, Uruguay y Brasil.

Al principio el ambiente era reservado, incluso entre los argentinos. Se sabía que el teléfono fue intervenido y la correspondencia abierta. El clima era hosco. De repente, el viento cambió, elevando los niveles de agua en el estuario. Hacía frío en la noche. No había agua caliente. Paradójicamente, ¡temblar juntos ayudó a calentar la atmósfera! "¿Tienes tanto frío como yo?" cada uno le preguntó a su vecino en el desayuno. La noche anterior a la apertura de la conferencia, surgió un nuevo tema de desconfianza: una llamada telefónica anunció que la policía estaba enviando investigadores. Los organizadores de la conferencia tuvieron la idea de tratarlos como colegas. Esa noche llegaron dos agentes jóvenes, y Ellinor los invitó a asistir a todas las reuniones. Pidieron traer a sus novias, y se les dio permiso.

Al final de las discusiones, los intercambios a menudo se centraron en cuestiones personales. Los uruguayos presentaron una obra de teatro que habían escrito, "¿Por qué no me escuchas?", la cual hablaba de conflictos familiares derivados de sus propias experiencias. Entre ellos había tres parejas cuyos matrimonios habían sido rehechos durante los dos años anteriores. También hubo once líderes sindicalistas chilenos que tomaron una serie de decisiones durante la conferencia: dejar de beber; en el futuro tener una sola

familia; ser honesto. Al final de la comida de clausura, los dos policías dijeron que su superior había rechazado su informe. Pidieron una lista completa de todos los participantes, detalles y todo el material de video utilizado. Los organizadores les dieron una lista que estaba incompleta, pero que los agentes aceptaron.

Los artículos alusivos a esta conferencia fueron publicados en la prensa. Las personas que los leyeron se pusieron en contacto, lo que condujo a otra conferencia al año siguiente, esta vez con participación británica.

1984 - La Santa Casa de Ejercicios

Esto tuvo lugar en marzo de 1984 con el tema: "El arte de vivir juntos". Se llevó a cabo en los alrededores históricos del Convento de Santa Casa de Ejercicios de la capital, construido en 1795. En él vivió una comunidad de monjas cuyo fundador quería preservar un lugar donde se pudieran seguir las disciplinas de San Ignacio de Loyola, luego de la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII.

Mientras tanto, los militares habían entregado el poder y Argentina una vez más tenía un presidente electo, Raúl Alfonsín.

El día anterior a la apertura de la reunión, una dama argentina, Antonia Caputo de Gallicchio, estaba visitando a la Madre Superiora del convento. Originalmente italiana, se había casado con un arquitecto. Ella quería investigar un poco sobre el fundador del convento. También estaba buscando serenidad personal. Su único hijo había entrado en un seminario y ella estaba feliz y molesta. "En este momento tenemos un grupo interesante aquí", le dijo la madre superiora. Uno de ellos estaba cerca y ella quería saber de qué se trataba. ¿Qué era eso del arte de vivir juntos que estaban sugiriendo? ¿Dejar de culpar a otros y comenzar a poner nuestras propias vidas en orden, donde eso era necesario? Esto tocó un tecla en ella.

Antonia regresó al día siguiente, y varias veces más después de eso. Este fue el comienzo de una estrecha colaboración con Ellinor y otros en un intento de curar las heridas dejadas por la guerra de Malvinas y, quizás más profundamente, por la brutal dictadura militar y su característica particular, los muchos "desaparecidos".

Antonia era la hermana de Dante Caputo, Ministro de Relaciones Exteriores en el nuevo gobierno democrático restablecido. El Ministro recibió parte del grupo y pudieron tener una discusión franca con él. Él iba a ocupar ese puesto de gobierno durante seis años. Con la ayuda de la mediación del Papa Juan Pablo II, logró establecer un tratado, reconstruir la paz amenazada entre Chile y Argentina y resolver la disputa fronteriza en el Canal Beagle en el sur de Tierra del Fuego.

La conferencia prestó especial atención a los problemas relacionados con el sector agrícola, vitales para la economía del país y particularmente bien representados.

Una de las intervenciones más notables fue de una joven, Eulalia Saraco, arquitecta de profesión. Ella reencontró las ideas que habían capturado su entusiasmo cuando tenía veinte años, pero luego no había podido alterar su estilo de vida de acuerdo con lo que había descubierto. Se había casado y la pareja se fue a vivir a la Patagonia, en el sur, con el principio de que no era bueno que gran parte de la población se concentrara en la capital; debían desarrollarse otras regiones. Ella había sido militante en los movimientos cristianos, pero aún no estaba satisfecha de haber cumplido verdaderamente la misión de servicio a la que se sentía llamada. Se preguntaba por qué había logrado tan poco. “¿Por qué los liberales, con nuestra educación basada en altos valores culturales y morales, hemos permanecido ineficaces durante estos últimos años? He encontrado la respuesta: orgullo y autosuficiencia. Nos hemos envuelto en el orgullo de los justos, y hemos menospreciado a otros pueblos de América Latina, los indios y los mestizos. He vuelto a descubrir aquí nuestra necesidad de ser humildes y quiero transmitir esto a nuestros partidos políticos, nuestras escuelas y nuestras familias”. Estas palabras despertaron una respuesta inmediata de un delegado brasileño. Los argentinos que se habían sentido constantemente humillados por la arrogancia británica comenzaron a darse cuenta de que sus vecinos se sentían igualmente humillados por ellos, y que esa profunda honestidad, como la de Eulalia, era lo que podría traer curación.

1987 - Los antiguos enemigos se encuentran

En 1986, Antonia de Gallicchio organizó un retiro en el convento de las Hermanas de Schoenstatt, cerca de Buenos Aires, durante el cual surgió la idea de que debería haber otra manifestación al nivel de la de 1984, esta vez en el convento. Como el lugar se usaba únicamente para las actividades de su comunidad religiosa, las Hermanas dijeron que esto no sería posible. Un poco más tarde, habiendo apreciado más plenamente el potencial de lo planificado, cambiaron de opinión. De hecho, el evento proyectado se dividió en dos fases: tres días de reuniones restringidas en las Hermanas del 20 al 22 de marzo de 1987, luego tres reuniones públicas en el corazón de la ciudad en la Biblioteca / Librería El Ateneo los días 23, 24 y 25 de marzo.

La reunión se realizó cuando Buenos Aires se preparaba para recibir a Juan Pablo II, en su gira por el Sur y, como la visita del Papa, se llevaría a cabo bajo la bandera de la reconciliación. Esto fue doblemente necesario después del conflicto con Gran Bretaña y el desgarramiento asesino del país a través de la "guerra sucia", durante la dictadura de los generales. La opinión pública apenas estaba lista. Las madres de la "Plaza de Mayo" querían respuestas sobre los miles de desaparecidos. Una de ellas que había perdido a dos hijas, asesinadas por el ejército, se conmovió con lo que escuchó sobre la líder de la resistencia francesa, Irène Laure, y lo que había hecho la Sra. Laure para la reconciliación franco / alemana después de la Segunda Guerra Mundial. Ella quería tomar medidas similares, pero sus colegas no estaban preparadas para eso. En una reunión pública, le quitaron el micrófono cuando estaba a punto de hablar. Una carta en un periódico anunciando las reuniones del RAM del 23 al 25 de mayo sobre la reconciliación con los británicos provocó reacciones incendiarias contra su autor.

El último día de la conferencia estuvo marcado por la contribución de Horacio Benítez, presidente de una asociación de ex militares. Con diecinueve años y cerca del final de su Servicio Nacional, fue movilizadado para actuar en las Islas y, como muchos otros, regresó traumatizado.

Los soldados argentinos esperaban ser aclamados como liberadores por los isleños de Malvinas, pero se enfrentaron a una población de habla inglesa que no les mostró simpatía. Durante una de las batallas finales, Benítez resultó gravemente herido en la cabeza y colapsó en la nieve. Los británicos, al principio, pensaron que estaba muerto, pero las lágrimas en sus mejillas mostraron que aún estaba vivo. Salvado por el enemigo, fue prisionero de guerra. Una vez en casa, comenzó a recuperarse, pero luego se dio cuenta de cuántos de sus camaradas nunca habían superado la conmoción que tan a menudo golpea a los combatientes que regresan de una guerra perdida. Hay que decir que, después de haber sido enviados a la batalla sin preparación, estos jóvenes soldados, una vez que terminó la guerra, fueron subidos a un bote que los llevó a cualquier parte del sur de Argentina, y luego se les dio un pase de viaje a su casa. Nada más.

Esto llevó a Benítez a crear el Sindicato de Veteranos de las Islas Malvinas (UVIM), y a reunir a un grupo de ex soldados (los oficiales tenían una organización separada). Pero se dio cuenta de que UVIM no estaba logrando reinstalar a muchos en la vida civil normal. Además, deseaba encontrarse con soldados británicos y trabajar para curar la profunda grieta entre los dos países. Mientras esto no sucediera, pensó, no volvería a encontrar la paz interior total para sí mismo. Por lo tanto, aceptó una invitación para asistir a la reunión en la biblioteca de El Ateneo, donde habló. Se refirió a odio que había sentido contra los británicos, y también de su odio hacia las autoridades de su propio país que habían dado a sus reclutas la orden de matar, pero que parecían haberse olvidado de ellos al regresar a casa.

Luego compartió su convicción de que si su vida se hubiera salvado, era para un propósito, ser una conciencia viva y un testigo para sus conciudadanos de que la guerra y el odio destruyen a ambas partes. Obtuvo una respuesta de un veterano británico presente en el salón, quien había luchado en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial y que posteriormente había superado su odio hacia los japoneses.

Algunos meses después, Benítez fue invitado a Gran Bretaña y allí cumplió un deseo especial al encontrarse con un veterano de la guerra de Malvinas / Falkland, Chris Keeble, un oficial paracaidista que también había recorrido un camino inusual. Chris era el segundo al mando de un batallón que intentaba atacar y capturar una cabeza de puente que los argentinos habían establecido en la costa, conocida como Goose Green. Mientras se libraba la batalla, escuchó a través del crujido de su radio que el teniente coronel que dirigía las operaciones acababa de ser asesinado. Se encontró al mando del batallón. "Mi corazón latía", recuerda. "Fue una gran responsabilidad para mí. Al anochecer prácticamente habíamos agotado todas nuestras municiones después de cuarenta y ocho horas de lucha, y estábamos exhaustos. El frío mataba. Un hombre de cada seis estaba

muerto o herido, y no teníamos reservas. Me reuní con mis oficiales. Ahora dependía de mí dar las órdenes ". La cresta de una colina separaba a británicos y argentinos. Keeble sabía que estos últimos podrían usar la noche para traer refuerzos y preparar un contraataque. También sabía que ciento doce de sus compatriotas civiles habían sido hechos prisioneros en Goose Green. Por lo tanto, era imposible bombardear las posiciones enemigas.

"Nuestra situación era peligrosa", dice Keeble. "No tenía la menor idea de qué hacer. Subí a lo alto de un pequeño barranco para estar solo por un momento e intentar pensar. Cuando metí la mano en el bolsillo, sentí un trozo de papel en la punta de mis dedos en el que había copiado una oración de Charles de Foucault ". Keeble se arrodilló y leyó la oración: "Padre, me entrego a ti. Haz conmigo lo que te parezca bien. Lo que sea que hagas conmigo, te lo agradezco, siempre que se haga tu voluntad por mí. No pido nada más". Para su gran sorpresa, Keeble, que hasta entonces había estado lleno de miedo, confusión y mucho frío, de repente sintió el regreso de la calma, calidez e incluso alegría. Sobre todo, vio claramente lo que tenía que hacer.

Regresó con sus hombres y dijo que a primera luz cruzaría el campo de batalla y pediría a los argentinos que se rindieran. Esta solución, con poco sentido militar, fue recibida con sorpresa. A las 6.00 de la mañana, Keeble envió a dos prisioneros argentinos con un breve mensaje: "Ríndete o acepta las consecuencias militares". En menos de una hora, los prisioneros volvieron a decir que sus líderes estaban preparados para negociar. Al amanecer, Keeble cruzó hacia los argentinos, acompañado por su oficial de artillería y un periodista de la BBC. "Recuerdo bajar esa colina como si estuviéramos dando un agradable paseo", dice. "Más tarde, supe que habíamos cruzado un campo minado". Se encontró con los oficiales argentinos. "Dijimos que lo que estaban haciendo era pura locura; que no teníamos intención de retirarnos; podrían continuar atacándonos, pero vendrían otras unidades y serían capturados ".

Hacia el medio día, los argentinos acordaron entregarse, siempre que fuera con dignidad. Hubo una ceremonia; cantaron su himno nacional y luego dejaron las armas. "De hecho, mi oferta había llegado justo cuando ellos mismos querían poner fin a las hostilidades", dice Keeble, "pero no podría haberlo sabido en el momento en que oré". Los británicos se sorprendieron al descubrir que la fuerza argentina contaba con más de mil quinientos hombres, mientras que ellos solo tenían cuatrocientos cincuenta.

Después de esta hazaña de armas, una brillante carrera militar parecía extenderse por delante de Keeble. Pero la guerra lo llevó a reconsiderar cómo usar su vida. "Nunca antes de haber emprendido la guerra había conocido a hombres que trabajaran juntos con un sentido de unidad tan profundo y poderoso", comenta. "No estaban actuando por amor en el sentido normal de la palabra. Uno se aceptaba como era mientras esperaba que todos los demás fueran más allá de sus limitaciones ". Keeble comenzó a preguntarse si debía permanecer en el ejército, o si tenía algo más que hacer que solo lograr su propia ambición. Un día, en una visita a las fábricas británicas de Leyland en Longbridge, en las Midlands británicas, se horrorizó ante la horrible atmósfera en la que se esperaba que los trabajadores fabricaran hermosos automóviles.

¡Qué diferencia con la camaradería experimentada bajo la bandera! Fue allí donde se le ocurrió el germen de una idea: luchar por el desarrollo del individuo en el mundo de la producción industrial.

En 1987 decidió, no sin arrepentimiento, quitarse el uniforme. Dos años más tarde, él y dos colegas establecieron una Asociación de Consultoría que fue exitosa y condujo a experiencias fascinantes. Le encanta contar la historia de una compañía con seiscientos empleados que otros consultores sugirieron que debería ser "reducida", despidiendo a una gran parte de la fuerza laboral. Persuadió al gerente para que confiara en sus subordinados y con ellos volviera a evaluar la situación. Se organizó un seminario de dos días para treinta miembros del personal de supervisión donde propuso un juego de riesgo, basado en el concepto de confianza. "Se quitó la tapa", dice. "Era como si se hubiera liberado un ciclón. Con energía renovada, encontraron soluciones que ayudamos a poner en práctica".

Este fue el hombre que Horacio Benítez fue invitado a conocer en ese verano de 1987. Describió lo que sucedió en una entrevista en el periódico *The Guardian*. "Conocer a Chris fue muy importante para mí. Estaba tenso. No sabía con qué espíritu se me acercaría: el enemigo. Él simplemente extendió su mano y luego me abrazó. Estaba tan conmovido que me quedé sin palabras. Creo que ese fue el momento en que la guerra realmente terminó para mí. Fue una impresión extraña. Este hombre parecía un viejo amigo, muy cercano".

CAPÍTULO 15

RESTABLECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

Retorno de los civiles al poder.

Mientras la dictadura militar se derrumbaba en Argentina, luego de la Guerra del Atlántico Sur, las fuerzas armadas permanecieron en el poder en Brasil, Chile y Uruguay. En Uruguay habían tomado el poder diez años antes, en medio de un período de conflicto armado instigado por el movimiento guerrillero urbano de Tupamaros. En 1977, los militares habían esbozado un plan para restablecer la democracia, pero el progreso estaba bloqueado y no parecía haber ningún camino a seguir.

Varios ministros civiles fueron incluidos en el gobierno militar, uno de los cuales fue el uruguayo ex Director de la Organización de Estados Americanos, Juan Bautista Schroeder Otero. Había sido Subsecretario de Justicia durante dos años y, en 1983, fue nombrado Ministro de Educación y Cultura. Habiendo agradecido la ayuda de Oscar Alaniz cuando estaba con la Organización de Estados Americanos, invitó a Alaniz a ser Segundo Secretario del Ministerio, siendo el Primer Secretario automáticamente del ejército. Al recibir la invitación del ministro, Alaniz pidió tiempo para pensarlo hasta el día siguiente. Luego aceptó el cargo con dos condiciones: primero, que todos los temas se pusieran sobre la mesa, no solo aquellos estrictamente limitados a la educación, y segundo que cada mañana, después de revisar los temas principales, habría un momento de reflexión silenciosa con el Ministro, hacer una pausa y obtener perspectiva sobre las prioridades.

El ministro, que había sido compañero de estudios de Omar Ibargoyen, no se sorprendió por estas solicitudes y las aceptó. Estaba familiarizado con la práctica de tomarse un tiempo de silencio. Él cuenta en un folleto cómo, en un momento en que se sintió completamente abrumado, les dijo a sus secretarios que no lo molestaran con llamadas telefónicas o mensajes. Dejado solo con su conciencia, se sintió impulsado a pedir una reunión con el jefe de la Junta, el Jefe del Ejército, Juan Pedro Aranco. Levantó el teléfono 'y fue como si el General estuviera esperando su llamada: "Ven. Espero verte pronto."

Schroeder fue de inmediato, solo y sin su chofer. Esto fue a mediados de abril de 1984. En el camino, se le ocurrió una idea nueva: hablar con el General como amigo e ir directo al grano. Entonces le dijo lo que tenía en mente. El gobierno militar había prometido celebrar elecciones libres a finales de 1984, pero se retrasaron los preparativos necesarios. El proceso estaba en duda debido a los graves conflictos, que se remontan a 1980, cuando surgieron grandes disturbios populares contra el proyecto de Constitución propuesto por los militares. Luego, en 1983, hubo un punto muerto en las conversaciones con los partidos políticos y ahora se acercaba la fecha de las elecciones prometidas. En la vecina Argentina, los Generales se vieron obligados a rendirse bajo una lluvia de insultos. ¿Le iba a pasar lo mismo a los líderes de las fuerzas armadas uruguayas?

"¿Qué estás proponiendo?" preguntó el General Aranco.

“De acuerdo con nuestra tradición política, ustedes, los militares, deberían invitar a los líderes políticos a una mesa redonda sin prensa ni publicidad, donde todos tengan la oportunidad de expresar su opinión. Las conclusiones a las que deben llegar deben ser firmadas por todos para que nadie pueda decir después, con motivos ocultos, que rechazan el acuerdo”.

Después de dos horas hablando, el General Aranco le preguntó a Schroeder: “¿Podría poner todo eso por escrito?” Eran las nueve de la noche del viernes y Schroeder estaba asombrado. Trabajó todo el fin de semana y entregó su producción el lunes. El miércoles o jueves Aranco lo llamó. El documento de Schroeder había sido aprobado por el Consejo Militar Superior (el Poder Ejecutivo) y debía ser presentado al Consejo de Generales (la Legislatura). Allí recibió la aprobación general, aunque hubo divergencias entre la Armada (más abierta), la Fuerza Aérea (moderada) y el Ejército (más vacilante). El Consejo de Jefes de Estado Mayor Combinado también tuvo que ser convencido. Finalmente, para que los ministros civiles no sean marginados, se debe informar a todo el Consejo de Ministros antes de que el documento se distribuya a los partidos políticos. Lamentablemente, la distribución a las partes, que debería haber sido tratada con cuidado y sensibilidad, se hizo como si fuera un negocio rutinario. Como resultado, el jefe del Partido Nacional (Blanco) dejó en claro que lo que se propuso era inaceptable. ¿Cómo, entonces, recuperarse de este “paso en falso”?

Se formó un Comité Especial Selecto, presidido por el Ministro del Interior, General Rapela, para elaborar el marco a través del cual las propuestas del documento de Schroeder podrían, paso a paso, hacerse realidad. Esto implicaría la convocatoria de electores, medidas de transición apropiadas, una Asamblea Constituyente, un referéndum que busca la aprobación del electorado, la posibilidad de una amnistía general, etc. Mientras tanto, Schroeder y Alaniz tenían la sensación de que se necesitaban conversaciones informales y privadas, uno a uno, con los jefes de los partidos políticos a los que se podría llegar. Estos tendrían que estar en un lugar fuera del ojo público. Alaniz ofreció su departamento donde venían los hombres políticos, generalmente al final de la tarde, cuando Schroeder podía salir de su oficina y unirse a ellos sin llamar la atención.

Los primeros en ser invitados fueron los líderes del Partido Blanco, incluidos los terratenientes, considerados los más escépticos sobre las conversaciones. Se dividieron en facciones, algunos creían que su partido podía ganar elecciones sin buscar aliados. Otros, en el fondo de sus corazones, aceptaron la necesidad de ampliar el espectro político, pero no pudieron ver la forma de apoyar esa posición públicamente. Luego fue el turno del líder del otro partido tradicional principal, los Colorados, generalmente vistos como más radicales. Rápidamente aceptó la propuesta esbozada por su anfitrión, pero solo pudo aceptarla formalmente con la condición de que el ejército aceptara la participación de la Alianza de Izquierda en las elecciones. La Alianza incluía el Frente Amplio, un partido prohibido en ese momento.

Volvió, una vez más, a la cabeza del ejército, un nuevo hombre en el puesto-. Confirmó que las fuerzas armadas se opusieron en principio a permitir la

inclusión de un partido político que, al seguir la línea marxista, contradecía todo lo que se estaba enseñando a la nueva generación de oficiales. Schroeder insistió en que se permitiera participar a todos los partidos, pero sugirió que los marxistas / leninistas podrían aparecer bajo otro nombre, y así no despertar a los militares. Así, el antiguo Partido Comunista uruguayo se llamaría "Democracia Progresista". Entonces, a su vez, los izquierdistas encontraron su camino al apartamento de Alaniz, dirigidos por José d'Elia, un importante líder sindical que Alaniz ya conocía bien.

Estas conversaciones ayudaron a acordar las condiciones mínimas establecidas por los partidos políticos para una transferencia de poder de la administración militar a la civil. Cuando el ministro consultó a los militares sobre los términos acordados, los aceptaron pero opinaron que los políticos civiles no lo harían. "Pero ellos son los que han elaborado estas propuestas", les dijeron. Los políticos y los militares se reunieron en el Navy Club en agosto de 1984, dando como resultado el "Acuerdo del Club de la Marina", firmado por ambos grupos. Schroeder, sin embargo, no logró que se aprobara una resolución complementaria, sobre la cual estaba muy interesado: que la intervención en la Universidad por parte de las autoridades políticas debía terminar, lo que anteriormente había llevado a su renuncia como Rector de la Universidad.

Así, se completaron los cambios necesarios que condujeron al retorno del gobierno civil, se celebraron elecciones según lo programado en noviembre y el Presidente electo, Julio Sanguinetti, del Partido Colorado, pronunció su discurso inaugural ante la Asamblea Legislativa el 1 de marzo de 1985.

El Salvador: el retorno a la paz

Desde 1931, El Salvador había sido gobernado por dictadores militares. Durante los años sesenta y setenta, la tensión entre los dictadores y los partidos de oposición, tolerada pero siempre mantenida alejada del poder, aumentó constantemente. La situación se agravó aún más por el deterioro de las condiciones sociales y económicas y, desde 1969, por un conflicto territorial con Honduras. La constante manipulación electoral por parte de los militares finalmente convenció a los opositores de izquierda de que la única esperanza de lograr un cambio era la insurrección armada. Al mismo tiempo, los grupos terroristas de derecha intensificaron su intimidación y asesinato de los sospechosos de apoyar a los rebeldes. Incluso los miembros de la Iglesia, que habían adoptado una posición antigubernamental, fueron atacados.

El derrocamiento del General Somoza, en 1979, por los sandinistas en la vecina Nicaragua, junto con el temor de ver al movimiento guerrillero salvadoreño convertirse en una revolución comunista, llevó a Estados Unidos a presionar a los militares. A principios de 1980, después de un considerable avance, las fuerzas armadas acordaron que el principal partido político, Demócrata Cristiano, debería participar en el gobierno del país con la Junta, y que su líder, Napoleón Duarte, debería asumir la presidencia en octubre de ese año. Pero la Junta no logró ganarse la confianza de los insurgentes y la guerra civil continuó, incluso después de que se adoptó una nueva Constitución que permitió a Duarte ser elegido presidente de El Salvador en 1984.

Un día de 1981, Luis Puig y un colega pensaron que debían intentar hacer algo para alentar el regreso de El Salvador a la paz. Pero no conocían a nadie. Una joven pareja salvadoreña, Juan Carlos y Concepción Barrera, acudieron en su ayuda. Habían participado en el Movimiento de Omar Ibargoyen, "Viva la Gente", y habían pasado tiempo en el *Sítio Saõ Luiz* en Petrópolis, Brasil. Como resultado de su visita al *Sítio*, Concepción se reconcilió con su madre, Mercedes, y con el segundo esposo de Mercedes, Eduardo Molina.

Los padres se habían opuesto al matrimonio de Concepción. Juan Carlos había entrado en escena cuando los Molina ya estaban en el proceso de arreglar que su hija se casara con el hijo de viejos amigos de la familia. Juan Carlos se vio profundamente afectado por esta oposición, creyendo que estaba relacionado con su color de piel oscuro. Concepción finalmente se casó con él en secreto, y lo primero que su madre supo fue cuando lo leyó en un boletín oficial - en ese momento ella era la Gobernadora Provincial -. Más tarde, durante una visita a Caux, Juan Carlos se reconcilió con Eduardo Molina, el padrastro de su esposa.

Concepción les propuso escribir a su padrastro, uno de los principales miembros del Partido Demócrata Cristiano y amigo de Napoleón Duarte. Molina también era director de un instituto de capacitación para trabajadores comunitarios. Era un hombre muy cortés; él y su esposa le dieron la bienvenida al almuerzo a Puig y su amigo. Ella acababa de terminar su mandato como Gobernadora. Los Molina les preguntaron a sus invitados de qué se trataba su visita. "¿Cómo es que no me enteré de esto antes?" dijo Eduardo al final de la comida. "Nuestra situación aquí es grave. Nos traen un rayo de luz ". Luego, preguntó directamente: "¿Cuándo podemos comenzar?"

Al día siguiente, sus invitados se pusieron en contacto con el Vicepresidente de una Asociación de Empleadores y luego, rápidamente, con otros líderes del país. Los Molina también proporcionaron, rápidamente, ayuda práctica para su trabajo, reunieron un equipo y organizaron un lugar para que se reunieran.

La guerra de guerrillas aún duraría largos años. Aun siendo la cabeza oficial de las Fuerzas Armadas, el Presidente Duarte no pudo controlar a los militares o poner fin a los escuadrones de la muerte. El arzobispo de San Salvador fue la víctima más pública. Pero la acción emprendida por Molina y otros tuvo luego un efecto en varios sectores de la vida del país.

En el mundo laboral, por ejemplo, existía la acción del Secretario General de la Confederación Salvadoreña de Trabajadores, José Luis Grande Preza. Él había sobrevivido a cuatro intentos de asesinato. Uno de sus tíos, un sacerdote, había sido asesinado por los militares. Amenazado de muerte, el propio José, había tenido que salir del país por un tiempo. Impulsado por su convicción, su organización brindó un fuerte apoyo a las formas de trabajo democráticas y no violentas, con un enfoque más abierto hacia los empleadores. Anteriormente, la Confederación habría tenido como objetivo doblegar la mano de los empleadores, sin apreciar nunca que podría haber una medida de buena voluntad de su parte. En 1984, después de una sucesión de reducciones de personal, se desencadenó una huelga indefinida en una empresa. Después de

dos meses, los huelguistas planeaban resistir, sin importarles nada, incluso si eso significaba el colapso de la empresa. Después de conversaciones con personas que trabajan junto a Molina, decidieron aceptar una nueva oferta de compensación y utilizar el dinero para establecer su propio negocio. Las cosas salieron tan bien que dos años después abrieron una segunda fábrica.

Grande Preza cuenta cómo en una de las regiones más problemáticas del país, su confederación sindical persuadió a cincuenta y ocho familias, que sumaban unas quinientas personas e incluían a cuatro líderes guerrilleros, para que aceptaran una amnistía. Para reubicarlos, compraron tierras, incluida una granja avícola con ayuda enviada por sindicalistas austriacos. También tuvieron que rehabilitar a niños y adolescentes que habían sido influenciados por los rebeldes en las áreas que controlaban. Se había hecho de todo para adoctrinar a los niños. En pleno verano, se los alentaría a rezar pidiendo que lloviera, en un momento en que no había posibilidad de que eso pasara. Después se les sugeriría, en contraposición, que deberían pedir alimentos y provisiones a sus líderes, las que, por casualidad, aparecerían al día siguiente.

Un sector que tuvo mucho que cambiar después de años de guerra civil, fue el sistema de justicia. Se emitieron sentencias después de largas demoras y las primitivas cárceles estaban atestadas de detenidos, muchos de ellos inocentes. Tras su nombramiento en 1989, el Presidente de la Corte Suprema y uno de los magistrados de la Corte, Oscar Rodríguez Díaz, se propusieron transformar una situación insostenible. Cada uno estaba convencido de que el hombre podía buscar la sabiduría divina y ser guiado por la conciencia. Oscar Rodríguez había aprendido esto a través de Alcohólicos Anónimos. Los dos hombres habían sido convencidos de esto a través de intercambios con un grupo de juristas visitantes de Minnesota.

Con su apoyo, la Corte Suprema lanzó una serie de reformas:

- el nombramiento de jueces itinerantes;
- la creación de veintiséis tribunales de magistrados adicionales, financiados a través del presupuesto del Ministro de Justicia. Rodríguez observó que los dineros disponibles, en lugar de ser "extraviados", ahora encontrarían usos legítimos;
- la creación de una Oficina de Información sobre el encarcelamiento, que obligó a la policía a publicar los hechos de todos los arrestos dentro de las doce horas, y las familias podrían encontrar información sobre los motivos de la detención - esta fue una medida importante en un país donde muchas personas, simplemente habían desaparecido;
- el establecimiento de un "delegado de vigilancia" en las cárceles, designado por la Oficina de Información; una persona que podría ser contactada tanto por guardias como por prisioneros cuando deseaban expresar sus quejas relacionadas con los derechos humanos. Este "defensor del pueblo" solía ser un abogado.

Algunas medidas nuevas, como la creación de jueces itinerantes, apenas se cumplieron, y la siguiente legislatura no buscó el impulso de la reforma. Las cárceles seguían superpobladas y la detención preventiva demasiado alta. El progreso, sin embargo, fue real.

Inicialmente, Estados Unidos se opuso a la transferencia de poderes de investigación criminal del ejército salvadoreño a una unidad autónoma bajo la Corte Suprema. El ejército había jugado un papel clave en tales investigaciones. La oposición de los Estados Unidos finalmente se levantó. La transferencia de estos poderes de las manos de los militares también era una condición exigida por los guerrilleros, si querían que ellos rindieran sus armas.

Además, la Corte Suprema declaró inconstitucionales los poderes de arresto utilizados por la ciudad de San Salvador, que habían tenido el efecto de quebrantar la libertad de expresión y asociación. La Corte Suprema estaba haciendo uso por primera vez de los poderes que tenía, pero que nunca antes se habían aplicado.

Además, el proceso de establecer estas reformas se incorporó a las revisiones del plan de estudios para la enseñanza académica de la ley.

Los principales funcionarios de la ley, al promover estas reformas, no se limitaron solo a los aspectos judiciales. En 1990, la Corte Suprema ofreció sus instalaciones para un seminario sobre el tema "Redescubriendo los valores morales para construir la paz". Incluía personalidades del extranjero que tenían experiencias relevantes para compartir. El General Joseph Lagu, por ejemplo, quien durante diecisiete años había liderado el levantamiento por la independencia en el Sur de Sudán, contó cómo en 1972 había salvado la vida de treinta musulmanes cuyo avión había aterrizado forzosamente en la zona que controlaba. Este gesto inesperado fue un paso vital hacia los acuerdos de Addis Abeba, trayendo diez años de paz al Sudán. Alec Smith, hijo del ex primer ministro Smith de Rhodesia del Sur, describió cómo, en 1980, varios negros y blancos pudieron juntos ayudar a poner fin a la cruel guerra civil. Esto permitió el paso a una transición acordada que trajo la independencia de Zimbabue, donde se creó un ejército nacional a partir de los tres grupos de combatientes que habían estado luchando entre sí.

Antes de ir por caminos separados, los participantes en el seminario decidieron enviar un telegrama a los delegados del Gobierno y al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), en ese momento en medio de negociaciones en Costa Rica. Sugirieron que los delegados deberían basar su búsqueda de la paz en la inspiración moral y espiritual, y que deberían tomarse un tiempo en una reflexión silenciosa para buscar lo que era correcto para toda la población, conscientes de que solo se podía llegar a un acuerdo entre los intereses de todas las partes presentes.

El diálogo que Duarte había comenzado antes con los guerrilleros solo se hizo realidad en 1991, implementado por su sucesor, Alfredo Cristiani, representante del partido de derecha ARENA. 1989 había visto el derrocamiento del bloque soviético y una reducción en el apoyo de la URSS a los regímenes y levantamientos, particularmente alrededor del Caribe. Las negociaciones fueron continuas desde abril de 1990 hasta diciembre de 1991. Uno de los puntos más delicados en cuestión fue una purga dentro del ejército. Una comisión de tres miembros fue asignada para abordar esta tarea. Un miembro de esta comisión

fue nominado por el Secretario General de la ONU y los otros dos fueron seleccionados de las listas enviadas respectivamente por el gobierno y la guerrilla, y cada parte aprobó la lista de los demás. Eduardo Molina se enteró por los periódicos que él era uno de los dos elegidos.

La comisión se estableció de mayo a septiembre de 1991 para preparar listas de los oficiales que iban a ser despedidos. Entrevistaron a todos los altos oficiales, incluyendo el rango de teniente-coronel, y los de rango inferior, hasta tenientes, aquellos específicamente referidos a ellos. Las responsabilidades de la comisión eran considerables. No era consejo lo que se les pedía. Debían tomar decisiones sin derecho de apelación. "Le pedimos a Dios que nos guíe", dice Molina. Después de celebrar sus audiencias, la comisión se encerró en una oficina de la ONU en Nueva York para evitar toda influencia externa, y comenzó a agrupar sus evaluaciones sobre la base de las notas que cada uno, individualmente, había tomado. Encontraron consenso sin dificultad. Al Presidente de la República se le dieron sesenta días para implementar sus decisiones, lo cual no fue fácil. Entre los destituidos se encontraban un ministro del gobierno y dos viceministros. Algunos reaccionaron y comenzaron a preparar un golpe. Como portavoz de la comisión, Molina fue especialmente señalado para un ataque público y, por un tiempo, tuvo que refugiarse en el extranjero con su familia. Pero los veredictos de la comisión se llevaron a cabo, en parte gracias a que las autoridades de los Estados Unidos acordaron compensar a los que fueron despedidos, quizás sintiéndose parcialmente responsables de su conducta pasada, o quizás disuadiéndolos de hablar demasiado.

Aunque la confianza regresó lentamente, la calma con la que el país aceptó el creciente apoyo a los ex guerrilleros, antes de las elecciones de marzo de 1997, demostró lo que se había logrado. El FMLN tomó un tercio de los escaños parlamentarios, poniéndolos al nivel de ARENA, que anteriormente había ocupado el poder. También tenían alcaldes del FMLN elegidos en las principales ciudades, incluida San Salvador, sin que esto provocara pánico. Luego aumentaron su éxito en las elecciones de marzo de 2000 y se convirtieron en la principal fuerza política del país. Esto fue ayudado por su capacidad de transformarse de un movimiento insurreccional a un partido democrático e izquierdista, y por el tono moderado de su campaña. Las constantes violaciones de los derechos humanos disminuyeron sin parar y los periódicos y las estaciones de radio de todos los puntos de vista comenzaron a practicar un cierto grado de pluralismo, dando espacio a sus oponentes.

Como en otros lugares, los cambios personales precedieron o acompañaron los cambios que podrían observarse en la vida pública. Entonces ocurrió que Grande Preza, quien se había separado de su esposa, una vez más encontró la unidad en su hogar. También se produjeron cambios con Carlos Rivas Zamora, uno de los mediadores contratados para trabajar en las cárceles. Algunos años antes, había estado a punto de abandonar la batalla por la integridad dentro del sistema legal, derrotado por el problema de los funcionarios que se negaron a defender los derechos de los más débiles. Había estado a punto de reunirse con la resistencia. El contacto con un grupo extranjero, los invitados de Eduardo Molina, lo llevaron a escuchar la voz interior, reencontrar su fe católica y alejarse de tomar las armas. Ahora, en esta nueva situación, trató de responder a las

necesidades espirituales de los prisioneros, ofreciéndoles un folleto escrito en el espíritu del movimiento a través del cual él mismo había sido transformado. Comenzó reuniones de oración semanales que, en un corto período, aumentaron en número de 25 a 125 participantes. Se convirtió en el representante de su país para "Prison Fellowship International".

Costa Rica: ayudando a los vecinos.

Una pequeña isla de calma en medio de un entorno que se desgarraba, Costa Rica estaba ansiosa por contribuir al retorno de la paz en América Central, algo que ayudaría a salvaguardar su propia estabilidad. En la década de 1980, su capital, San José, estuvo marcada por una serie de manifestaciones que pedían la reconciliación con representantes procedentes de países vecinos. En la primavera de 1984, el Jefe de Estado, Luis Alberto Monge, inauguró una Mesa Redonda y la cerró un ex Presidente, José Figueres. Entre los invitados se encontraba un refugiado de la vecina Guatemala, José Pinzón. Fue uno de los responsables de la Confederación Latinoamericana del Trabajo, un organismo de orientación cristiana. El gobierno militar de su país lo vio de mala manera por haberse presentado a las elecciones bajo la bandera de la Democracia Cristiana. Mientras tanto, la guerrilla se había infiltrado en su organización sindical. Sintiendo amenazado por ambos lados, decidió abandonar el país. En San José fue puesto a cargo del Instituto Centroamericano de Estudios Sociales.

Pinzon organizó varios seminarios pequeños después de la Mesa Redonda, y en 1985 ofreció las instalaciones del Instituto para una nueva conferencia. Algunos intercambios reflejaron el espíritu del simposio anterior. Los costarricenses tenían su propia experiencia feliz para compartir porque su historia reciente había estado dominada en gran medida por períodos de consenso caracterizados por una "neutralidad activa, perpetua y desarmada". Su ejemplo dio esperanza a sus vecinos, particularmente a los de El Salvador, que hablaron francamente de las dificultades de su recién nacida democracia.

Menos preocupada que El Salvador, Honduras estaba en ese momento dividida debido a las recientes crisis políticas. Un misionero canadiense contó a los delegados en la conferencia de una "Hora Apostólica Presidencial" que había tenido lugar diez días antes en la Catedral de Tegucigalpa. De los nueve candidatos a la Presidencia de la República – esto pasó poco antes de las elecciones presidenciales-, cinco estaban presentes y los otros cuatro enviaron representantes. Todos se comprometieron a eliminar el odio de sus campañas. Los dos candidatos más destacados, del Partido Liberal (que fue elegido) y del Partido Nacional, abrazaron plenamente la idea.

Entre los que participaron en el seminario en 1985 se encontraba Lino Cortizo, el reciente presidente de la Confederación Uruguaya del Trabajo. En frente de todos, pidió el perdón de José Pinzón porque, durante un período de tiempo, había avivado la rivalidad entre los sindicatos cristianos y marxistas. Pinzón estaba visiblemente conmovido.

Estados Unidos también estuvo representado. Un ex funcionario del Pentágono dijo a los latinoamericanos: "En el pasado, éramos indiferentes a ustedes. Luego,

tratamos de controlarlos. Hoy desconfío de nuestra excesiva tendencia a querer ayudarles. He decidido escucharlos de aquí en adelante y convenceré a los responsables de la vida pública en los EE. UU., a quienes conozco, a hacer lo mismo”.

Estas palabras tocaron al Presidente Luis Alberto Monge, quien asistió a la sesión de clausura de la conferencia. Monge reafirmó su pleno apoyo a la iniciativa que había reunido a los delegados allí "para estar al servicio de toda la humanidad y no sólo para uno u otro grupo político o religioso".

La preocupación de los costarricenses por ayudar a avanzar en la reconciliación de los gobiernos de Centroamérica con sus oposiciones armadas, encontró su más vívida ilustración en agosto de 1987, cuando, en la ciudad de Esquipulas, en Guatemala, cinco Jefes de Estado firmaron un plan de paz. Esta iniciativa se debe en gran medida al impulso del sucesor de Monge, el Presidente Oscar Arias. Esta iniciativa le valió el Premio Nobel de la Paz. Promovió la apertura del diálogo entre los gobiernos y las fuerzas rebeldes, el fin del apoyo externo a estos últimos y la prohibición del uso de territorio extranjero como base para la agresión. El plan también preveía la institución de un sistema democrático en América Central, estipulando particularmente que cada Gobierno celebrara "elecciones libres, pluralistas y honestas". Tomó varios años para que el plan fuera completamente efectivo en El Salvador.

Guatemala: saliendo de la Guerra Civil.

En Guatemala se necesitaba aún más tiempo para alcanzar un estado de paz después de un proceso tortuoso envolviendo variedad de elementos y varias personas clave. Una persona que jugó un papel fue Eliezer Cifuentes, cuya historia a veces se asemeja a una aventura "occidental".

Eliezer creció en el distrito de Chimaltenango, una región montañosa poblada por indios, a unos cincuenta kilómetros de la capital. El joven Eliezer se destacó de sus amigos de la escuela por su piel clara. Como ellos, andaba descalzo y vivía en la pobreza. Después de la escuela primaria, por falta de dinero, tuvo que esperar un año antes de asistir a la escuela secundaria. Aprendió a reparar zapatos y trabajó para un herrero. Fue a la universidad para formarse como maestro rural y se casó con Clemencia cuando tenía veintiún años. Mientras enseñaba, estudió derecho en la universidad y trabajó con el movimiento cooperativo. Se unió al Partido Revolucionario Socialdemócrata y fue Secretario del Distrito de Chimaltenango.

En 1970, el partido se dividió. Una sección giró hacia la derecha mientras que la otra creó el PRO, el Partido Revolutionario Ortodoxo, que pronto se convirtió en el PRA, el Partido Revolutionario Auténtico, que luego se transformó nuevamente en el PSD Partido Socialista Democrático. Cifuentes se convirtió en miembro del ejecutivo del PRA, y en 1978 se presentó sin éxito a las elecciones al parlamento. Una coalición, que incluía al PRA, los Demócratas-Cristianos y el Frente Unido Revolutionario fue derrotada. El gobierno militar fue acusado de arreglar las elecciones. Después de esto, las guerrillas, activas en pequeñas células desde 1960, comenzaron a organizarse a escala nacional. El terremoto

de 1976 marcó un punto de inflexión. Se estaba enviando ayuda a todas las zonas de desastre, pero el ejército trató de obtener beneficios de estas operaciones. Mientras buscaban sobrevivientes del terremoto, podían localizar a los insurgentes. Pero las organizaciones rurales que colaboraban con la distribución de ayuda, a menudo estaban cerca de los rebeldes y podían desviarles armas y medicinas.

En 1979, cuando Lucas García accedió a la presidencia, la guerrilla se había vuelto tan fuerte que el Gobierno decidió eliminar a las principales figuras de la oposición. Este fue el período en que el PRA se incluyó en el PSD. La misma tarde en que se registró el nuevo partido, su Secretario General fue asesinado. Los militantes ahora no veían futuro en acciones pacíficas legítimas. Se creó el Frente Democrático contra la Represión (FDCR). Los líderes de la oposición fueron sistemáticamente eliminados, uno tras otro. En julio de 1980, el hombre responsable de la formación social en el FDCR tuvo el mismo destino. Cifuentes lo reemplazó. Dos meses después, él también fue víctima de un intento de asesinato.

Al regresar a casa una noche, desde la capital, Eliezer vio una camioneta roja que lo seguía, acelerando y disminuyendo la velocidad cada vez que él lo hacía. No apartó la vista del espejo retrovisor. Al llegar a Chimaltenango, no fue directamente a su casa, sino que continuó para ver si podía librarse de los que lo seguían. Pero la persecución fue rápidamente asumida por otros vehículos estacionados al costado de la carretera. Le abrieron fuego. Se agachó para escapar de las balas y siguió conduciendo, guiándose por los techos de las casas a lo largo del camino. Deseando cambiar de marcha, se dio cuenta de que una bala le había cortado el hueso del brazo. Después de varias vueltas más por las calles, saltó de su automóvil, ahora acribillado a balazos, se lanzó a una tienda y se agachó debajo del mostrador. Hombres armados, que no lo habían visto entrar, entraron en la tienda, interrogaron al vendedor y se fueron sin adivinar su escondite. A su vez, la policía local vio el vehículo acribillado a balazos, estacionaron frente a la tienda, entraron pero no hicieron preguntas. Se suponía que estaban para proteger a los ciudadanos pero, enfrentados con estos escuadrones de la muerte, ¡encontraron más prudente no hacer nada!

Mientras tanto, Eliezer salió de la tienda y se escondió con amigos en el vecindario. Llamaron a otros amigos para que lo recogieran. Pronto llegó un automóvil, se detuvo en la puerta, encendió los faros y luego despegó a toda velocidad, llevando a Eliezer a otra casa, donde le dieron primeros auxilios. Se utilizó una aguja de coser para suturar su herida y un pedazo de canaleta sirvió como una férula.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Unirse a los rebeldes? ¿Irse a México o Costa Rica? Eliezer eligió Costa Rica porque el cónsul guatemalteco, con sede en la capital, San José, era un amigo. Pero había controles en todas partes, y las entradas a las embajadas de los países vecinos estaban vigiladas de cerca. Los amigos de Eliezer probaron varios de los puntos de control y luego fueron a recogerlo, cambiando de vehículo seis veces, llegando finalmente a la Embajada en el momento exacto en que podían entrar por una puerta abierta. Su estancia en la Embajada duró casi tres meses. El Gobierno guatemalteco no quería que se

fuera, alegando que era un líder guerrillero. Habían varios otros refugiados en la Embajada, que comenzaron a impacientarse. Algunos de ellos idearon un plan para secuestrar al embajador. Cuando le dijeron esto a Eliezer, él se opuso. "El embajador no tiene ningún problema si los refugiados bajo su techo quieren irse", dijo, y el plan fue abortado. Poco después, el embajador, que se enteró del complot, llamó a Cifuentes y le agradeció por haber logrado detener a sus compañeros. "Ese día", dice Eliezer, "me di cuenta de que Dios podía clarificar el papel que debíamos desempeñar". En la víspera de Navidad, finalmente recibió un salvo-conduto para Costa Rica, con la condición de que nada debería aparecer en la prensa de ese país. Dos meses después, Clemencia, harta por todo lo que había sucedido, se unió a él en San José, con los niños. El ambiente dentro de la familia era como un volcán en erupción.

La vida continuó. Eliezer, que era hijo de un pastor, se unió a una parroquia protestante, convirtiéndose en un anciano de la iglesia y responsable de la escuela dominical. Se reunió con su antiguo compañero de clase, José Pinzón, quien lo invitó a varios seminarios y luego, en 1985, a una conferencia que estaba organizando en su Instituto, donde hablaron de cosas más profundas. Clemencia se quejó de todas estas nuevas reuniones. "¡Otra cosa más en la que se mete Eliezer!" Pero en esta conferencia de noviembre le impresionaron las historias que escuchó y las películas que vio; como la de los estibadores de Río y la historia de Irène Laure - la líder de la resistencia francesa que había viajado por toda Alemania pidiendo perdón por su odio-. Se dio cuenta de que en la iglesia predicaba el amor a su prójimo. ¿Pero tu vecino también era el ejército? ¿Y los americanos? E incluso sin mirar tan lejos, ¿qué pasa con los más cercanos a él? Clemencia fue la primera en notar cambios en la actitud de su esposo. En 1986, viajó a Caux, donde se encontró cara a cara con los estadounidenses. Encontró el coraje de decirles cuánto los había odiado como grupo y cómo ahora se arrepintía de esto. Y decidió, a su regreso, ponerse en contacto con la gente del Ejército para hablarles de la misma manera.

Pero, volviendo a San José, tuvo que seguir adelante con lo que había decidido. Eliezer se dispuso varias veces a ir a la Embajada de Guatemala, pero cada vez que veía un uniforme militar se le erizaban los pelos. Trató de razonar consigo mismo, pero no pudo hacerlo. Un día se topó con un oficial del ejército que era particularmente temido por el papel que se creía que desempeñaba en la eliminación de miembros de la oposición guatemalteca. "¿Quieres verme? Vamos ... ¿Tomemos un café? Eliezer vaciló. ¿Sería envenenado? Bueno, ¡muy mal! Se tomó varias tazas de café para acomodarse. Luego, reuniendo su coraje con ambas manos, le contó al oficial su odio hacia los militares, su convicción de que nada bueno podía construirse sobre tales sentimientos y su decisión de liberarse de ellos. El oficial se abrió, curioso por lo que Eliezer le estaba diciendo. Después de eso se volvieron a encontrar, y Eliezer descubrió que el oficial sabía desde el principio que él era un exiliado político. También descubrió que el oficial estaba preocupado por regresar a Guatemala, donde otros oficiales lo consideraban sospechoso.

Cuando la "Reina Indígena", elegida en el Festival Folclórico de Cobán, en Guatemala, pasaba por Costa Rica, se quedó con los Cifuentes y el oficial llegó a su casa. Para su asombro, los anfitriones lo escucharon decirle a la muchacha:

"Te ruego que nos perdonen, en nombre de tu pueblo, por todo lo que les hemos hecho". Un poco más tarde pudo decirle a Eliezer que los cargos en su contra habían sido anulados y ya no lo amenazaban ni impedían su regreso a casa.

A partir de enero de 1987, Eliezer se arriesgó a pasar algún tiempo en su propio país. En abril, participó en una reunión que había iniciado junto con otros dos líderes sindicales, uno de ellos José Pinzón, el cual había regresado algún tiempo antes a Guatemala. Esta reunión congregó a representantes de casi todos los países de América Central, y muchos de América del Norte y del Sur, junto con visitantes de varios países europeos. Su tema fue "Restablecer el diálogo en la familia guatemalteca y en Centro América". Se llevó a cabo en Panajachel, cerca de un lago de montaña, en un centro de recreación puesto a disposición de los organizadores por la Ministra de Trabajo, una mujer que participó en el evento. Esta asamblea marcó una etapa definitiva en el avance de la idea de la reconciliación. El Presidente Cereso recibió una delegación, y la prensa y la radio informaron sobre la conferencia. Se prestó especial atención a los problemas de la comunidad indígena. Uno de los alcaldes que estuvo presente invitó a los participantes a visitar su pueblo, San Pedro la Laguna. Esta visita selló la reconciliación del alcalde local con los líderes tradicionales indígenas que no habían reconocido a las autoridades civiles.

Durante los años siguientes, con el progreso intermitente y el uso de varios lugares neutrales -Canadá, España, México- el diálogo significativo entre los diferentes sectores guatemaltecos se restableció gradualmente. El conflicto armado continuó, pero se notó un cambio de tono en algunas declaraciones de los rebeldes. Los contactos entre militares de alto rango y amigos de Cifuentes se multiplicaron en San José, en el "Sitio" en Petrópolis/Brasil y en el centro de conferencias de Caux, en Suiza. El ejército pidió a Cifuentes que preparara a los oficiales en formación para el papel que podrían desempeñar en la reconciliación nacional. El 15 de septiembre de 1995, Día de la Independencia, el embajador de su país en San José, le otorgó a Cifuentes el título de 'Ciudadano Distinguido de Guatemala' en reconocimiento a su ayuda espiritual y práctica a sus compatriotas que viven en Costa Rica y su contribución a dar a conocer la cultura de su país. Había ironía en el hecho de que el premio era de un Gobierno a uno de sus ciudadanos que en ese momento todavía era un refugiado político que vivía en el exilio.

En 1996, durante el período previo a las elecciones presidenciales, Álvaro Arzú, el candidato conservador, que finalmente fue elegido, invitó al grupo 'Viva el Gente' (ver capítulo 5), que se había convertido en 'Gente que Avanza', para ayudar a los organizadores de sus campañas con sesiones de capacitación cívica y moral. Una vez instalado, el nuevo presidente se atrevió a desarrollar abiertamente contactos con la guerrilla que su predecesor había comenzado. Entre la generación más joven de oficiales del ejército, así como de insurgentes, hubo un anhelo notable por un acuerdo. Las negociaciones se aceleraron en 1996, marcadas por acuerdos sucesivos, en mayo sobre el tema muy sensible de la 'modernización agrícola' y en septiembre sobre la reducción del tamaño del ejército, la creación de una fuerza policial nacional y la reforma del sistema judicial, y a principios de diciembre, con una amnistía por delitos relacionados con el conflicto. El 29 de diciembre, frente a unos cien delegados internacionales,

se firmó finalmente el Acuerdo de Paz. Esto puso fin a un conflicto que había durado más de treinta y seis años, durante los cuales cien mil personas habían muerto. Una frase, dicha durante la ceremonia por un 'Comandante' del 'Movimiento Revolucionario Nacional de Guatemala' que agrupó a los diferentes grupos guerrilleros, mostró que la gente estaba al tanto del camino que aún tenía que transitar para construir una paz duradera: “La paz ha sido firmada pero, a partir de ahora, debemos construirla y protegerla de todos aquellos que no la quieren”. Su fragilidad quedó demostrada por el asesinato, el 26 de abril de 1998, de un funcionario de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, que estaba a punto de publicar un informe sobre las atrocidades del ejército durante la guerra civil. Y en enero de 2000, justo cuando Arzú estaba entregando el cargo a su sucesor, la Misión de las Naciones Unidas encargada de cumplir los acuerdos de paz, publicó un informe que planteaba detalles de ataques persistentes, e incluso crecientes, contra los derechos humanos durante 1999.

CAPÍTULO 16

ELECCIONES LIMPIAS

El 3 de octubre de 1994, los votantes en Brasil debían elegir al Presidente de la República, a los senadores y miembros del Congreso, así como a los gobernadores estatales y las asambleas estatales. Ante la importancia política de este evento, varios brasileños sintieron que deberían lanzar una campaña para “limpiar” la forma en que las elecciones de su país eran conducidas. Para esto, se inspiraron en lo que habían aprendido de una campaña similar en Taiwán que, a su vez, había sido inspirada por medidas tomadas por ciudadanos en Australia, tres años antes.

Es necesario, por lo tanto, visitar el Pacífico antes de regresar a Brasil.

En *Queensland*:

Hacia fines de la década de 1980, el Estado australiano de *Queensland*, importante por su riqueza mineral, agricultura y turismo, se vio sacudido por una serie de escándalos. Una Comisión de Investigación creada en 1987 y encabezada por el juez Tony Fitzgerald reveló, a un público horrorizado, que la maquinaria del gobierno estatal estaba seriamente corrupta. Un ex jefe de policía fue acusado de dieciocho cargos de corrupción y falso testimonio, y las sospechas obligaron a dos ex ministros del gabinete a renunciar a sus sillas en el parlamento. Otros fueron convocados para explicarse ante los tribunales. El mismo jefe de la comisión declaró que lo que se estaba descubriendo era solo la punta de un enorme iceberg. Propuso reformas de gran alcance que afectan al gobierno del Estado, la policía y el proceso electoral. “Pero”, agregó, “la ética empresarial y la moralidad individual no son solo cuestiones de estructuras legales. En última instancia, es la opinión pública la que debe ejercer el control”. Sin embargo, desafortunadamente, gran parte del público parecía demasiado dispuesto a aceptar el fraude fiscal, los reclamos falsos de beneficios del Seguro Social y la falsificación de cuentas de gastos, como prueba de lo inteligentes que eran. Pocos establecieron el vínculo entre tales prácticas y la escala de corrupción denunciada por la Comisión de Investigación.

Conscientes de la situación, varios ciudadanos de *Brisbane*, de diferentes profesiones, decidieron hacer algo e iniciar una acción pública contra estas prácticas. Inicialmente acordaron reunirse regularmente durante el desayuno y analizar los problemas desde un punto de vista ético: de cinco a ocho personas se reunieron de 6:30 am a 7:30 am antes de ir a trabajar. De estos tiempos juntos surgió la convicción por una declaración pública que pedía “Una *Queensland* libre de corrupción”.

En octubre de 1988, Brian Lightowler, integrante del grupo que se reunía, fue a Corea del Sur, a través de Taiwán, para una reunión en Seúl. En ambos países le sorprendieron los importantes cambios que se estaban llevando a cabo en la transición del gobierno autoritario hacia la democracia. Esto contrastaba con Australia, donde la corrupción pública y privada, como la revelada en *Queensland*, amenazaba los cimientos de lo que ya era una democracia bien

establecida. Lightowler regresó a casa aún más preocupado por el deterioro y la necesidad de remediarlo. Creció en él la certeza de que se necesitaba una declaración, no solo como un desafío a lo que estaba mal a nivel estatal, sino que también movilizaría a los ciudadanos comunes. Diferentes grupos estaban enfrentando el problema gracias a que la prensa continuaba destacando las malas acciones reveladas por la Comisión Fitzgerald. El mensaje específico que Lightowler y sus amigos querían llevar a casa era que hombres y mujeres comunes y corrientes podían ser efectivos en la situación al eligiendo empezar a cambiar ellos mismos.

En un momento de reflexión en silencio, temprano en la mañana, Lightowler escribió el bosquejo de una Declaración que se discutió durante los siguientes desayunos. El texto final, que rindió homenaje al trabajo de la Comisión, señaló que “cualquier proceso, sin importar cuán bien redactado, solo puede ser tan efectivo como las personas y la sociedad que tienen que ponerlo en práctica. Al final, la única respuesta duradera a la corrupción son hombres y mujeres incorruptibles. Nuestro Estado ha abierto el camino en el rigor de sus investigaciones. Ahora depende de nosotros, como ciudadanos, construir la estructura de una sociedad sólida libre de corrupción. Por lo tanto, nos comprometemos a:

1. no firmar ningún reclamo de gastos que no corresponda con los hechos verdaderos;
2. pagar impuestos honestamente;
3. no ofrecer nada "debajo de la mesa" para asegurarnos un favor a nosotros mismos o para cualquier organización;
4. rechazar cualquier soborno ofrecido a cambio de un trato favorable;
5. donde se ha cometido algún fraude, tomar medidas para corregirlo".

Hubo un acalorado debate sobre el último punto. Finalmente, se decidió que cualquiera que hubiera hecho algo mal no tenía autoridad para combatir la corrupción a su alrededor si ellos mismos no habían tomado medidas para la restitución. ¿Alguna persona estaría satisfecha si un funcionario corrupto simplemente pasara una “página nueva” sin enfrentar el costo de los errores del pasado? La claridad alcanzada en este punto ayudó a dos de los presentes en el desayuno (un estudiante universitario y un trabajador social) a arreglar las cosas con las autoridades fiscales.

Entonces, al firmar la Declaración, surgió un pequeño grupo de personas comprometidas. Pero, ¿cómo podrían llegar al público en general? Después de buscar una respuesta juntos, en un momento de silencio, un miembro de la universidad, Roger Duke y Brian Lightowler fueron a reunirse con los pastores y miembros del consejo de la "Iglesia Unida" en su suburbio, Indooroopilly. La mayoría de los miembros del consejo firmaron la Declaración y los ministros de la iglesia acordaron que debería lanzarse en su iglesia. Aquellos que habían redactado la Declaración enfatizaron que no era algo sólo para aquellos en asuntos públicos, sino que representaba un compromiso personal. Ciento ocho se inscribieron cuando la gente salía del servicio de la iglesia. Varias otras parroquias hicieron lo mismo.

Poco después de este lanzamiento, un grupo más grande, incluidos los que habían sido parte de los desayunos, se reunieron para considerar cómo ir más allá. Los artículos aparecieron en la prensa señalando que una iniciativa iniciada por dos personas había crecido para incluir a más de un centenar de feligreses en Indooroopilly. Dos o tres estaciones de radio pidieron entrevistas. El grupo decidió entregar la Declaración a todos los miembros del Parlamento del Estado, siempre que sea posible en persona, de lo contrario por correo. En las próximas semanas se llegó a cada uno de los noventa y nueve parlamentarios. Dos hablaron de la Declaración en una sesión completa del Parlamento.

El moderador de una iglesia protestante de *Queensland* envió el texto de la Declaración que había firmado a todos sus ministros, invitándolos a difundir el mensaje y alentar a sus congregaciones a firmar. Algunos de los que firmaron pagaron dinero al Seguro Social en restitución por el fraude que habían cometido; otros hicieron lo mismo con las autoridades fiscales. Otros pagaron a sus empleadores por el costo de las llamadas telefónicas privadas que habían hecho. Un presentador de radio, invitado a firmar, exclamó: "¡Pero eso me costaría los ojos de mi cara"! Varios periódicos en Australia y Nueva Zelanda informaron lo que estaba sucediendo.

Las importantes reformas institucionales que se implementaron fueron más el resultado de la Comisión de Investigación que de la iniciativa de Brian Lightowler y sus colegas. Su objetivo central era cambiar la actitud de la gente común hacia la corrupción. Pero, más allá de lo que sucedió en *Queensland*, el efecto indirecto de lo que siguió en Taiwán fue aún más sorprendente.

Taiwán

En 1991, Brian Lightowler y su esposa pasaron siete meses en Taiwán. Uno de sus anfitriones, Ren-Jou Liu, estaba muy interesado en la experiencia de *Queensland* y pidió a sus invitados que le contaran sobre eso a varios de sus amigos. Entre ellos habían parlamentarios, docentes, abogados, empresarios y jóvenes. Algunos meses después, en marzo de 1992, Ren-Jou y su esposa almorzaron con dos hombres de negocios que plantearon la cuestión de las elecciones legislativas que se celebrarán a fin de año. Esto sería particularmente importante ya que no habían habido elecciones desde 1949. Expresaron su preocupación por la extravagancia de las campañas electorales y la prevalencia de la corrupción, particularmente del peor tipo, que era la práctica de la compra de votos. ¿Qué se podría hacer para contrarrestar esta terrible y poco saludable forma de hacer las cosas? Si los candidatos acumularan deudas para comprar votos, una vez elegidos, serían vulnerables a los sobornos para pagar lo que debían. Se convertiría en un círculo vicioso. Los Liu estaban de acuerdo. Una campaña para responder a esta corrupción tenía que ser lanzada mucho antes de diciembre.

Ren-Jou comenzó discutiendo el problema con varios amigos, y se apoderó de la idea de que se debería hacer algo. Sin embargo, para que una campaña de este tipo sea suficientemente conocida entre la población requeriría la inclusión de otras organizaciones y movimientos cívicos. Así que Ren-Jou invitó a varios líderes, que eran conocidos por su preocupación por una vida pública saludable,

a unirse para discutir la idea. Los que vinieron estuvieron de acuerdo en que el alcance de la mala práctica había aumentado de manera alarmante, y que era especialmente frecuente en el partido dominante *Kuomintang*. Sin embargo, precisamente por esta razón, ¿podría una "campaña de elecciones limpias" tener pocas posibilidades de mejorar la situación? Por supuesto, lo que había sucedido en *Queensland*, en un sentido, era alentador. Pero esta era una situación diferente. "Quizás pueda funcionar entre los cristianos", pensaron los escépticos. "Pero no aquí, con la corrupción, una vieja tradición que se remonta a un milenio".

A pesar de estas objeciones, la gente terminó sintiendo que era mejor intentar algo que simplemente no hacer nada. Se tomó la decisión de lanzar una "Campaña Electoral Limpia", que sonó más positiva que una "Campaña Anticorrupción". Se invitaría a los votantes a comprometerse a no aceptar la compra de votos, rechazando a los candidatos que ofrecieran sobornos. Se pediría a los candidatos que se comprometían a no comprar votos. El principio era el mismo que en *Queensland*: se pidió a las personas que se comprometieran personalmente a rechazar las prácticas corruptas.

Se invitó a una gran variedad de grupos a formar parte de la campaña. Algunos dudaron porque no creían en ella; mientras que otros, especialmente entre los grupos religiosos, tenían miedo de involucrarse en la política. Siete u ocho grupos aceptaron de inmediato y los números crecieron de manera constante hasta que se unieron sesenta y siete, desde discapacitados hasta taxistas. Los dignatarios católicos, budistas y tao agregaron sus voces a la apelación.

Los primeros participantes formaron un comité de unas quince personas que se reunieron semanalmente. En septiembre, dos meses antes de la votación, organizaron una conferencia de prensa. Se planificaron visitas al Secretario General de la Comisión Electoral, al Jefe de la Corte Suprema, al Primer Ministro y al Jefe de Estado, quien personalmente firmó la Declaración y habló públicamente sobre ella, un evento ampliamente reportado en los medios de comunicación. El Ministro de Educación envió una carta a todos los padres de estudiantes de primaria y secundaria invitándolos a respaldar la campaña y preguntándoles cómo esperaban que sus hijos no engañaran en los exámenes si ellos mismos vendían sus votos. Colegios, universidades y empresas se involucraron. Hubo un par de manifestaciones al aire libre. Los dos periódicos principales dieron su respaldo a la operación; uno imprimió, a su propio costo, recortes de formularios para ser completados y enviados por correo, así como calcomanías para automóviles o puertas de hogares que decían: "En nuestra familia no vendemos votos". Las estaciones de televisión transmitieron secuencias breves y varios municipios lanzaron acciones específicas contra la corrupción.

Al final, las fichas de compromiso fueron tantas que ya no era posible contarlas y ¡tuvieron que ser pesadas! Las estimaciones ponen el número de hojas firmadas en 650,000. De los 350 candidatos para las 125 sillas parlamentarias, 162 se inscribieron. De estos, cuarenta y uno fueron elegidos. Muchos miembros anteriormente electos fueron derrotados, entre ellos los conocidos como "los bueyes dorados", millonarios, cuyas fortunas personales siempre habían

asegurado su victoria hasta ese momento. Igualmente se compraron votos, pero no lo suficientes como para presentar reclamos de fraude electoral.

Más allá del tema de cómo se llevaron a cabo las elecciones, la campaña creó un público consciente de la necesidad de limpiar el proceso electoral, y la virtud de contar con una oposición reconocida que, en sí misma, emergió fortalecida. Y, después de todo, se aprobó una "ley del sol" que exige que todos los electos en el futuro declaren su riqueza personal.

En Brasil:

Muchos dirigentes sindicales tuvieron la oportunidad de visitar Caux mientras asistían a las Asambleas de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Esto también pasó con varios industriales, entre ellos, en 1970, Jones Santos Neves Filho, Vicepresidente de la Federación Nacional de Industria de Brasil y miembro del Congreso Nacional de Brasil, un hombre involucrado tanto en la industria como en la política. Le preocupaba la corrupción generalizada en ambos campos. Se reunió con el Santo Padre en el Vaticano, en 1994, y le dijo: "La Iglesia está preocupada por la pobreza en Brasil. ¿Podría también lidiar con la corrupción en la que están implicados tanto empleadores como políticos? Mientras la corrupción nos atormenta, nunca nos libraremos de la pobreza". Mientras tanto, él había sido impresionado por la campaña taiwanesa para elecciones limpias en 1992, que parecía tener importantes lecciones para su propio país. Santos Neves se refirió a esto en el Congreso, en febrero de 1993, pero lo que dijo no causó impresión. A medida que se acercaban las diversas elecciones que debían celebrarse el 3 de octubre de 1994, su convicción de que se necesitaba una campaña similar en Brasil creció.

Esto sucedió en los últimos tres meses de 1993. Se difundió ampliamente un llamamiento anunciando la naturaleza de la campaña en cuatro pasos:

1. Distribución de la apelación y establecimiento de comités locales, así como distribución de formularios de compromiso;
2. La recolección de firmas en los formularios de compromiso de los votantes, seguida de las firmas de los candidatos;
3. Llevar todos los formularios firmados a las direcciones seleccionadas;
4. Registrar y publicar resultados.

Siguiendo el ejemplo de Taiwán, se solicitó a los candidatos, cuando fueran elegidos, que aprobaran las leyes necesarias para la limpieza del proceso electoral. Una carta abierta publicitó los motivos de la campaña e invitó a las organizaciones a unirse. Entre los primeros individuos que apoyaron la iniciativa de Jones Santos Neves, estaban varios de los mencionados en los capítulos anteriores: la mujer de negocios Elza de Araujo, el líder de las favelas Luiz Pereira y el jefe de la Cooperativa Central de Taxi.

A medida que la campaña despegaba, tres personas que habían liderado la campaña en Taiwán llegaron a Brasil para ayudar, al igual que Alice Cardel, quien conocía muy bien Brasil. Ella vino luego de pasar tres años trabajando para el servicio diplomático de su nativa Filipinas. Estas cuatro personas formaron parte de un grupo que viajó 8,700 kilómetros en veinte días,

promoviendo la campaña. Brasil es mucho más grande que Taiwán, pero tiene problemas muy similares, por lo que el éxito logrado por una campaña similar en otros lugares fue un argumento sólido. El principal periódico de Brasilia, "Correio Braziliense", escribió: "A partir de agosto, un gran movimiento entre partidos cubrirá Brasil. Una Campaña para Elecciones Limpias confrontará a votantes y candidatos por igual con una opción sobre el tema de la corrupción y la compra y venta de votos. Pueden pensar que esto es una utopía, pero dicha campaña se llevó a cabo con éxito en Taiwán, en 1992".

No se pudo llegar a todas las partes del Brasil. San Pablo, por ejemplo, no estuvo involucrada al inicio, pero la Misión finalmente decidió ir, ya que era el hogar del mayor asentamiento de taiwaneses en el país. Ellos tenían el número telefónico de un amigo de Jones Santos Neves, a quien llamaron a las 8 de la mañana. A las 10 de la mañana estaba con ellos en su hotel. Descubrieron que él era el Presidente de las Cámaras de Comercio Nacionales, que coordinaba dos millones y medio de empresas, dando así una presentación notablemente efectiva en esa ciudad. En Río de Janeiro, el líder del poderoso Sindicato de Trabajadores del Comercio participó activamente en la campaña, poniendo oficinas a disposición como sede. Allí, la compañía telefónica de Brasil instaló un teléfono donde las personas podían llamar sin cargo. Las cooperativas de taxis y los líderes de las favelas, que tenían camisetas y calcomanías para automóviles con "Elecciones limpias", dieron su apoyo. Hubo una reunión de campaña en una de las plazas principales de Río con cámaras de televisión presentes. Los informes del evento se mostraron en el momento pico de transmisión.

En Vitoria, capital del Estado de Espírito Santo, al norte de Río, el presidente de la Cámara de Comercio movilizó la ciudad para una gran manifestación pública, con el apoyo de unas ochenta asociaciones profesionales y cívicas. En Salvador de Bahía, el arzobispo recibió la misión y la estación de radio católica de Bahía participó con un programa de media hora cada semana. El canal de televisión "Manchete", con cobertura nacional, dio un clip de televisión sobre la campaña, varias veces al día, durante más de un mes, centrándose especialmente en el tiempo de los boletines de noticias de la noche.

La corrupción financiera no fue eliminada de la campaña electoral, eso hubiera sido pedir mucho. Sin embargo, dondequiera que las autoridades católicas y los medios de comunicación apoyaron la campaña, como lo hicieron en el noreste, y donde la gente se había dado cuenta del problema, la corrupción fue menor. Incluso en otros lugares las mejoras fueron notables. Los políticos que buscaban la reelección pero acusados de corrupción perdieron sus plazas. Un caso de votación fraudulenta en Río de Janeiro fue anulado sin oposición y las elecciones se volvieron a celebrar un mes después. El sentido general de conciencia había funcionado. Tener las manos limpias se convirtió en una cuestión de debate nacional. Aquellos que hasta entonces habían evitado la política, por razones de conciencia y el espectáculo de la mala práctica electoral, se sintieron alentados a participar.

Cuando terminaron las elecciones, se desarrollaron otras formas de mantener el impulso. Los líderes comunitarios de unas veinte favelas, en diferentes partes de

Brasil, se reunieron en *Sítio São Luiz* , en 1995, para movilizar sus fuerzas en la construcción de una base moral para la vida social de su país. Esta iniciativa fue seguida por acciones locales en varias ciudades del país: Cachazeiras (Estado de Bahía), Recife, Fortaleza, Vitoria ... En 1996, SEBRAE (un servicio de apoyo a pequeñas empresas en Brasil) emitió un Código de Conducta para pequeñas empresas, inspirado en la Mesa Redonda Caux para Empresas e Industria.

Mientras tanto, la Campaña de Elecciones Limpias se convirtió en parte del pensamiento del ciudadano común, y una vez más cruzó los océanos. Varios kenianos decidieron que su país debería ser liberado de la corrupción que impregnaba la vida de su nación. Con la vista puesta en las elecciones legislativas de 1997, a partir de marzo de 1996, lanzaron su propia campaña para elecciones limpias en la línea de las de Taiwán y Brasil. Más tarde, esto se extendió a una iniciativa más amplia de "Kenia limpia".

CAPÍTULO 17

UN SENTIDO PARA LA VIDA

¿Qué tienen en común los hombres y mujeres mencionados en estas páginas? Algo los atrapó y les dio un nuevo objetivo y dirección en la vida, aún viniendo de diversos orígenes y, a menudo, con puntos de vista políticos muy diferentes. Comenzaron a cambiar, para mejor, situaciones con las que estaban involucrados, en su entorno más próximo y más distante. Visto desde el contexto de su vida anterior, lo que les sucedió y lo que hicieron... no podría haber sido contemplado.

De diferentes maneras tuvieron una experiencia similar: un cambio que tocó las raíces más profundas de sus vidas y motivos que condujeron de maneras muy específicas a nuevas actitudes, una nueva sinceridad y la voluntad de admitir los errores cometidos y pedir perdón. En la medida de lo posible, esto también significaba hacer las paces y corregir lo que la otra persona pudiera tratar de mantener en su contra. Lo que se volvió normal fue el respeto por la otra persona y el deseo de encontrar respuestas, entendidas como justas por ambas partes, en lugar de recurrir a la intimidación o la fuerza para superar las dificultades.

Descubrieron que su propio cambio de corazón provocó un eco en otros a su alrededor, comenzando una reacción en cadena. Comenzaron a darse cuenta de que existe un vínculo entre lo que sucede en la vida personal y el futuro de la vida de las naciones. Mientras muchos de los que están en el poder se quejan de las dificultades que enfrentan y de cómo se sienten incapaces de afectar el curso de los eventos, aquí hay hombres y mujeres comunes que creen que no son sólo peones, indefensos bajo el control de fuerzas abrumadoras. Ya no piensan en los conflictos importantes como desastres naturales inevitables más allá del alcance de su responsabilidad. Los capítulos anteriores han demostrado cómo, con un cambio en su propio comportamiento, ayudaron a sanar las heridas y mejorar el clima en la sociedad mediante la prevención o resolución de conflictos.

La experiencia muestra que tal cambio a menudo es contagioso y se convierte en un creador de la unidad, una unidad no basada en ideas teóricas sino en la búsqueda de un enfoque común. Cuando estas personas deciden intervenir en situaciones de división, ayudan a las dos partes a enfrentar los problemas con un espíritu abierto. No intentan imponer una solución sobre otra, ni presionar por un compromiso que pueda dar algo a ambas partes. Más bien, introducen el factor que a menudo falta en las negociaciones tradicionales que involucran a diplomáticos, socios en la industria u otros, haciendo foco en los motivos humanos y personales de los individuos involucrados. Tales personas no están, por sí mismas, tratando de dar respuestas. Más bien, señalan una forma de ayudar a otros a encontrar sus propias soluciones. No dan consejos sobre lo que debe hacerse. Cuentan historias. No tienen doctrina para predicar, sino simplemente una experiencia para compartir.

Tal intercambio construye redes de amistades sólidas. No crea estructuras organizativas y no se alienta a las personas a unirse a un movimiento. En

cambio, ponen a los demás en movimiento al despertar su sentido de responsabilidad, ayudándoles a ver dónde pueden comenzar los cambios en sus vidas y el papel que pueden desempeñar en acciones más amplias. Por eso consideran que el contacto con las personas es más importante que el "activismo". Volverse público tiene su parte cuando las circunstancias son apropiadas, como fue el caso de las grandes campañas a través de Brasil, Perú, Bolivia y Chile en 1961 que abrieron nuevos horizontes, despertaron el hambre en la gente y crearon entusiasmo por algo nuevo. Pero el objetivo esencial no es llegar a las masas o ganar la aprobación y el número de seguidores. Es más bien darles a hombres y mujeres particulares la necesidad de tomar decisiones importantes en sus vidas y dar significado y propósito a lo que viven.

Como no hay doctrina, no hay un código moral vinculante con mandatos y prohibiciones. Las personas encontradas en capítulos anteriores no emiten estatutos, ni reglas. Esto es para que cada uno encuentre su propio camino. Para hacer eso, él o ella está invitado a someterse a una autoridad interna, percibida por algunos como inspiración divina, mientras que otros simplemente lo llaman "conciencia".

El primer requisito para descubrir la voz interior es escucharla, hacer un espacio regular para los momentos de silencio en los que uno intenta separarse de las preocupaciones, sentimientos y presiones humanas habituales. El tiempo para la reflexión se convierte en una oportunidad para la reevaluación interna y dejar ir, una renuncia a sí mismo. No tiene nada de automático: el espíritu sopla donde quiera. Pero una vez que ponemos la vela al viento, sería sorprendente si el viento nunca soplara para nosotros. Tampoco significa decir adiós a la razón y al pensamiento, viviendo solo por intuición, sino más bien estar abiertos a una dimensión que la razón por sí misma puede no percibir. Para muchos de los que se encuentran en este libro, ese momento ha sido un punto de partida fundamental.

La práctica de escribir los pensamientos que vienen en silencio no es un ritual. Es una precaución prudente, ya que los pensamientos que quizás preferiríamos olvidar o que son incómodos, son a menudo los más importantes. Se dejan de lado fácilmente a menos que se anoten en ese momento. Hay buenos precedentes. Dios le dice al profeta Jeremías (Jer: 36; 2) que "tome un rollo de pergamino y escribe los pensamientos que doy". En tiempos menos remotos, San Francisco de Sales y el Padre Gratry aconsejaron que, al escuchar, tengan un bolígrafo a mano.

No hace falta decir que escuchar no conduce automáticamente a recibir la iluminación del Espíritu Santo. Podemos ser vagos o estar llenos de pensamientos descolgados. Algunos aspectos prácticos nos ayudan a separar las buenas semillas de las malas hierbas. Hay estándares sencillos que encontramos en los Evangelios y en una serie de grandes religiones: honestidad, pureza, desinterés y amor. Son simples pero absolutos, como debería ser cualquier estándar. "La ropa dudosa es ropa sucia". No hay por qué discutir. La honestidad absoluta, por ejemplo, simplemente significa poner la honestidad antes que cualquier otra consideración de nuestro propio interés o autogratificación.

Otra ayuda es compartir pensamientos con un amigo de confianza que también practica la escucha, preferiblemente uno que trate de mantenernos en pie. Significa estar listos para revelarnos como realmente somos, no dejar que el orgullo nos impida obtener la ayuda que necesitamos, o si ayudaría a la otra persona, estar listos para compartir nuestra propia experiencia de dónde nosotros mismos hemos necesitado enfrentar el cambio.

Una vez que el camino por delante parece claro, necesita compromiso. Eso no es fácil. Euclides da Silva rompió tres veces una carta de disculpa que sintió que debía escribir a su rival Anfilofilo. Al final logró enviar la cuarta carta. Si te acercas a Dios, no es sólo para consultarlo. Para el creyente significa obediencia a dejar que Dios dirija la vida en lugar de seguir el propio camino. Esto nos convierte en lo que Aldous Huxley describe como "el hombre ideal ... no apegado".

¿No es este fortalecimiento interno, apoyado por una comunidad informal, la mejor protección contra todo el adoctrinamiento y la reglamentación por parte del Estado totalitario o las fuerzas sectarias? Cuando las decisiones que tomamos provienen de nuestra obediencia a nuestra propia convicción interna, ya no somos vulnerables a las presiones de los demás o de nuestros propios impulsos. También significa que no estamos divididos entre una vida llena de muchas responsabilidades tensas y agobiantes, por un lado, y una tranquila pero vacía y sin sentido, por el otro. Nos lleva a "una vida que es tan activa que debe tener serenidad en su centro".

La obediencia a la dirección recibida en tiempos de silencio también es una condición previa necesaria para que escuchar la voz interior no se convierta en algo estéril. Es un hecho que la negación, consciente o no, a dar ciertos pasos bloquea la inspiración. Un timón no sirve para un barco que está anclado. La obediencia, por otro lado, alimenta la inspiración. El sentido de a qué está llamado cada uno se vuelve más claro cuando la persona ha tomado la decisión de antemano de hacer lo que cree que es correcto, sin reserva ni exclusión en ninguna área. Él comienza a sentir que toda la vida se mantiene unida. Ya no hay un tipo de comportamiento con la familia, otro para el trabajo y otro para el exterior, como tantos compartimentos aislados unos de otros, sino más bien una vida integrada, que es un todo.

Y así, este cambio radical entre marido y mujer o entre padre e hijos, o con colegas en el trabajo, se extiende y afecta a otras áreas de manera extraordinaria. Los estibadores de Río, que pusieron fin a la guerra entre grupos sindicales rivales, fueron, unos años después, recibidos por el Presidente de Argentina. Un colega del puerto de Recife transmitió sus experiencias en Mozambique. Una señora mayor de la sociedad de élite de Chile, a pesar de la salud frágil, se atrevió a viajar por Italia con jóvenes peruanos y bolivianos para transmitir un mensaje de esperanza. Los líderes comunitarios militantes de las favelas y de las cooperativas de taxistas trabajaron codo a codo con los empresarios para poner fin a la compra de votos en las elecciones brasileñas.

Es fácil hacer un mal uso de la palabra "revolución", pero eso es exactamente lo que sucedió en la vida de tales hombres y mujeres y en las comunidades donde

viven. Esto demuestra que la revolución no es prerrogativa de quienes no tienen nada, sino de quienes lo dan todo.

PETER HOWARD

El 15 de enero de 1965, invitado por el magnate de los medios Assis Chateaubriand y otras personalidades brasileñas, Peter Howard llegó a Río de Janeiro con un equipo internacional de cuarenta personas. Howard fue el hombre que, después de la muerte de Frank Buchman en 1961, asumió el liderazgo de Rearmamento Moral. Periodista, agricultor y deportista internacional, se había encontrado con personas del Rearmamento Moral en Londres en 1940. Ese encuentro cambió la dirección de su vida. Del cínico y temido reportero de eventos políticos que escribía para el "Daily Express" de Lord Beaverbrook, se convertiría en un colaborador cercano de Frank Buchman y un líder sensible, abierto y visionario en el escenario mundial.

En el momento de la visita, el mundo estaba bajo amenaza nuclear, dividido entre Oriente y Occidente, comunista y capitalista. La gente vivía a la sombra de la Guerra Fría, una guerra que se tornaría ardiente, violenta y muy destructiva en partes de África y Sudamérica. La lucha civil dividió a las naciones con lados opuestos patrocinados respectivamente por los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. En muchos lugares hubo una terrible represión y sufrimiento.

Durante cinco semanas, Howard y su equipo cruzaron el continente sudamericano. Fue un viaje intenso a través de varias ciudades de Brasil, luego a Uruguay, Argentina, Chile y finalmente Perú, respondiendo a las invitaciones de todas partes. Para la visita brasileña, los aviones de la Fuerza Aérea se pusieron a disposición del equipo mientras viajaban de ciudad en ciudad. Recibido en todas partes al más alto nivel, Howard no tuvo miedo de hablar, desafiando lo que vio en términos incisivos. Les ofreció a todos la posibilidad de cambio y una nueva esperanza para el futuro. Entendió claramente el poder destructivo de la inmoralidad, la corrupción y el chantaje utilizado por fuerzas sin escrúpulos para sus propios fines en una sociedad profundamente dividida. Él creía enfáticamente que había una respuesta a los problemas que encontró, y que aquellos a quienes conoció y con quienes habló podrían ser agentes para esa respuesta.

El viaje lo agotó. Le escribió a un amigo sobre las cargas que llevaba, diciendo que eran demasiado pesadas para él y que estaba inundado de solicitudes de discursos, obras de teatro, viajes y visitas. Mientras viajaba, también trataba de coordinar el trabajo y el programa mundial del Rearmamento Moral. La carta concluía: "Hago lo mejor que puedo y continuaré".

Howard encontró que algunos de los que trabajan con él en América del Sur no estaban a nivel, dependiendo de la aprobación humana en lugar de su propio sentido de dirección y fe. Al llegar a Lima, escribió: "Mucha de nuestra gente trabaja para el reconocimiento ... por lo que hay una expectativa en ellos de parte de todos los que encuentran en su camino. Se balancean hacia atrás con cada viento frío y cualquier cumplido los lleva a un falso entusiasmo". Esa misma noche, se enfermó con fiebre alta. Tres días después murió en el hospital. Antes de que su cuerpo volviera a Inglaterra, el Presidente de Perú hizo que su cuerpo yaciera en expuesto en Lima, la capital.

Peter Howard tenía un gran amor por la gente. Tres hombres que aparecen en este libro han contado el efecto decisivo que tuvo en sus vidas.

Omar Ibargoyen, uruguayo de una distinguida familia católica, fue responsable de la visita a su país y llevó a Howard a conocer a una amplia gama de personas. Al darse cuenta de que Howard no estaba bien, Omar lo instó a quedarse en Uruguay para unas vacaciones adecuadas, pero fue en vano.

Omar había atrapado el fuego, la determinación y el espíritu independiente de Howard. Después de la muerte de Howard, él y su esposa Jeanette junto con dos amigos franceses lanzaron el programa para jóvenes "Viva la Gente" ("*Up with People*"), para luego convertirse en "Gente que Avanza. Este programa de capacitación para la vida consistió en estadías prolongadas en diferentes países latinoamericanos, utilizando presentaciones teatrales y musicales. Los participantes en el grupo de viaje se quedaron con las familias en los lugares que visitaron y permanecerían con el grupo durante dos o tres años. La viuda de Omar, Jeanette, se mantiene en contacto con unos 1,000 ex participantes en todo el continente, muchos ahora en posiciones de liderazgo responsable en sus países. (Ver capítulos ...)

* * * * *

Durante su estancia en Río de Janeiro, Peter Howard visitó Favela São João como invitado de Luis Pereira, presidente de la Asociación de la Favela. En la superficie de una gran roca en la colina había un mensaje de bienvenida para Howard, pintado de blanco para que todos lo vieran. En el curso de la conversación entre los dos hombres, Howard expresó su convicción de que la gente de la Favela algún día viviría en hogares apropiados, difícil de imaginar en ese momento. Él discernió el espíritu en Pereira que podría conducir a esta realidad y Pereira siempre habló después de cómo las palabras de Howard lo habían inspirado a trabajar para el logro de este objetivo (ver Capítulo ...)

* * * * *

Luis Puig es la fuente de gran parte de la información de este libro. Sin embargo, en el momento de la visita de Howard a América Latina, vivía bajo una nube. Como uno de los latinoamericanos indígenas más jóvenes y más involucrados en la visita, se encontró, junto con varios otros, excluidos del círculo íntimo de colegas de Howard. Howard no había apreciado la aparente dependencia de Puig de la aprobación humana, especialmente la de otro europeo bastante dominante. Le preocupaba que Puig encontrara la libertad y su propia e independiente convicción y pasión.

A pesar de esta exclusión, Puig no se fue y Howard finalmente cedió, sintiendo un cambio. Puig fue uno de los últimos en verlo cuando lo llevaron al hospital de Lima.